

***EL DOMINICO
BLANCO***

Gustav Meyrink

Introducción

—El señor X o el señor Y ha escrito una novela... ¿Qué significa esto?

Pues muy sencillo:

—Con ayuda de su fantasía ha descrito personas que en realidad no existen, les ha atribuido experiencias y las ha relacionado entre sí.

Tal es más o menos, resumido, el criterio general.

En cuanto a la fantasía, todos creen saber qué es, pero muy pocos intuyen la existencia de categorías sumamente notables de imaginación.

¿Qué decir cuando, por ejemplo, la mano, ese instrumento del cerebro al parecer tan complaciente, se niega de pronto a escribir el nombre del héroe de la historia que uno ha pensado y en su lugar elige tercamente otro? ¿Acaso no queda uno desconcertado y se pregunta: estoy «creando» realmente o es, a fin de cuentas, mi imaginación una especie de aparato receptor? ¿Algo que en el ámbito de la telegrafía sin hilos se llama antena?

Ha habido casos de personas que se han levantado dormidas por la noche y han terminado redacciones abandonadas al atardecer del día anterior a causa del agotamiento producido por los esfuerzos de la jornada, y resuelto problemas que tal vez no habrían sabido solucionar en estado de vigilia.

Estas cosas suelen explicarse con las palabras: «El subconsciente, habitualmente dormido, ha acudido en su ayuda».

Si ocurre algo parecido en Lourdes, se dice: «La Madre de Dios le ha ayudado».

Quién sabe, quizá el subconsciente y la Madre de Dios son la misma cosa.

No es que la Madre de Dios sea sólo el subconsciente, no: el subconsciente es la Madre de Dios.

* * *

En esta novela un tal Christopher Taubenschlag interpreta el papel de un hombre vivo.

No conseguí averiguar si vivió alguna vez; es seguro que no ha salido de mi fantasía, de esto estoy completamente convencido; lo afirmo con rotundidad para evitar el peligro de que se me considere como alguien que quiere hacerse el interesante. Aquí no se trata de describir con exactitud de qué modo se llevó a cabo el libro; baste saber que yo me limito a hacer un somero bosquejo de lo ocurrido.

Espero ser disculpado si hablo de mí mismo en algunas frases, un defecto que por desgracia no puedo evitar.

Tenía la novela bien perfilada en la cabeza y ya había empezado a escribirla cuando advertí —¡no antes de repasar el borrador!— que el nombre de Taubenschlag se había introducido sin que yo me diera cuenta de ello.

Pero esto no es todo: frases que me había propuesto trasladar al papel cambiaban

bajo la pluma y escribía algo totalmente distinto de lo que yo quería decir; se inició una batalla entre el invisible «Christopher Taubenschlag» y yo, en la cual el primero consiguió imponerse.

Yo había planeado describir una pequeña ciudad que vive en mi memoria, pero surgió una imagen muy diferente, una imagen que hoy aparece más diáfana ante mis ojos que la conocida realmente.

Al final no me quedó otro remedio que dejar hacer su voluntad a la influencia que se llama Christopher Taubenschlag, prestarle mi mano, por así decirlo, y tachar del libro todo lo que procedía de mi propia imaginación.

Si suponemos que el tal Christopher Taubenschlag es un ser invisible que de forma misteriosa es capaz de influir a un hombre en su sano juicio y dirigirle a su capricho, surge la pregunta: ¿por qué me ha utilizado a mí para describir la historia de su vida y el proceso de su desarrollo espiritual? ¿Por vanidad? ¿O para que haga con ello una novela?

Que cada uno busque la respuesta.

Yo me reservo mi propia opinión.

Tal vez mi caso no sea el único; tal vez mañana se apoderará ese «Christopher Taubenschlag» de la mano de otro.

¡Lo que hoy parece insólito, mañana puede ser cotidiano! Quizá anda por en medio el dicho viejo, pero eternamente nuevo:

*Cada hecho que aquí suceda,
Sucede según la ley natural.
Yo soy el ejecutor de este hecho...
Es vanidosa palabrería.*

¿Y la figura de Christopher Taubenschlag es sólo su precursor, un símbolo, una máscara que pretende dar personalidad a una fuerza carente de forma?

Para los Siete Sabios, que tan orgullosos están de su superioridad, la idea de que el hombre es sólo una marioneta debe resultar muy contradictoria.

Cuando un día, absorto en semejantes contemplaciones, me hallaba escribiendo, se me ocurrió de pronto la idea: ¿será tal vez este Christopher Taubenschlag algo así como un Yo dissociado de mí? ¿Una figura imaginaria, efímera, dotada de vida independiente, como las que se presentan ante aquellas personas que de vez en cuando creen entrever apariciones con las que incluso pueden conversar?

Como si aquel hombre invisible me hubiera leído el pensamiento, interrumpió inmediatamente el hilo de la narración y escribió, sirviéndose de mi mano derecha, como en un paréntesis, la singular respuesta:

—¿Es usted —sonó como una burla que me llamara de «usted» y no de «tú»—, es usted, como todos los hombres que se imaginan a sí mismos seres únicos, acaso otra cosa que una «división del Yo», una división de aquel gran Yo que se llama Dios?

Desde entonces he reflexionado mucho y a menudo sobre el sentido de esta notable frase, porque esperaba encontrar en él la clave del enigma que representan para mí las condiciones de existencia de Christopher Taubenschlag. En una ocasión creí haber

descubierto en mis cavilaciones un rayo de luz, y entonces me confundió una «llamada» similar:

—Toda persona es un Taubenschlag, pero no un Christopher. La mayoría de cristianos sólo se lo imaginan. En un cristiano auténtico las palomas blancas entran y salen volando.

A partir de aquel día renuncié a la esperanza de hallar la pista del secreto ¡y deseché al mismo tiempo toda especulación sobre la posibilidad de que al final —aceptando la antigua teoría de que el ser humano se encarna varias veces en la tierra— pudiera haber sido en una vida anterior aquel Christopher Taubenschlag!

Prefiero, si me está permitido creerlo, que aquel algo que dirigía mi mano es una fuerza eterna, libre, contenida en sí misma y liberada de toda creación y forma; pero cuando me despierto por la mañana, después de un sueño sin pesadillas, veo a veces entre pupila y párpado la imagen de un hombre viejo, canoso y barbilampiño, alto y juvenilmente esbelto, como un recuerdo de la noche, y el efecto me deja grabada para todo el día la sensación ineludible de que ése debe de ser Christopher Taubenschlag.

Con frecuencia se me ha ocurrido la singular idea de que vive fuera del tiempo y del espacio y toma posesión de la herencia de tu vida cuando la muerte te alarga la mano. ¡Para qué sirven, no obstante, tales consideraciones, que no importan nada a los extraños!

Transmito ahora las manifestaciones de Christopher Taubenschlag por el orden en que fueron expresadas y en su forma a menudo incoherente, sin añadir ni omitir nada.

Primera manifestación de Christopher Taubenschlag

Desde que tengo uso de razón, los habitantes de la ciudad afirman que me llamo Taubenschlag.

Cuando de niño trotaba de casa en casa en el crepúsculo con un largo palo en cuyo extremo ardía una mecha y encendía los faroles, los niños de la calle me precedían en formación, dando palmadas rítmicas y cantando: «Taubenschlag, Taubenschlag, Taubenschlag, tarará, Taubenschlag».

Yo no me enfadaba, pero nunca canté con ellos.

Más tarde los adultos captaron el nombre y lo usaban para interpelarme cuando querían algo de mí.

Sin embargo, me llamo Christopher, nombre que me colgaba del cuello, escrito en un trozo de papel, cuando una mañana me encontraron casi recién nacido, desnudo, ante el portal de la iglesia de Nuestra Señora.

El nombre debió de escribirlo mi madre cuando me dejó abandonado.

Es lo único que me ha dado, y por esto he considerado desde entonces el nombre de Christopher como algo sagrado. Está grabado en mi cuerpo y lo he llevado como una fe de bautismo —extendida en el Reino de lo Eterno—, como un documento que nadie puede robar, durante toda mi vida. Creció y creció sin cesar como una semilla en las tinieblas, hasta que apareció de nuevo como lo que fuera al principio, se fundió conmigo y me acompañó al mundo de la incorruptibilidad. Así, tal como ha sido escrito: se sembrará corruptible y resucitará incorruptible.

Jesús fue bautizado en su edad adulta, totalmente consciente de lo que ocurría: el nombre, que era su Yo, se hundió en la tierra; los hombres de hoy son bautizados cuando aún son lactantes; ¡cómo pueden comprender lo que les ha acontecido! Vagan por la vida hacia la sepultura como vapores, como un soplo de viento que retrocede sobre el pantano; sus cuerpos se pudren y no tienen parte alguna en aquello que resucita: su nombre. Yo, en cambio, en la medida que puede decirlo de sí mismo un hombre, sé que me llamo Christopher.

Por la ciudad circula el rumor de que un monje dominico, Raimundo de Penyafort, construyó la iglesia de Nuestra Señora con dádivas que le enviaban donantes anónimos de todos los países.

Sobre el altar se lee la inscripción: «*Flos florum...* Así estaré sin duda dentro de trescientos años». Han clavado encima una tabla coloreada, pero siempre acaba cayéndose. Todos los años, en la fiesta de la Virgen.

Dicen que en ciertas noches de luna nueva, cuando está tan oscuro que no se ve la mano delante de los ojos, la iglesia proyecta una sombra blanca sobre la negra plaza mayor y que es la figura del dominico blanco Penyafort.

Cuando los niños de la inclusa y el orfanato cumplíamos doce años, teníamos que confesarnos por primera vez.

— ¿Por qué no has venido a confesarte? — me interpeló al día siguiente el capellán.

— ¡Me he confesado, señor cura!

— ¡Mientes!

Entonces le conté lo ocurrido:

— Estaba en la iglesia, esperando a que me llamaran, cuando una mano me hizo una señal y, al acercarme al confesonario, un monje blanco que se hallaba dentro me preguntó tres veces cómo me llamaba. La primera vez no lo supe, la segunda lo sabía, pero lo olvidé antes de poder pronunciarlo, y la tercera un sudor frío me humedeció la frente, la lengua se me inmovilizó, no podía hablar, pero alguien gritó en mi pecho: «Christopher». El monje blanco debió de oírlo porque escribió el nombre en un libro, lo señaló y dijo: «Con esto has quedado inscrito en el Libro de la Vida». Entonces me bendijo y añadió: «Te perdono tus pecados, los pasados y los futuros».

Al oír mis últimas palabras, que pronuncié en voz muy baja para que no las oyera ninguno de mis compañeros, porque me daban miedo, el capellán retrocedió un paso, como sobrecogido por el horror, y se santiguó.

Aquella misma noche, por primera vez, abandoné la casa de manera incomprensible, y después no pude explicarme cómo volví.

Me había acostado sin ropa y me desperté por la mañana en la cama totalmente vestido y con las botas cubiertas de polvo. En el bolsillo tenía flores silvestres que sólo podía haber cogido en la cumbre de la montaña.

Con posterioridad me ocurrió a menudo, hasta que los vigilantes del orfanato lo descubrieron y me pegaron porque nunca podía decir dónde había estado.

Un día me hicieron ir al convento a ver al capellán, que estaba con el anciano que más tarde me adoptó y que se hallaba en medio de la habitación, y adiviné que habían hablado de mis excursiones.

— Tu cuerpo es aún demasiado inmaduro; no puede ir contigo. Te ataré — dijo el anciano mientras me llevaba de la mano a su casa, jadeando de un modo extraño a cada palabra.

El corazón me palpitaba de miedo, porque no comprendía qué quería decir.

En la puerta de hierro de la casa, adornada con grandes clavos, se leía, grabado sobre metal: «Bartolomáus, barón Von Jocher, farolero honorario».

No comprendí cómo un noble podía ser farolero; al leerlo, tuve la sensación de ser despojado de todos los escasos conocimientos adquiridos en la escuela, como si fueran pedazos de papel; hasta tal punto dudé en aquel instante de mi capacidad de pensar con claridad.

Más adelante supe que el primer antepasado del barón había sido un farolero corriente a quien ennoblecieron por alguna razón que desconozco. Desde entonces, en el escudo de los Von Jocher figura una lámpara de aceite, una mano y un palo, y los barones cobran de generación en generación una pequeña renta anual del Estado, tanto si desempeñan como si no su trabajo de encender los faroles de las calles.

Al día siguiente ya tuve que empezar a ejercer el cargo por orden del barón.

—Tu mano debe aprender lo que más tarde realizará tu espíritu —dijo—. Por muy humilde que sea el oficio, se ennoblece cuando el espíritu puede adoptarlo. El trabajo que el alma se niega a heredar no es digno de que lo ejecute el cuerpo.

Miré al anciano y guardé silencio, porque entonces aún ignoraba el significado de sus palabras.

—¿O preferirías ser comerciante? —añadió en tono de amistosa burla.

—¿Debo apagar los faroles por la mañana temprano? —pregunté con timidez.

El barón me acarició la mejilla:

—Por supuesto; cuando sale el sol, la gente no necesita otra luz.

De vez en cuando, mientras me hablaba, el barón me miraba a hurtadillas de un modo singular; en sus ojos parecía ocultarse la muda pregunta: «¿Comprendes por fin?», o acaso significaba: «Estoy lleno de inquietud, por si lo has adivinado».

En estos casos sentía a menudo un cálido ardor en mi pecho, como si aquella voz que durante mi confesión al monje blanco había gritado el nombre de Christopher me diese una respuesta inaudible.

Desfiguraba al barón un enorme bocio en el lado izquierdo, de modo que el cuello de su levita tenía que estar cortado hasta el hombro para que no impidiese el movimiento del cuello.

Por la noche, cuando la levita estaba colgada de la butaca y parecía el tronco de un decapitado, solía invadirme un terror indescriptible del que sólo podía librarme imaginando la influencia sumamente amable sobre la vida que emanaba del barón. Pese a sus achaques y el aspecto casi ridículo que ofrecía su barba gris sobre el bocio, como una escoba erizada, mi padre adoptivo tenía una elegancia y delicadeza poco corrientes, una cualidad indefensa e infantil, y como una incapacidad de herir a nadie, que sólo hacían que aumentar cuando a veces adoptaba una actitud amenazadora, y le miraba a uno con severidad a través de los vidrios ustorios¹ de sus anticuados quevedos.

* * *

En tales momentos se me antojaba siempre una gran urraca que se plantara delante de uno como desafiando a la lucha, mientras su ojo, vigilante en extremo, puede apenas disimular el miedo: «No te atreverás a intentar cogermé, ¿verdad?»

* * *

La casa de los Von Jocher, en la que viviría tantos años, era una de las más antiguas de la ciudad; tenía muchos pisos, que habían alojado a los antepasados del barón, siempre la nueva generación en un piso más alto que la anterior, como si sus ansias de estar más cerca del cielo fuesen cada vez mayores.

No puedo recordar si el barón había entrado alguna vez en estas viejas estancias, cuyas ventanas eran ciegas y grises; vivía conmigo en un par de habitaciones desnudas y

1 Cóncavos, que reflejan la luz y pueden quemar.

encaladas que había bajo el tejado plano.

En otros lugares crecen los árboles sobre la tierra y los seres humanos caminan entre ellos; en nuestra casa hay un saúco de umbela blanca y fragante que crece muy alto en una gran caldera herrumbrosa que, destinada a canalón en otro tiempo, envía hacia el empedrado una cañería llena de hojas podridas y tierra sucia.

Muy abajo fluye un río ancho, sin olas, de agua proveniente de las montañas, pegado a las antiquísimas casas de color rosa, amarillo ocre y azul claro, que miran desde sus ventanas desnudas y cuyos tejados parecen sombreros sin alas, cubiertos de musgo verde. Rodea como un círculo la ciudad, que se levanta dentro de él como una isla apresada por un lazo de agua; viene del sur, se dirige hacia el oeste, vuelve de nuevo al sur, ahora a través de una estrecha lengua de tierra en cuyo extremo se levanta nuestra casa, separado del lugar donde empieza a abrazar la ciudad, para desaparecer de la vista detrás de una colina verde. Por el puente de madera marrón, flanqueado por tablas de la altura de un hombre —con el suelo de burdos y ásperos troncos que se mueven cuando pasa una carreta de bueyes—, se llega a la otra orilla, arbolada, por la que bajan al agua regueros de arena. Desde nuestro tejado se domina un gran panorama de prados en cuya brumosa lejanía las montañas flotan como nubes y las nubes pesan como montañas sobre la tierra.

En medio de la ciudad descuella un edificio largo, parecido a un castillo, sin otra utilidad que captar el calor abrasador del sol otoñal con centelleantes ventanas sin párpados. En el empedrado redondo de la siempre desierta plaza mayor, en la que los grandes quitasoles de los vendedores, entre montones de canastas invertidas, parecen gigantescos juguetes olvidados, la hierba crece entre los intersticios de las piedras.

A veces, los domingos, cuando el calor quema los muros del barroco ayuntamiento, surgen de la tierra los sonidos ahogados de una música de instrumentos de metal, traídos por un fresco soplo de viento; su volumen aumenta, el portón de la posada La Posta, llamada Fletzinger, se abre de repente y una comitiva nupcial engalanada con trajes típicos avanza con paso lento hacia la iglesia; los muchachos, con fajas policromas, agitan vistosas guirnaldas, y delante desfila un enjambre de niños, encabezado por un cojo de diez años, ágil como una comadreja, pese a sus muletas, y medio loco de alegría, como si el alborozo de la fiesta sólo le perteneciera a él, mientras todos los demás están serios y solemnes.

Cuando aquella primera noche ya me había acostado para dormir, se abrió la puerta y de nuevo me invadió un temor indefinido, porque el barón se me acercó y tuve miedo de que quisiera atarme, como había amenazado. Pero sólo dijo:

—Quiero enseñarte a rezar; no todos sabéis hacerlo. No se reza con palabras, sino con las manos. Quien reza con palabras, pide limosna. No se debe mendigar. El alma ya sabe lo que necesitas. Cuando se juntan las palmas de las manos, la izquierda se encadena a la derecha en las personas.

»De este modo el cuerpo queda bien atado, y de las yemas de los dedos, dirigidas hacia arriba, se eleva, libre, una llama. Éste es el secreto de la oración, que no está escrito en ninguna parte.

Aquella noche vagué por primera vez sin despertarme a la mañana siguiente con botas polvorientas y vestido en la cama.

La familia Mutschelknaus

Con nuestra casa empieza la calle, que mi memoria llama la Hilera de Panaderos. Es la primera y está sola.

Tres lados miran al campo, y desde el cuarto puedo tocar la pared de la casa vecina cuando abro nuestra ventana y me asomo, tan estrecha es la calle que separa ambos edificios.

La calle no tiene nombre porque es sólo un pasaje empinado —un pasaje como no debe de haber dos en el mundo—, un pasaje que une entre sí las dos orillas *izquierdas* del río; aquí cruza la lengua de tierra de aquel círculo de agua sobre el que vivimos.

Muy temprano por la mañana, cuando salgo a apagar los faroles, se abre una puerta de la casa vecina y una mano armada con una escoba tira virutas de madera al río, que luego las pasea alrededor de la ciudad hasta lanzarlas media hora más tarde, apenas a cincuenta metros de distancia, a la presa donde se despide con gran fragor.

Este extremo del pasaje desemboca en la Hilera de Panaderos; en la esquina, sobre la tienda de la casa vecina, pende un letrero que reza así:

*FÁBRICA DE ÚLTIMAS MORADAS regentada por
ADONIS MUTSCHELKNAUS*

Antes rezaba así: «Maestro tornero y ebanista de ataúdes». Aún se puede leer con claridad cuando el letrero está húmedo por la lluvia; entonces la vieja inscripción se transparenta.

* * *

Todos los domingos, el señor Mutschelknaus, su esposa Aglaja y su hija Ofelia van a la iglesia, donde se sientan en la primera fila. Es decir: la señora y la señorita Mutschelknaus se sientan en la primera fila; el señor Mutschelknaus se sienta en la tercera, en el extremo, bajo la figura de madera del profeta Jonás, donde está muy oscuro.

¡Qué ridículo se me antoja todo esto ahora, después de tantos años... y qué indeciblemente triste!

La señora Mutschelknaus va siempre vestida de crujiente seda negra, sobre la que el devocionario de terciopelo carmesí destaca como un aleluya en colores. Con sus botas mates y puntiagudas de color ciruela pasa, provistas de elástico, sorteando cada charco a pasitos prudentes, levantándose con decencia la falda; una densa red de finas venitas moradas, reventadas bajo la tez maquillada de rosa, revela su edad de matrona incipiente; los ojos, casi siempre tan elocuentes, sombreados con cuidado sobre las pestañas, están

entornados con recato, ya que no conviene irradiar encanto femenino cuando las campanas llaman ante Dios a los seres humanos.

Ofelia lleva una vaporosa túnica griega y un aro de oro en torno a sus finos cabellos, ondulados, de un rubio ceniza, que le caen hasta los hombros, y cada vez que la veía iba coronada con una guirnalda de mirto.

Tiene el modo de andar hermoso, tranquilo y sosegado de una reina.

Siempre me palpita el corazón cuando pienso en ella. Va a la iglesia con un tupido velo... No le vi la cara hasta mucho después, y en ella los grandes, oscuros y pensativos ojos contrastan singularmente con los rubios cabellos.

El señor Mutschelknaus, con levita dominguera larga, negra y ondeante, suele caminar detrás de las dos damas; cuando lo olvida y las alcanza, su esposa Aglaja le susurra cada vez:

—Adonis, ¡medio paso más atrás!

Tiene una cara estrecha, larga, melancólica y hundida, barba rojiza e hirsuta y una prominente nariz de pájaro bajo la frente deprimida, que se prolonga en el calvo cráneo, dando la impresión, con la manchada raíz de los cabellos, que su dueño ha tropezado contra una piel sarnosa y olvidado limpiarse los restos adheridos a su propia piel.

El borde de la chistera que el señor Mutschelknaus lleva en todas las ocasiones festivas tiene que apoyarse siempre en la parte delantera contra una tira de algodón, del grosor de un dedo, para evitar que se mueva de un lado a otro.

Los días laborables, el señor Mutschelknaus no está nunca visible. Come y duerme abajo, en su taller. Sus damas viven en varias habitaciones del tercer piso.

Debieron de pasar al menos tres o cuatro años desde que me adoptara el barón antes de que supiera que la señora Aglaja, su hija, y el señor Mutschelknaus, formaban una familia.

El estrecho pasaje entre las dos casas está desde el amanecer hasta la medianoche lleno de un ruido sordo y regular, como si un enjambre de abejorros gigantescos se afanara en un lugar profundo bajo tierra; el rumor llega arriba, hasta nosotros, bajo y ensordecedor, cuando el viento está en calma. Al principio me molestaba y siempre tenía que escucharlo cuando estudiaba durante el día, sin que ni una sola vez se me ocurriera preguntar de dónde venía. Uno no investiga sobre las causas de sucesos que se repiten sin interrupción; se antojan naturales y uno se resigna a ellos, por muy extraordinarios que puedan ser en el fondo. Hasta que los sentidos se asustan y uno se vuelve curioso... o echa a correr.

Poco a poco me fui acostumbrando al rumor, como si sólo me zumbaran los oídos, hasta el punto de que por la noche, cuando enmudecía de repente, me despertaba asustado, creyendo que alguien me había asestado un golpe.

Un día la señora Aglaja, que se tapaba las orejas con las manos, me quitó de la mano una cesta de huevos y se disculpó con las palabras:

—¡Oh, Dios mío, querido niño! Esto procede de las espantosas vueltas... del alimentador. Y... y... de sus operarios —añadió, como si se hubiera ido de la lengua.

—¡De modo que es el torno del señor Mutschelknaus lo que zumba! —adiviné.

Hasta más tarde no supe por él mismo que no tenía operarios y que estaba solo en la

fábrica.

Era una tarde de invierno oscura y sin nieve; me disponía a empujar hacia arriba con mi vara la cara inferior del farol de la esquina, para encenderlo, cuando me llamó una voz susurrante: «¡Pst, pst, señor Taubenschlag!», y reconocí al maestro tornero Mutschelknaus, que, con delantal verde y zapatillas en las que había bordada con perlas de colores una cabeza de león, me hacía señas desde el pasaje.

—Señor Taubenschlag, si es posible, le ruego que esta noche no lo encienda, ¿quiere? Verá —continuó al darse cuenta de mi confusión, aunque no me atreví a preguntar el motivo—, verá: no es que quiera tentarle a faltar a su digno deber, pero la honra de mi esposa estará en juego si se descubre lo que pretendo hacer. Y el futuro de mi hija como artista se habría acabado para siempre. ¡Ningún ojo humano puede ver lo que ocurra aquí esta noche! —Sin querer, retrocedí un paso, tanto me asustó el tono de voz del anciano, que me hablaba con el rostro contraído por el miedo—. ¡No, no; se lo ruego, no se vaya, señor Taubenschlag! ¡No se trata de ningún crimen! ¡Sólo que, si se descubre, estoy perdido! Verá: he recibido un encargo muy dudoso, sumamente dudoso, de un cliente de la capital, y esta noche, cuando todos duerman, lo cargaremos en un carruaje y se lo llevarán. Me refiero al encargo. Eso es. ¡Hum!

Se me quitó un peso de encima.

Aunque no podía adivinar de qué se trataba, imaginé que sólo podía ser algo inofensivo.

—¿Desea que le ayude a cargarlo, señor Mutschelknaus? —me ofrecí.

El tornero estuvo a punto de abrazarme de puro contento:

—Pero ¿no se enterará el señor barón? —preguntó al instante, nuevamente preocupado—. ¿Y tiene usted permiso para bajar tan tarde? ¡Es aún tan joven!

—Mi padre adoptivo no advertirá nada —le tranquilicé.

* * *

Hacia medianoche oí llamar mi nombre en voz baja. Me deslicé escaleras abajo y vi en la oscuridad la siluetas de un carro con adrales.²

Los caballos llevaban los cascos envueltos en trapos para que nadie los oyera trotar. Junto a la lanza estaba un carretero que sonreía irónicamente cada vez que el señor Mutschelknaus sacaba a rastras de su almacén una canasta llena de tapaderas grandes, redondas, de madera pintada de color marrón, cada una con un asidero en el centro.

Me acerqué de un salto y le ayudé a cargar. En media hora el carro estuvo lleno hasta arriba; cruzó dando tumbos el puente de estacas y no tardó en perderse en la oscuridad.

Suspirando de alivio, el anciano me llevó a su taller, a pesar de mi resistencia.

Una mesa redonda y blanca de tan cepillada, sobre la que había una jarra de cerveza rubia y dos vasos, uno de los cuales —de cristal muy bien tallado— era por lo visto para mí, atraía como un disco luminoso la escasa luz de una pequeña lámpara de petróleo que pendía sobre ella; el resto de la larga habitación estaba sumido en la penumbra. Hasta al

2 Tablas que se ponen en los costados del carro para que no se caiga lo que va en él.

cabo de un rato, cuando mis ojos se hubieron acostumbrado, no pude distinguir los objetos.

Un eje de acero, accionado durante el día desde el exterior por una noria en el río, ocupaba la pared de extremo a extremo. Ahora dormían sobre él varias gallinas.

Sobre el torno pendían como sogas de patíbulo unas correas de transmisión. Una estatua de madera de san Sebastián, traspasada por flechas, se erguía en un rincón, y en cada flecha dormía también una gallina.

Un ataúd abierto, dentro del cual se movían de vez en cuando en sueños varios conejos, contenía un miserable catre que tal vez servía de lecho al tornero.

Un dibujo enmarcado en oro, bajo cristal y rodeado de una corona de laurel, era el único adorno de la estancia; representaba a una mujer joven en una postura teatral, con los ojos cerrados y la boca medio abierta, desnuda, tapada sólo con una hoja de parra, pero blanca cual la nieve, como si hubiera hecho de modelo pintada con yeso.

El señor Mutschelknaus enrojeció un poco al advertir que yo me había detenido ante el cuadro y se apresuró a decir:

—Es mi señora esposa cuando me dio la mano para el vínculo eterno. Posó como... —agregó a guisa de explicación, carraspeando— una ninfa de mármol. Sí, sí, Aloisia (que significa Aglaja, naturalmente); mi señora esposa tuvo la desgracia de ser bautizada al nacer, de manera incomprensible, por sus señores padres, que en gloria estén, con el vergonzoso nombre de Aloisia. Pero usted no lo repetirá, ¿verdad, señor Taubenschlag? De lo contrario, la reputación artística de mi señorita hija sufriría un gran menoscabo. —Me condujo a la mesa, me ofreció asiento con una inclinación y me sirvió cerveza rubia.

Parecía haber olvidado por completo que yo era un adolescente —aún no había cumplido los quince años—, pues me hablaba como a un adulto, como a un caballero que estuviera muy por encima de él en rango y educación.

Al principio creí, por su modo de hablarme, que sólo quería darme conversación, pero pronto adiviné, al advertir que su tono se volvía tenso y temeroso cada vez que yo miraba los conejos, que deseaba distraer mi atención del sórdido entorno.

Por consiguiente, intenté permanecer quieto en mi asiento y no dejar vagar la mirada.

No tardó, mientras hablaba, en ser presa de una profunda agitación. Manchas nerviosas de forma redonda salpicaron sus hundidas mejillas.

Sus palabras revelaban cada vez con más claridad un esfuerzo convulsivo para... ¡justificarse ante mí!

Por aquel entonces yo me sentía aún demasiado niño —y la mayor parte de lo que me dijo rebasaba con mucho mis dotes de comprensión— para que la impresión de las singulares disonancias que sus palabras despertaban en mí no me causara poco a poco un horror mudo e inexplicable.

Un horror que me invadió hasta lo más profundo de mi ser y que en los años sucesivos, cuando ya hacía tiempo que era un hombre, me desvelaba cada vez con mayor intensidad en cuanto la imagen surgía por azar en mi memoria.

A medida que aumentaba mi conocimiento de las cosas horribles que la existencia depara a los seres humanos, cada palabra pronunciada entonces por el tornero adquiría más claridad y perspectiva en mi memoria, y a veces se convertía en una pesadilla cuando

evocaba las circunstancias y recorría en espíritu el lamentable destino del viejo tornero; parecía sentir en mi propio pecho la profunda oscuridad que rodeaba su alma, y la terrible discrepancia entre la comicidad fantasmal que emanaba de él y su sacrificio, extravagante y a la vez conmovedor, por un falso ideal que ni el propio Satanás habría puesto en su vida como un maligno fuego fatuo.

Podría decirse que yo entonces, de niño, tomé su relato como la confesión de un demente, destinada a otros oídos que los míos y a la que, sin embargo, debía prestar atención, tanto si quería como si no, obligado por una mano invisible que pretendía instilar veneno en mi sangre.

Fueron momentos en que me sentí caduco y quebrantado como un anciano, tanta fue la fuerza con que la locura del tornero me comunicó la idea de que tenía su misma edad o era superior a él y no un mocoso.

—Sí, sí; ¡Aglaja era una gran artista y muy famosa! —empezó, más o menos—. Nadie lo adivina en este lastimoso antro. ¡Ella no quiere que se sepa! Verá, señor Taubenschlag: no puedo decirlo como a mí me gustaría. Apenas sé escribir. Pero esto es un secreto entre nosotros, ¿eh? Igual que lo de antes, ese asunto de las tapaderas. En realidad, sólo sé escribir una palabra —cogió un trozo de yeso y pintó sobre la mesa—, sólo ésta: Ofelia.

»En cuanto a leer, no sé absolutamente nada. En realidad —se inclinó hacia adelante y me susurró secretamente al oído—, y perdone la expresión, soy un zoquete. Verá: mi padre era muy severo, y cuando yo, siendo muy pequeño, dejé quemar la cola en una ocasión, me encerró durante veinticuatro horas en un ataúd de metal que acababa de terminar, diciendo que me enterraría en vida. Como es natural, le creí, y el tiempo que pasé dentro fue para mí tan terrible como una larguísima eternidad en el infierno, pues no se acababa nunca porque no podía moverme y a duras penas respirar. Tal era mi terror que me rompí los dientes inferiores. Sin embargo —añadió en voz muy baja—, ¿por qué dejé quemar la cola? Cuando me sacaron del ataúd, había perdido el conocimiento. Y el habla. Hasta diez años después no aprendí lentamente a hablar de nuevo. Pero ¿no es verdad, señor Taubenschlag, que esto quedará como un secreto entre nosotros? ¡Si la gente se enterase de mi vergüenza, la reputación artística de mi señorita hija quedaría por los suelos! Eso es. ¡Hum! Cuando mi difunto padre entró un día para siempre en el Paraíso (fue enterrado en aquel mismo ataúd de metal), heredé el negocio y también dinero (era viudo), y la divina Providencia envió a mi casa para mi consuelo (porque yo pensé morirme a fuerza de llorar por la triste pérdida de mi padre), como un ángel, al señor director de escena, señor París. ¿No conoce usted al ilustre artista París? ¡Viene en días alternos a enseñar arte dramático a mi señorita hija! Tiene el mismo nombre que el antiguo dios griego París. Es una bendición desde su más tierna infancia. Eso es. ¡Hum! Mi actual señora esposa aún era una doncella entonces. Eso es. ¡Hum! Y el señor París dirigió su carrera artística. Fue ninfa de mármol en un teatro secreto de la capital. Eso es. ¡Hum!

Por su modo incoherente de pronunciar las frases y de reanudar la charla una y otra vez después de breves e involuntarias pausas, me di cuenta de que su memoria le fallaba y después, según recuperaba o perdía el aliento, volvía a funcionarle. Era como un flujo y reflujos de su conciencia. «Jamás se ha repuesto de aquella espantosa tortura en el ataúd de metal —pensé instintivamente—. Sigue siendo un sepultado en vida».

—Pues bien, cuando heredé el negocio, el señor París vino a mi casa y dijo que la famosa ninfa de mármol Aglaja me había visto por casualidad en el entierro mientras visitaba nuestra ciudad sin ser reconocida. ¡Hum! Eso es. Y al verme llorar tanto ante la tumba de mi padre había exclamado —el señor Mutschelknaus se levantó de un salto y declamó con patetismo y la mirada fija en sus ojos pequeños y azules, como si viera las palabras escritas con letras de fuego—: «Quiero ser para este hombre sencillo un apoyo para toda la vida y una luz en la oscuridad, que deseo no se extinga jamás. Quiero darle un hijo cuya vida será consagrada al arte. Abriré su espíritu a las cosas sublimes, aunque para ello tenga que destrozarse mi corazón en la soledad y monotonía de lo cotidiano. ¡Adiós, arte! ¡Adiós, gloria! ¡Adiós, reinos del laurel! Aglaja se marcha y no volverá nunca». Eso es. ¡Hum! —Se pasó la mano por la frente y volvió a sentarse con lentitud, como si la memoria le hubiese abandonado—. Eso es. ¡Hum! El señor director de escena lloró a gritos y se mesó los cabellos cuando nos hallábamos sentados los tres a la mesa del banquete nupcial. Gritaba: «Mi teatro está arruinado si pierdo a Aglaja. Soy hombre muerto». Eso es. ¡Hum! Las mil monedas de oro que le obligué a aceptar para que al menos no lo perdiera todo no duraron mucho, naturalmente. Eso es. ¡Hum! Desde entonces es un melancólico. Sólo ahora, que ha descubierto el gran talento dramático de mi señorita hija, ha vuelto a animarse un poco. Eso es. ¡Hum!

»Debe de haberlo heredado de su señora madre. Sí, muchos niños son visitados por la musa ya en la cuna. ¡Ofelia! ¡Ofelia! —Le dominó un violento entusiasmo; me agarró del brazo y me sacudió con fuerza—. ¿Sabe usted también, señor Taubenschlag, que Ofelia, mi hija, es una criatura bendecida por la gracia divina? El señor París siempre dice, cuando viene al taller a cobrar su sueldo: «¡El propio dios Vestalus debió de estar presente cuando usted la engendró, maestro Mutschelknaus!» Ofelia... —su voz volvió a convertirse en un murmullo—, pero esto es un secreto, igual que lo de... bueno, lo de las tapaderas. Eso es. ¡Hum! Ofelia vino al mundo a los seis meses. Eso es. ¡Hum! Otros niños necesitan nueve meses. Eso es. ¡Hum! Pero no es ningún milagro. También su madre nació bajo una estrella real. ¡Hum! Ahora fluctúa. Me refiero a la estrella. Mi señora esposa no quiere que nadie lo sepa, pero a usted puedo decírselo, señor Taubenschlag. ¿Sabe que estuvo a punto de sentarse en un trono? Y de no ser por mí (las lágrimas me anegan los ojos cuando lo pienso), hoy podría sentarse en un carruaje con cuatro caballos blancos. Pero descendió hasta mí. ¡Hum! Eso es. Y lo del trono —levantó los tres dedos que prestan juramento— es verdad, por mi honor y mi salvación eterna que no miento. El señor director de escena París fue en su juventud (lo sé de sus propios labios) gran intendente del rey de Arabia en Belgrado, y allí organizó un harén para su majestad soberana. Eso es. Y mi actual señora esposa Aglaja fue, a causa de sus talentos, ascendida a primera dama de compañía (en Arabia se llama «Mai-Therese») o sustituta de la mano izquierda del soberano; entonces su majestad fue asesinado y el señor París y mi señora esposa huyeron por la noche a través del Nilo. Eso es. ¡Hum! Allí, como usted ya sabe, se convirtió en ninfa de mármol, en un teatro secreto que el señor París dirigió en otro tiempo. Hasta que ella renunció a la corona de laurel.

También el señor París renunció a su profesión y ahora vive sólo para la formación de Ofelia. ¡Hum! Eso es. «Todos debemos vivir sólo para ella —suele decir—, y su sublime

misión, maestro Mutschelknaus, es hacer todo lo posible para que la carrera artística de Ofelia no se vea truncada en su origen». Ya ve usted, señor Taubenschlag, cuál es el motivo de que deba aceptar encargos de tan dudosa índole. Hacer ataúdes no es rentable. Se muere muy poca gente, ¡Hum! Eso es. Para la formación de mi señorita hija tengo el dinero suficiente, pero el poeta mundialmente famoso, el profesor Hamlet de América, pide muchísimo dinero. Tuve que firmarle un pagaré y ahora tengo que matarme a trabajar. ¡Hum! Eso es. El señor profesor Hamlet es hermano de leche del señor París y, cuando oyó hablar del gran talento de Ofelia, escribió para ella una obra de teatro, con el título *El rey de Dinamarca*. En el argumento el príncipe heredero va a casarse con mi señorita hija, pero su majestad, su señora madre, no lo permite y por ello mi Ofelia se tira al río. ¡Mi Ofelia, al río! —El anciano exclamó tras una pausa—: Cuando lo supe, se me destrozó el corazón. ¡No, no, no! ¡Mi Ofelia, la niña de mis ojos, mi todo, no puede tirarse al río! Ni siquiera en una obra teatral. ¡Hum! Eso es. Y me arrodillé ante el señor París hasta que consintió en escribir al señor profesor Hamlet. El señor profesor Hamlet prometió que lo arreglaría para que mi Ofelia se casara con el príncipe heredero y no muriera ahogada si yo le firmaba un pagaré. El señor París firmó el pagaré y yo escribí tres cruces debajo de su firma. Usted quizá se reirá, señor Taubenschlag, ¡porque sólo se trata de una obra teatral y no de la realidad! Pero, verá, en la obra mi Ofelia también se llamará Ofelia. Ya lo sabe usted, señor Taubenschlag, soy un zoquete; ¿y si mi Ofelia se ahoga de todos modos? El señor París dice siempre que el arte supera a la realidad... ¡Qué importa si se cae al río! Pero ¿qué sería entonces de mí? ¿No habría sido mejor en este caso que hubiera muerto asfixiado en el ataúd de metal?

Los conejos alborotaron en el interior del ataúd. El tornero tuvo un sobresalto y murmuró:

—¡Malditos conejos!

Se hizo una larga pausa; el anciano había perdido totalmente el hilo de la narración y parecía haber olvidado por completo mi presencia; sus ojos ya no me veían.

Al cabo de un rato se levantó, fue hacia el torno, colocó las correas de transmisión en la rueda motriz y lo puso en marcha.

—¡Ofelia! ¡No, mi Ofelia no debe morir! —le oí susurrar—. Debo trabajar, trabajar, pues de lo contrario no cambiará la obra de teatro y...

El zumbido de la máquina ahogó sus últimas palabras.

Me escabullí del taller sin hacer ruido y subí a mi habitación.

En la cama crucé las manos y, sin saber por qué, rogué a Dios que protegiera a Ofelia.

La caminata

Aquella noche tuve una experiencia singular; otros la llamarían un sueño, porque sólo conocen esta calificación insuficiente para todas las vivencias del ser humano mientras el cuerpo dormita.

Como siempre, antes de dormirme junté las manos para «poner la izquierda sobre la derecha», como decía el barón.

En el transcurso de los años fui comprendiendo poco a poco la utilidad de esta medida. Puede ser que cualquier otra colocación de las manos sirva para el mismo fin, siempre que vaya acompañada de la idea de que el cuerpo queda atado.

Desde que aquella primera noche me acosté de esta manera en casa del barón, me desperté siempre por la mañana con la sensación de haber recorrido un largo trecho de camino durante el sueño, y cada vez se me quitaba un peso de encima cuando veía que yacía en la cama desnudo y no llevaba los zapatos polvorientos —como en el orfanato—, por lo que no debía temer que me pegaran; sin embargo, nunca pude recordar durante el día adonde había caminado en sueños. Aquella noche se me cayó la venda de los ojos por primera vez.

El hecho de que el tornero Mutschelknaus me hubiera tratado poco antes de forma tan notable como a un adulto pudo ser la causa secreta de que un Yo dormido en mi interior hasta entonces —tal vez aquel «Christopher»— se despertara con plena conciencia y comenzase a ver y oír.

Soñé primero —así empezó— que estaba enterrado en vida y no podía mover manos ni pies; no obstante, de pronto, un aliento poderoso me invadió el pecho e hizo saltar la tapa del ataúd; y salí a un camino solitario y blanco que era aún más terrible que el ataúd del que procedía, sabía que jamás tendría fin. Sentí nostalgia de mi ataúd y en seguida lo vi delante de mí, atravesado en el camino.

Era blando al tacto, como la carne, y tenía brazos, piernas y pies como un cadáver. Cuando me metí en él, advertí que no proyectaba ninguna sombra, y al mirar, indeciso, hacia mi propio cuerpo, comprobé que no lo tenía; entonces me llevé la mano a los ojos, pero no tenía ojos, y cuando quise mirarme las manos, no vi ninguna mano.

Cuando la tapa del ataúd se cerró lentamente sobre mí, sentí que mis pensamientos y sensaciones de peregrino por el camino blanco habían sido las de un hombre muy viejo, por más que aún no encorvado; entonces, al cerrarse la tapa del ataúd, desaparecieron como se volatiliza el vapor del agua, dejando como poso el modo de pensar medio ciego y medio sordo propio del cerebro de un adolescente que pasaba por la vida como un extraño y que no era otro que yo.

Cuando la tapa se hubo cerrado del todo, me desperté en mi cama.

Es decir, creí que me despertaba.

Aún era oscuro, pero sentí por el narcotizante perfume del saúco que entraba en la estancia por la ventana abierta, que el primer aliento de la inminente mañana ya surgía de la tierra y que ya era hora de que saliera a apagar los faroles de la ciudad. Cogí mi pértiga y bajé a tientas la escalera. Entonces, cuando había cumplido con mi deber, crucé el puente de estacas y subí a una montaña; conocía cada piedra del camino y, con todo, no podía recordar haber estado jamás aquí.

Flores alpinas, lino silvestre y aromática valeriana crecían en los altos prados empapados de rocío y todavía verdinegros bajo el brumoso resplandor del aire.

Entonces el cielo se entreabrió al borde de la lejanía y la sangre vivificante del amanecer fluyó entre las nubes.

Centelleantes escarabajos azules y grandes moscas con alas de cristal surgieron súbitamente de la tierra con un zumbido, como despertados por una llamada mágica, y permanecieron flotando en el aire a la altura de un hombre, todos con la cabeza vuelta hacia el sol naciente.

Un estremecimiento de la más profunda emoción me recorrió los miembros al ver, sentir y comprender esta oración muda y grandiosa de las criaturas.

Di la vuelta y regresé a la ciudad. Mi sombra, gigantesca, con los pies unidos inseparablemente a los míos, se deslizaba delante de mí.

¡La sombra, el vínculo que nos une a la tierra, el fantasma negro que sale de nosotros y delata a la muerte que habita en nuestro interior cuando una luz ilumina nuestro cuerpo!

Las calles yacían en una claridad cegadora cuando me adentré en ellas.

Los niños acudían, bulliciosos, a la escuela. «¿Por qué no cantan: “¡Taubenschlag, Taubenschlag, Taubenschlag! ¡Tarará Taubenschlag!”? —Se me ocurrió pensar—. ¿Acaso no me ven? ¿Les resulta tan extraño que ya no me reconocen? Sí, siempre he sido un extraño para ellos», pensé de repente con horror, ¡porque nunca he sido un niño!

«Ni siquiera en la inclusa, cuando era muy pequeño. Nunca he sabido jugar como ellos, por lo menos siempre jugaba mecánicamente con mi cuerpo, sin el menor deseo de hacerlo; en mí habita un hombre muy viejo, ¡y sólo mi cuerpo parece joven! ¡Es posible que el maestro tornero lo haya adivinado y por eso me habló ayer como a un adulto!»

Me asusté de improviso: «Ayer era una noche de invierno, ¿cómo puede ser hoy una mañana de estío? ¿Duermo, soy sonámbulo?»

Miré hacia los faroles: estaban apagados... ¿Quién si no yo podía haberlos apagado? Así pues, ¡aún tenía cuerpo cuando los apagué! ¡Pero quizá ahora estoy muerto y en realidad no soñé que yacía en el ataúd, sino que lo viví!

Quise comprobarlo, así que me acerqué a un colegial y le pregunté: «¿Me conoces?» No me contestó y corrió a través de mí como si estuviera hecho de aire.

«De modo que estoy muerto —constaté con ecuanimidad—. En tal caso debo llevar corriendo a casa la pértiga, antes de que me pudra», me sugirió el sentido del deber, y subí a casa de mi padre adoptivo.

En su aposento se me cayó la vara de la mano e hice mucho ruido.

El barón lo oyó —estaba sentado en su butaca—, se volvió y dijo:

—¡Vaya, por fin has llegado!

Me alegré de que se fijara en mí, pues de ello deduje que no podía estar muerto.

El barón tenía al aspecto de siempre y llevaba la misma levita con la anticuada chorrera de encaje color de mora que solía lucir en casa los días festivos, pero había algo en él que se me antojó incomprensiblemente extraño. ¿Sería su bocio? No. El tamaño de éste no era mayor ni menor que de costumbre.

Dejé vagar mi mirada por la estancia... Tampoco aquí había cambiado nada. No faltaba ningún objeto ni había ninguno nuevo. La *Cena* de Leonardo da Vinci, el único adorno de la habitación, pendía de la pared, como siempre. Todo estaba en el mismo lugar. ¡Un momento! ¿No estaba ayer el busto de yeso verde de Dante, con su rostro astuto y severo, a la izquierda del estante? ¿Lo ha cambiado alguien de sitio? ¡Ahora está a la derecha! El barón advirtió mi mirada y sonrió.

—¿Has estado en la montaña? —empezó, señalando las flores de mi bolsillo, que yo había arrancado mientras volvía.

Balbué una excusa, pero él la rechazó con gesto amistoso:

—Ya sé que es muy bonito allí arriba; yo también voy con frecuencia. Has ido muchas veces, pero siempre lo has olvidado; el cerebro joven no retiene nada, la sangre es aún demasiado caliente y arrastra consigo al recuerdo. ¿Te ha cansado la caminata?

—La de la montaña, no; pero sí caminar por el... por el camino blanco —respondí, inseguro de que también supiera esto.

—¡Sí, sí, el camino blanco! —murmuró, pensativo—, casi nadie puede soportarlo; sólo aquel que ha nacido para caminar. Te adopté (aquel día, en la inclusa) porque noté esto en ti. A la mayoría de personas las asusta más el camino que la tumba. Prefieren volver a yacer en el ataúd porque piensan que esto será la muerte y que en ella tendrán sosiego; en realidad, ese ataúd es la carne, la vida.

¡El hecho de que uno nazca en la tierra no es otra cosa que ser enterrado en vida; Es mejor aprender a caminar por el camino blanco. Sólo que no se debe pensar en el fin del camino, pues entonces no se resiste, ya que no tiene fin; es infinito. El sol que brilla en la montaña es eterno. La eternidad y lo infinito son dos cosas distintas. Sólo para aquel que busca la eternidad en lo infinito son lo infinito y la eternidad una sola cosa. La caminata por el camino blanco tiene que emprenderse por el gusto de caminar, por el placer de caminar y no para cambiar un descanso temporal por otro.

»El sosiego, no el descanso, está solamente en el sol de las montañas. Permanece en silencio y todo gira alrededor de él. Ya su precursora, el alba, irradia eternidad; por eso la adoran los escarabajos y moscas, que se mantienen inmóviles en el aire hasta que sale el sol. Por esto tú tampoco te has cansado cuando subías a la montaña.

—¿Has visto —preguntó de repente, mirándome con atención—, has visto el sol?

—No, padre; he dado media vuelta antes de que saliera. —Asintió, satisfecho.

—Esto es bueno. De lo contrario, ya no tendríamos nada que ver el uno con el otro —añadió en voz baja—. ¿Y tu sombra te precedía por el valle?

—Sí, naturalmente...

Pasó por alto mi asombrada respuesta.

—Quien mira hacia el sol —continuó— ya sólo quiere la eternidad. No sirve para caminar. Son los santos de la Iglesia. Cuando un santo cruza al otro lado, pierde tanto este mundo como el otro. Y otra cosa todavía peor: el *mundo* le pierde a él; ¡se queda huérfano!

Ya sabes qué significa ser un niño de la inclusa, pues ¡no prepares para otros el destino de no tener padre ni madre! ¡Camina! Enciende faroles hasta que el sol quiera salir.

— ¡Sí! — balbucí, pensando con horror en el temible camino blanco.

— ¿Sabes qué significa el hecho de que hayas vuelto a colocarte en el ataúd?

— No, padre.

— Significa que durante un tiempo tendrás que seguir compartiendo el destino de los sepultados en vida.

— ¿Te refieres al maestro tornero Mutschelknaus? — quise indagar puerilmente.

— No conozco a ningún maestro tornero de este nombre; aún no se ha hecho visible.

— ¿Y tampoco a su esposa ni a... Ofelia? — pregunté, notando que me ruborizaba.

— No. A Ofelia tampoco.

«¡Es extraño! — pensé—. Viven al lado y tiene que encontrarse con ellos todos los días».

Callamos un rato y de pronto grité con voz lastimera:

— ¡Pero esto es espantoso! ¡Estar sepultado en vida!

— Nada es espantoso, hijo mío, si se hace por la propia alma. También yo estoy a veces sepultado en vida. Con frecuencia me he encontrado en la tierra con personas que, sumidas en la miseria, la aflicción y la necesidad, se quejan con amargura de la injusticia del destino. Muchas de ellas han buscado consuelo en aquellas doctrinas venidas de Asia (la doctrina del karma o de la compensación), que afirma: a ningún ser puede visitarle un sufrimiento cuya semilla no haya plantado en una existencia anterior; otros buscan consuelo en el dogma de la inescrutabilidad de la voluntad de Dios; pero ni los unos ni los otros han *hallado* consuelo.

»A estas personas les he encendido una luz e insinuado una idea —sonrió casi torvamente, pero con la afabilidad acostumbrada—, sugiriéndola con tanta delicadeza ¡que han creído haberla tenido ellos mismos! Les he formulado la siguiente pregunta: «¿Cargarías con la cruz de soñar esta noche, tan claramente como si fuese realidad, que vivirás mil años de una pobreza sin precedentes, si yo te diera ahora la seguridad de que a la mañana siguiente encontrarías como recompensa al despertarte un saco lleno de oro ante tu puerta?»

»«¡Sí, naturalmente!», era siempre la respuesta. «¡Entonces no te lamentes de tu destino! ¿Sabes acaso si este sueño angustioso, llamado vida terrenal (que dura como mucho setenta años), no lo has elegido tú mismo con la esperanza de encontrar algo mucho más espléndido que un saco de miserable dinero cuando te despiertes?» La verdad es que quien tiene como motivo a un «Dios de voluntad inescrutable», puede verlo convertido un día en un diablo maligno.

»Da menos importancia a la vida y tómate más en serio los sueños; así te irá todo mucho mejor; así el sueño será el conductor, en vez de permanecer como ahora envuelto en los jirones de los recuerdos diarios, como un loco arlequinado.

»¡Escucha, hijo mío! No existe ningún espacio vacío. En esta frase se oculta el secreto que deben descubrir todos aquellos que quieran dejar de ser un animal corruptible para convertirse en una conciencia inmortal. Sólo es preciso no emplear el sentido de las palabras únicamente para la naturaleza exterior, pues entonces permanece uno prisionero

de la tierra; hay que usarlo como una llave que abre el mundo espiritual; ¡darle una interpretación nueva! Escucha: uno quiere caminar, pero la tierra sujeta fuertemente sus pies. ¿Qué ocurrirá si su voluntad de caminar no desfallece? Su espíritu creador (la fuerza original que le fue insuflada al principio de todo) encontrará otros caminos por los que pueda avanzar y lo que hay en él que no necesita pies para caminar avanzará, a pesar de la tierra y a pesar de los obstáculos.

»La voluntad creadora, la herencia divina que hay en el hombre, es una fuerza que aspira; esta aspiración (¡entiéndelo en el sentido figurado!) crearía un espacio vacío en el espacio de las causas si la expresión de la voluntad no acudiera por fin a llenarlo. Imagínate a un enfermo que quiere sanar; mientras recurra a medicamentos, paralizará a aquella fuerza espiritual que cura mejor y más de prisa que todos los fármacos. Es como cuando uno quiere aprender a escribir con la mano izquierda: si siempre usa la derecha, no aprenderá nunca a usar la izquierda. Cada suceso que aparece en nuestra vida tiene un fin; no existe nada carente de sentido; una enfermedad contraída por el hombre le encomienda una tarea: ahuyéntame con la fuerza del espíritu para que la fuerza del espíritu se fortalezca y vuelva a dominar a la materia que fue antes del «pecado original». Quien no quiera esto y se contente con los «medicamentos» no ha comprendido el sentido de la vida; continúa siendo un niño que hace novillos en la escuela. En cambio, quien no deja de dar órdenes con el bastón de mando del espíritu, rechazando el arma burda que sólo empuña el mercenario, resucitará siempre una y otra vez; ¡por muchas veces que la muerte le derribe, al final acabará siendo rey! Por eso el hombre no debe detenerse nunca en el camino hacia la meta que se ha fijado; del mismo modo que el sueño sólo significa un breve descanso, así ocurre con la muerte. No se comienza un trabajo para abandonarlo, sino para terminarlo; una obra comenzada, por insignificante que parezca, se pudre si se deja a medio hacer y envenena la voluntad, como un cadáver sin enterrar infecta el aire de toda una casa.

»Sólo vivimos para el perfeccionamiento de nuestra alma; quien no pierde de vista esta meta y piensa en ella y la siente en su interior siempre que empieza o decide algo, no tardará en sentir una serenidad especial, desconocida hasta ahora, y su destino cambiará de una manera incomprensible. Aquel que obra como si fuera inmortal (no para conseguir sus deseos, esto es sólo una meta para ciegos espirituales, sino para construir el templo de su alma) verá llegar el día, aunque tarde miles de años, en que podrá decir: quiero algo y se hace, lo que yo mando, sucede, y ya no necesitará tiempo para madurar paulatinamente.

«Entonces habrá llegado el momento en que terminará el largo camino de todas las peregrinaciones. Entonces podrás mirar al sol de frente sin quemarte los ojos.

«Entonces podrás decir: he encontrado una meta porque no he buscado ninguna.

«Entonces los santos serán pobres en conocimientos a tu lado, porque no sabrán lo que tú sabes: ¡que la eternidad y el sosiego pueden ser lo mismo que la peregrinación y el infinito!

Las últimas palabras escaparon con mucho a mis dotes de comprensión; hasta mucho después, cuando mi sangre se había enfriado y mi cuerpo era el de un hombre, no se tornaron claras y vivas.

Entonces las oí con oídos sordos; veía sólo al barón Jocher y, de improviso, como a la luz de un relámpago, comprendí qué era lo que se me antojaba tan extraño en él... algo singular: el bocio aparecía en el lado derecho del cuello, y no en el izquierdo, donde estaba siempre.

Aunque esto ahora me parezca casi ridículo, entonces me inspiró un terror inmenso. El aposento, el barón, el busto de Dante sobre la repisa, yo mismo... todo se convirtió para mí durante unos segundos en un fantasma tan espectral e irreal que una angustia insondable me paralizó el corazón.

Con esto concluyó mi experiencia de aquella noche.

Casi en seguida me desperté en mi cama temblando de miedo. La luz del día se filtraba a través de los visillos. Corrí a la ventana: ¡fuera lucía una clara mañana invernal! Fui a la habitación contigua: allí estaba el barón, sentado ante su escritorio, leyendo, vestido con su bata de costumbre.

—Hoy has dormido hasta tarde, mi querido muchacho —me dijo sonriendo cuando me vio en el umbral, aún en camisón, mientras el frío interior me hacía castañetear los dientes—. He tenido que ir a apagar los faroles de la ciudad en tu lugar. Otra vez, después de muchos, muchos años. Pero... ¿qué te ocurre?

Una mirada rápida a su cuello y el último resto de temor se disipó en mi sangre: el bocio volvía a estar a la izquierda como siempre y el busto de Dante también estaba en el lugar acostumbrado. En un segundo, la vida de la tierra había absorbido el mundo de los sueños; un eco en los oídos, como si la tapa del ataúd se cerrara... y todo quedó olvidado.

Con gran apresuramiento relaté lo ocurrido a mi padre adoptivo. Sólo callé el encuentro con el maestro tornero.

Una sola vez pregunté como de paso:

—¿Conoces al señor Mutschelknaus?

—Naturalmente —fue la alegre respuesta—, vive abajo. ¡Por otra parte, es un pobre diablo!

—¿Y a su hija, la... la señorita Ofelia?

—También conozco a Ofelia —dijo el barón, serio de repente, dirigiéndome una mirada larga y casi triste—, también a ella la conozco.

Pasé de prisa al otro tema, porque notaba que el rubor cubría mis mejillas:

—¿Por qué tenías en mi sueño el... el cuello izquierdo en el otro lado, papá?

El barón reflexionó largo rato y luego empezó, buscando las palabras, como si le costara adaptarse a mi comprensión todavía poco desarrollada:

—Verás, muchacho: para explicarlo con claridad tendría que pronunciar durante toda una semana una conferencia muy compleja que, aun así, no lograrías comprender. Deberás contentarte con algunas frases y consignas que voy a sugerirte. ¿Llegarán hasta tu cerebro? Sólo la vida imparte la enseñanza auténtica, y aun mejor, el sueño.

»Por esto aprender a soñar es el primer grado de la sabiduría. La vida exterior da la inteligencia; la sabiduría fluye del sueño. Si se trata de «soñar» despierto, decimos: «¡Ah,

he tenido una idea!», o: «Se me ha encendido una luz», y si es un sueño durante el sueño... en este caso aprendemos por medio de símiles en imágenes. Todo el arte verdadero procede también del reino de los sueños, así como el don del ingenio. Los seres humanos hablan con palabras; el sueño, con imágenes vivas. El hecho de que adopten sucesos del día ha inducido a muchos a creer que los sueños carecen de sentido. ¡Y así es cuando no se les concede ninguna atención! Entonces el órgano soñador se atrofia como se atrofia un miembro olvidado y enmudece un valioso guía... El puente que conduce a otra vida mucho más valiosa que la terrena se derrumba. El sueño es el sendero entre la vigilia y la somnolencia; también es el sendero entre la vida y la muerte.

»No debes considerarme un gran sabio o algo similar, hijo mío, porque mi otro yo te ha dicho esta noche muchas cosas que pueden parecerte prodigiosas. Todavía no he llegado tan lejos como para poder afirmar que él y yo somos la misma persona.

»Es cierto que me siento un poco más a gusto en el reino de los sueños que muchos otros, pues allí me hice visible y permanente, por así decirlo, pero aún tengo que cerrar aquí los ojos cuando quiero abrirlos en el más allá, y viceversa.

Hay personas que ya no necesitan hacerlo, pero son muy muy pocas.

»¿Recuerdas que no podías verte y no tenías cuerpo ni manos ni ojos cuando en el camino blanco te acostaste de nuevo en el ataúd? ¡Pero el colegial tampoco podía verte! ¡Incluso caminó a través de ti como si estuvieras hecho de aire!

»¿Sabes por qué ocurrió? ¡No llevaste contigo al más allá el recuerdo de las formas de tu cuerpo terrenal! El que sabe hacerlo (como yo lo he aprendido) puede verse a sí mismo en el más allá, ¡construirse en el país de los sueños un segundo cuerpo que después es incluso perceptible para los demás, por muy extraño que pueda parecerte ahora! Se consigue por medio de métodos —señaló la *Cena* de Leonardo da Vinci y sonrió, satisfecho— que te enseñaré cuando tu cuerpo sea maduro y ya no tenga que permanecer sujeto. Quien los conoce es *capaz* de crear un fantasma. En muchas personas esta facultad de «hacerse visible en otro reino» surge por sí misma y sin orden. Pero casi siempre sólo cobra vida en el más allá una *parte* de ellas, la mayoría de las veces la mano, que entonces lleva a cabo los actos más insensatos (porque la cabeza ya no interviene), y la gente que presencia los efectos se santigua y habla del fantasma del diablo. Tú pensarás: ¿cómo puede hacer algo una mano sin que su dueño lo sepa? ¿Aún no has visto nunca cómo la cola cortada de un lagarto parece revolverse con terribles dolores mientras el lagarto permanece indiferente a su lado? ¡Es algo muy parecido!

»El otro reino es igualmente real, o «irreal» —añadió casi para sus adentros—, que el de la tierra. Cada uno de ellos es sólo una mitad, y únicamente juntos pueden formar un todo. Ya conoces la historia de Sigfrido: su espada se partió en dos pedazos; el taimado enano Alberico no pudo soldarlos porque era un gusano de la tierra, pero Sigfrido lo consiguió.

»La espada de Sigfrido es un símbolo de aquella doble vida. El modo de unirlos para que sea de una sola pieza es un secreto que es preciso conocer si se quiere ser un caballero.

»El otro reino es todavía más real que este de la tierra.

Uno es reflejo del otro o, mejor dicho: el terrenal es un reflejo del «más allá», y no al revés; lo que en el más allá está a la derecha —se señaló el bocio—, aquí está a la izquierda.

«¿Comprendes ahora?

»Aquel otro era, pues, mi otro yo. Lo que te dijo, acabo de saberlo ahora de tus labios; no procedía de sus conocimientos y aun menos de los míos: ¡procedía de los tuyos!

»Sí, sí, querido muchacho: no me mires con tanto asombro, ¡procedía de los tuyos! O, mejor aún —continuó, acariciando mis cabellos con la mano—, ¡del... del Christopher que hay en ti! Lo que yo pueda decirte (un ser humano a otro) va de una boca humana a un oído humano y cae en el olvido cuando el cerebro se pudre; el único diálogo del que puedes aprender es el diálogo contigo mismo. Y el que mantuviste con mi otro yo era... un diálogo contigo mismo. Lo que pueda decirte una persona es a la vez demasiado poco y muchísimo. Unas veces llega demasiado pronto y otras demasiado tarde, siempre en un momento en que tu alma está dormida. Y ahora, querido muchacho —se volvió de nuevo hacia el escritorio—, vístete; no querrás pasearte el día entero en camisón.

Ofelia

Los recuerdos de mi vida se han convertido en joyas para mí; los extraigo de las profundidades acuosas del pasado cuando suena la hora de contemplarlos y he encontrado para escribirlos una mano que me muestra docilidad.

Entonces, cuando las palabras se suceden y yo las escucho como el relato de un narrador, tengo la impresión de que resbalan entre mis dedos acariciadores como en un juego de rutilantes alhajas y el pasado se transforma en presente para mí.

Todas centellean para mí, tanto las mates como las resplandecientes, las oscuras y las claras; puedo contemplarlas con espíritu sonriente; no en vano estoy para siempre «separado del cadáver y la espada».

No obstante, entre ellas se encuentra la piedra preciosa sobre la cual sólo ejerzo un trémulo poder.

Con ella no puedo jugar como con las otras; de ella emana la fuerza dulce y cautivadora de la Madre Tierra, dirigida hacia mi corazón.

Es como la piedra preciosa alexandrita, que refulge con un resplandor verde oscuro durante el día y se enciende, súbitamente roja, cuando uno mira con fijeza sus profundidades en la noche silenciosa.

La llevo encima como gotas de sangre cristalizadas, dominado siempre por la inquietud de que vuelvan a licuarse y me abrasen, si las caliento demasiado rato en mi pecho.

Por eso he encerrado el recuerdo de aquel espacio de tiempo, que para mí se llama Ofelia y significa una breve primavera y un largo otoño, en una especie de bola de cristal donde también vive el muchacho, medio niño y medio adolescente, que una vez fui yo.

Me veo a mí mismo a través de la pared de cristal; pero es como una imagen en una cámara oscura... ya no puede atraerme con su hechizo.

Y así, mientras tengo ante mí esta imagen que tras el cristal se despierta, transforma y apaga, quiero describirla como un informador imparcial.

Todas las ventanas de la ciudad están abiertas, las repisas rebosan de rojos geranios en flor; un adorno primaveral de velas blancas, vivas y fragantes florece en los castaños que bordean la orilla del río.

El aire es tibio e inmóvil bajo el cielo sin nubes de un tono azul pálido. Las mariposas polícromas, y las cleopatra, amarillas, revolotean sobre los prados como si un leve viento jugara con mil trocitos multicolores de papel de seda.

En las claras noches de luna brillan los ojos de los gatos maulladores que se mantienen al acecho y gritan sus penas de amor desde los tejados refulgentes de plata.

Estoy sentado en la barandilla de la escalera y aguzo el oído hacia la ventana abierta del tercer piso, donde, detrás de unos visillos que me tapan la vista de la habitación, dos

voces, una profunda, patética, masculina, que detesto, y la suave y tímida de una muchacha, sostienen un diálogo singular y para mí incomprensible:

—Ser o no ser, ésta es la cuestión. ¡Oh, ninfa, incluye en tu oración a todos mis pecados!

—Príncipe mío, ¿cómo estáis después de tantos días? —murmura la voz tímida.

—¡Vete a un convento, Ofelia!

Espero con gran tensión lo que sigue, pero de repente la voz masculina, sin que yo pueda saber el motivo y como si el orador se hubiera transformado en un mecanismo de relojería cuyo muelle emitiera un zumbido, inicia un parloteo incontenible del que sólo puedo pescar algunas frases sin sentido:

—¿Por qué quieres traer hijos al mundo? Yo mismo soy medianamente virtuoso; si te casas, te daré como guía esta maldición: sé casta como el hielo y pura como la nieve o toma por marido a un loco, y esto lo antes posible, ¡adiós!

A lo cual la voz tímida de la muchacha contesta:

—¡Oh, aquí se ha ahuyentado a un espíritu noble! Fuerzas celestiales, traedle de nuevo.

Entonces callan las dos y oigo una ligera palmada.

Al cabo de media hora de total silencio, durante el cual sale por la ventana el olor de un asado

grasiento, alguien lanza por entre los visillos una colilla de cigarro mordisqueada y todavía encendida que rebota, despidiendo chispas, contra la pared de nuestra casa y va a caer sobre el empedrado del pasaje.

Sigo sentado, mirando fijamente la ventana, hasta bien entrado el atardecer.

Cada vez que se mueven las cortinas, el corazón me palpita con gozoso sobresalto: ¿se asomará Ofelia a la ventana? Y si lo hace, ¿debo salir de mi escondite?

He cogido una rosa roja. ¿Me atreveré a lanzársela? ¡Pero al menos tendría que decir algo! ¿Qué?

No se me ocurre nada.

La rosa empieza a marchitarse en mi mano caliente, y al otro lado continúa todo como muerto. Sólo el olor de café quemado ha sustituido al del grasiento asado...

Por fin: unas manos femeninas apartan los visillos. Por un instante todo me da vueltas y luego aprieto los dientes y lanzo con decisión la rosa hacia la ventana abierta. Una ligera exclamación de sorpresa y... la señora Aglaja Mutschelknaus aparece en el marco.

No puedo ocultarme tan de prisa; ya me ha descubierto.

Palidezco, ¡porque ahora todo ha trascendido!

Sin embargo, el destino dispone otra cosa. La señora Mutschelknaus levanta dulcemente las comisuras de los labios, se coloca la rosa en el pecho como sobre un pedestal y baja, confusa, los párpados; luego, cuando los abre de nuevo, emocionada, y ve que sólo se trata de mí, tuerce un poco el gesto, pero me lo agradece con una inclinación de cabeza y me enseña en su amabilidad un colmillo.

Tengo la impresión de que me ha sonreído una calavera; ¡no obstante, estoy contento! Si hubiera adivinado a quien iba dirigida la flor, ¡todo se habría perdido! Una hora

después me alegro incluso de que todo se haya desarrollado así. En lo sucesivo puedo atreverme con tranquilidad a dejar para Ofelia todas las mañanas un ramillete entero en la repisa de la ventana; su madre creerá que es para ella.

¡Quizá pensará que las flores provienen de mi padre adoptivo, el barón Jocher!

Sí, sí, la vida le hace a uno inteligente.

Por un momento tengo un sabor repugnante en la boca, como si la insidiosa idea me hubiera envenenado, pero se pasa casi en seguida y me pregunto si no sería más conveniente ir sin pérdida de tiempo al cementerio a robar más rosas. Después va gente a rezar ante las tumbas y por la noche la verja está cerrada.

* * *

Abajo, en la Hilera de Panaderos, encuentro al actor París, que enfila el pasaje con rechinantes botas.

Sabe quién soy, se lo noto en la cara.

Es un caballero grueso, viejo y bien afeitado, con mofletes y nariz colorada que le tiemblan a cada paso.

Lleva un birrete, una aguja de corbata con una corona de laurel plateada en la corbata, y sobre la panza, una cadena de reloj trenzada con cabellos rubios de mujer. Su levita y su chaleco son de terciopelo marrón; sus pantalones, de un verde botella, envuelven como fundas sus piernas delgadas, y son tan largos que abajo se le arrugan como un acordeón.

¿Y si adivina que voy al cementerio? ¿Y para qué quiero robar rosas allí? ¿Y para quién? ¡Claro que no: yo soy el único en saberlo! Le miro a la cara con insolencia y le niego ostensiblemente el saludo, pero el corazón se me para cuando advierto que me mira con fijeza bajo los párpados entornados, casi como si me escudriñara; se detiene, chupa el cigarro con expresión pensativa y por último cierra los ojos como si acabara de ocurrírsele una idea singular.

Le paso de largo lo más aprisa posible y entonces le oigo carraspear a mis espaldas con mucho ruido y de modo muy poco natural, como si estuviera a punto de declamar una parrafada: «¡Ejem...mm... ejem...!»

Me sobrecoge un miedo glacial y empiezo a correr; no puedo evitarlo, tengo que correr, aunque mi intuición me avisa: ¡No lo hagas, te delatas a ti mismo!

* * *

Al alba he apagado los faroles y vuelto a sentarme en la barandilla, aunque sé que pasarán horas antes de que Ofelia venga a abrir las ventanas. Sin embargo, temo quedarme dormido si me acuesto de nuevo en la cama en vez de esperar.

Le he colocado tres rosas blancas sobre la repisa, y estaba tan emocionado que casi me he caído al pasaje.

Ahora juego con la idea de que yazgo abajo con los miembros destrozados, me suben a la habitación, Ofelia se entera, adivina la causa, acude a la cabecera de mi lecho de

enfermo y me besa llena de emoción y de amor.

Así me entrego a un juego infantil y sentimental; después me avergüenzo y me ruborizo interiormente de ser tan necio; pero la idea de sufrir a causa de Ofelia me resulta tan dulce...

Desecho con violencia la imagen: Ofelia tiene diecinueve años y es una señorita y yo sólo tengo diecisiete, aunque soy un poco más alto que ella. Sólo me besaría como se besa a un niño que se ha hecho daño. Y yo quiero ser todo un hombre, y como tal no puedo yacer indefenso en la cama y dejarme cuidar por ella. ¡Sería infantil y afeminado!

Por eso tejo otra fantasía: es de noche, la ciudad duerme, un resplandor de fuego ilumina mi ventana, un grito resuena de pronto por las calles: ¡la casa vecina arde en llamas! Ya no es posible salvar a nadie, pues las vigas encendidas se derrumban y obstruyen la Hilera de Panaderos.

Arriba, los visillos de la habitación están en llamas, pero yo salto desde la ventana de nuestro descansillo y salvo a mi amante desvanecida, que yace en camisón en el suelo, medio asfixiada, como muerta, entre las ascuas y el humo.

El corazón está a punto de estallarme de emoción y alegría; siento sus brazos desnudos en torno a mi cuello, mientras la llevo desmayada en mis brazos, y la frialdad de sus labios cuando los cubro de besos.

Tal es el realismo con que lo imagino todo.

La imagen surge una y otra vez en mi sangre, como si todos sus dulces y enloquecedores detalles circularan por ella y ya no pudieran abandonarla jamás. Me alegro, por que sé que la impresión es tan profunda, que esta noche soñaré viva y realmente con ella. ¡Pero cuántas horas faltan todavía!

Me asomo a la ventana y escudriño el cielo: no quiere llegar el amanecer. Todo un largo día me separa aún de la noche. ¡Casi me da miedo que la mañana tenga que venir antes que la noche, porque puede destruir todas mis esperanzas! Las rosas pueden caerse cuando Ofelia abra la ventana, y en este caso no las vería. O bien las ve y las coge... ¿Qué ocurrirá entonces? ¿Tendré el valor de no ocultarme en seguida? Siento un frío glacial, porque sé que me faltará este valor. Me consuelo pensando que ella puede adivinar de quién son las rosas. ¡Tiene que adivinarlo! ¡Es imposible que los cálidos e impacientes sentimientos amorosos que emanan de mi corazón no se fundan con los suyos, por mudos y tímidos que sean!

Cierro los ojos e imagino con todas mis fuerzas que estoy de pie junto a su cama, me inclino sobre la durmiente y la beso con el ardiente anhelo de que yo aparezca en sus sueños.

Me lo he representado todo con tal claridad, que durante un rato ya no sé si me he dormido o qué ha sido de mí. Miraba con fijeza las tres rosas blancas en la repisa de enfrente, ensimismado, cuando se han desvanecido a la media luz del amanecer. Ahora vuelven a estar allí, pero me atormenta la idea de haberlas robado del cementerio.

¿Por qué no he robado rosas rojas? ¡Son las propias de la vida! No puedo imaginar a un muerto que al despertarse y ver que faltan rosas rojas en su tumba, exija su devolución.

Por fin ha salido el sol. El espacio entre las dos casas está invadido por la luz de sus rayos; tengo la impresión de flotar sobre las nubes que cubren la tierra, pues abajo el pasaje ya no es visible; se lo han tragado los jirones de niebla que el viento matinal arrastra desde el río por las callejuelas.

Una figura clara se mueve en la habitación de enfrente —la inquietud me hace contener el aliento— y me aferro fuertemente con ambas manos a la barandilla de la escalera para no echar a correr.

¡Ofelia!

Tardo mucho en atreverme a mirar. Me ahoga la horrible sensación de haber cometido una tontería incalificable. El esplendor del sueño se ha esfumado y siento que no volverá nunca y que en su ausencia tendré que precipitarme al vacío o hacer algo espantoso para evitar el enorme ridículo que ahora deberé afrontar si todo se desarrolla como me temo.

Realizo una última y necia tentativa de salvarme de mí mismo frotándome con fuerza la manga como si tuviera una mancha.

Entonces nuestros ojos se encuentran.

El rostro de Ofelia está como bañado en sangre; veo temblar sus manos finas y blancas, que sostienen las rosas.

Ambos queremos decir algo y no podemos; cada uno de nosotros ve que el otro no se atreve.

Un instante después, Ofelia ha desaparecido.

Me quedo muy acurrucado en un escalón y sólo sé una cosa: en lugar de mi yo vive ahora en mí una alegría que se eleva hasta el cielo como una llama. Una alegría que es una jubilosa oración para que jamás vuelva a atraerme la serenidad.

¿Puede ser real, entonces?

¡Pero si Ofelia es toda una señorita!

¿Y yo?

Pero ¡no! Es tan joven como yo mismo; veo de nuevo sus ojos en mi imaginación, aún más claramente que en la realidad de la luz del sol. Y en ellos leo que es tan niña como yo. ¡Sólo una niña puede mirar así! Ambos somos todavía unos niños; ¡ella no intuye que sólo soy un chico tonto!

Sé con tanta certeza como que en mí late un corazón que se dejaría cortar en mil pedazos por ella, que hoy volveremos a vernos sin necesidad de buscarnos; sé también que será después del ocaso en el pequeño jardín a la orilla del río que hay delante de nuestra casa. ¡sin que ninguno de los dos necesite decirlo al otro!

La conversación a medianoche

Del mismo modo que la olvidada y pequeña ciudad, rodeada por el sinuoso río, vive en mi corazón como una apacible isla, el recuerdo de una conversación que escuché a hurtadillas una noche se alza como un islote embestido por las agitadas mareas de aquellos días que para mí se llaman Ofelia. Estaba soñando con mi amada, como hacía a todas horas, cuando oí que el barón abría la puerta de su estudio a un visitante; y por la voz reconocí al capellán.

Venía a menudo, aunque fuese a una hora avanzada, porque eran viejos amigos y solían conversar ante una copa de vino, casi siempre hasta bien pasada la medianoche, sobre toda clase de cuestiones filosóficas; también deliberaban sobre mi educación; en suma, hablaban de cosas que me interesaban muy poco.

El barón no soportaba que yo acudiese a la escuela.

—Nuestras escuelas son como cocinas de brujas donde la razón es deformada hasta que el corazón se muere de sed. Cuando esto se ha logrado con éxito, dicen que se ha pasado la prueba de la madurez —solía decir.

Por eso sólo me daba a leer libros de su biblioteca, que elegía con sumo cuidado, después de averiguar la índole de mi curiosidad de saber, pero nunca comprobaba si realmente los había leído.

—Lo que tu espíritu quiere que permanezca grabado en tu memoria —gustaba de sentenciar— se te hará patente porque te causará una alegría inmediata. En cambio, el maestro de escuela es como el domador de fieras. Uno opina que es importante que los leones salten por los aros; otro inculca a los niños que el piadoso Aníbal perdió el ojo izquierdo en las Lagunas Pontinas; uno hace de un rey del desierto un payaso de circo, otro, un ramito de perejil de una bendita flor.

También en esta ocasión debían de haber disertado sobre lo mismo los dos caballeros, pues oí decir al capellán:

—A mí me inquietaría dejar crecer a un niño como un barco sin timón; creo que *tendría* que embarrancar.

—¡Como si no embarrancaran la mayoría de los hombres! —exclamó el barón, excitado—. ¿Acaso no ha embarrancado, considerándolo desde un punto de vista más elevado de la vida, ninguno de aquellos jóvenes educados tras las ventanas de la escuela que, pongamos por ejemplo, llega a jurisconsulto, se casa para que unos hijos hereden su amargura, y por fin enferma y muere? ¿Cree usted que su alma ha creado para semejante fin ese aparato tan complicado que llamamos el cuerpo humano?

—¡Adonde iríamos a parar si todos pensarán como usted! —exclamó el capellán.

—¡Al estado más hermoso y bienhechor de la especie humana que uno pueda imaginar! Cada uno crecería a su modo, nadie sería igual a otro, cada uno sería un cristal,

pensaría y sentiría en otros colores e imágenes, amaría y odiaría de una forma distinta, según la voluntad de su espíritu. La frase de la igualdad de los hombres debe de haberla inventado el enemigo de toda variedad, Satanás.

—De manera que cree usted en el diablo, barón. ¡Siempre suele negarlo!

—¡Creo en el diablo como creo en la fuerza mortífera del viento del norte! ¿Y quién podría mostrarme el lugar del universo de dónde procede el frío? Allí debería reinar el diablo. El frío sólo persigue al calor porque él mismo quiere calentarse. El diablo quiere acercarse a Dios, la muerte glacial al fuego de la vida; tal es el origen de todas las peregrinaciones. ¿Tiene que existir el cero absoluto del frío? Yo aún no lo he encontrado. Y nadie lo encontrará jamás, como tampoco el polo norte magnético absoluto; si alarga o rompe una barra imantada, el polo norte estará siempre opuesto al polo sur, unas veces el punto que los separa será más corto y otras más largo, pero los polos jamás se tocarán, o la barra tendría que convertirse en anillo y la barra magnética dejar de ser un imán. Tanto si se busca el origen de un polo como el del otro en el mundo finito, se termina en una peregrinación por el infinito.

»¡Contemple allí en la pared la *Cena* de Leonardo da Vinci! En ella está representado para los hombres lo que yo quería decir en relación con el imán y con la educación a través del alma. A cada discípulo de la *Cena* se le indica la misión de su alma con una posición simbólica de la mano y los dedos; todos tienen la mano derecha en actividad, o bien apoyándola en la mesa, cuya arista está dividida en dieciséis partes, lo cual podría significar las dieciséis letras del antiguo alfabeto romano, o enlazándola con la mano izquierda. ¡Sólo en Judas Iscariote actúa la izquierda, mientras la derecha está cerrada! Juan Evangelista, de quien Jesús dijo que permanecería, por lo que entre los discípulos corrió la voz de que no moriría nunca, tiene las dos manos enlazadas, es decir, es un imán que ya no lo es; es un círculo en la eternidad; ha dejado de ser un peregrino.

«¡Semejantes posiciones de los dedos tiene un significado propio! Encierran los misterios más profundos de las religiones.

»En Oriente las encuentra usted en todas las estatuas de dioses, pero también vuelve a verlas en los cuadros de casi todos nuestros grandes maestros medievales.

»En nuestra familia, la stirpe de los barones Von Jocher hemos heredado la leyenda de nuestro antepasado, el portador de linternas Christopher Jocher, quien llegó de un viaje a Oriente trayendo consigo el secreto de convocar a los fantasmas de los muertos por medio de una gesticulación de los dedos y hacerlos servir para toda clase de propósitos.

»Un documento que obra en mi poder dice que era miembro de una orden muy antigua que en un lugar se llama Chi-kiai, que en alemán significa «la separación del cadáver», y en otro lugar, Kieu-kiai, es decir, «la separación de la espada».

»En él se relatan cosas que pueden sonar muy singulares a sus oídos; con ayuda del arte de dar vida inteligente a manos y dedos, algunos miembros de la orden desaparecieron de la tumba junto con su cadáver, mientras otros se transformaron en espadas bajo tierra.

»¿No ve en ello, reverencia, cierta notable concordancia con la resurrección de Cristo? ¿Sobre todo si relaciona con el tema los enigmáticos movimientos de las manos que aparecen en las pinturas de la Edad Media y en la antigüedad asiática?

Oí que el capellán, inquieto, empezaba a andar arriba y abajo de la habitación a grandes pasos; luego se detuvo y exclamó con voz tensa:

—Lo que me cuenta, señor barón, suena demasiado a masonería para que yo, un sacerdote católico, pueda aceptarlo sin réplica. Esto que usted llama el mortífero viento del norte es para mí masonería y todo cuanto con ella se relaciona. Sé muy bien, y hemos hablado bastante a menudo de este tema, que todos los grandes pintores y artistas se agruparon en una asociación que llamaron gremio y del que dieron cumplida noticia a todos los países valiéndose de signos secretos (casi siempre posiciones de los dedos y gestos de las manos) en las figuras de sus cuadros o en guiños de nubes con rostro y a veces también en la elección de colores. La Iglesia, antes de encargarles las imágenes de santos, les hacía prometer con frecuencia omitir semejantes signos, pero ellos conseguían una y otra vez zafarse de tal promesa. Se reprocha a la Iglesia que diga, aunque no al alcance de todos los oídos, que el arte procede del diablo. ¿Es esto tan incomprensible para un católico riguroso, sabiendo que los artistas poseían y protegían un secreto dirigido a todas luces contra la Iglesia?

»Conozco una carta de un gran pintor de entonces en la que confiesa abiertamente a un amigo español la existencia de la asociación secreta.

—También yo conozco esa carta —respondió, animado, el barón—. El pintor escribe más o menos esto (el texto ya no está en mi poder): «Ve a verlos y suplica de rodillas a un hombre llamado X que me haga la seña más leve para que pueda por fin tener una idea de cómo llegar hasta el secreto. ¡No quiero ser sólo un pintor hasta el fin de mis días!» ¿Qué significa esto, querido capellán? Pues significa que aquel famoso artista, por muy iniciado que pareciera estar, era en realidad un ciego. No cabe la menor duda de que era masón y esto, para mí, equivale a decir que era un peón de albañil que sólo trabajaba en el exterior de la construcción, colocando tejas y ladrillos, y que pertenecía al gremio. También tiene usted toda la razón al decir que todos los arquitectos, pintores, escultores, orfebres y cinceladores de aquel tiempo eran masones. Sin embargo, y ahora llegamos a la cuestión, sólo conocían los ritos exteriores y únicamente los comprendían en el sentido ético; eran meros instrumentos de aquel poder invisible que usted, como católico, considera erróneamente el maestro de la «mano izquierda»; eran instrumentos, sí, pero con el único fin de guardar para la posteridad ciertos secretos en forma simbólica hasta que llegara el momento oportuno. No obstante, quedaban estancados en el camino y no adelantaban porque siempre esperaban que una boca humana pudiera darles la llave que abriría la puerta; no intuían que se halla enterrada en el mismo ejercicio del arte; no comprendían que el arte oculta un sentido más hondo que sólo pintar cuadros o crear obras poéticas, y que es el siguiente: inspirar una especie de sentido supersensible del tacto y la percepción en el artista, cuya primera manifestación se llama «sentimiento correcto del arte». Asimismo un pintor actualmente vivo podrá hacer resucitar de nuevo en sus obras aquellos símbolos si a través de su profesión se abren los sentidos ocultos a las influencias de este poder; ¡no necesita para nada conocerlos de labios de un ser viviente ni ser aceptado en esta o aquella logia! Por el contrario: con claridad mil veces mayor que la lengua humana habla la «boca invisible». ¿Qué es el verdadero arte sino la creación salida del reino eterno de la abundancia?

»No cabe duda de que existen personas que pueden ostentar con pleno derecho el nombre de «artista» y, sin embargo, sólo están poseídos por una fuerza tenebrosa que usted desde su punto de vista designará tranquilamente como «el diablo». Sus creaciones se parecen con exactitud al reino infernal de Satanás tal como lo presenta Cristo; sus obras contienen el aliento del norte glacial y entumecido donde ya la Antigüedad situó la sede de los demonios enemigos de los seres humanos; los medios de expresión de su arte son: peste, muerte, locura, asesinato, sangre, desesperación y abyección.

»¿Como podemos explicarnos a semejantes naturalezas artísticas? Quiero decírselo: un artista es un hombre en cuyo cerebro lo espiritual y lo mágico mantienen la preponderancia sobre lo material. Esto puede suceder de dos maneras: en una de ellas (que podríamos llamar la «demoniaca»), el cerebro está a punto de degenerarse por el libertinaje, la sífilis y los vicios habituales; entonces pesa menos, por así decirlo, en la balanza del equilibrio y aparecen por sí mismos una «mayor pesadez o presencia en el mundo visible» y un descenso de lo mágico: el platillo de la espiritualidad baja, sólo porque el otro es más ligero y no porque él mismo sea más pesado. En este caso rodea a la obra de arte el tufo de la descomposición. Es como si el espíritu llevase un vestido de putrefacción fosforescente.

»En los otros artistas (que llamaré los ungidos) el espíritu ha ganado la batalla contra el animal, como en el caballero Jorge: en ellos el platillo del espíritu baja en el mundo visible a causa de su propio peso. Entonces el espíritu lleva la túnica dorada del sol.

»Sin embargo, en ambos casos el equilibrio de la balanza se produce a favor de lo mágico; en el hombre ordinario, sólo el animal tiene peso; en cambio, tanto el «demoníaco» como el «ungido» son movidos por el viento del reino invisible de la abundancia, uno por el viento del norte, otro por el aliento del amanecer. Por el contrario, el hombre ordinario continúa siendo un tronco fijo.

»¿Cuál es este poder que se sirve de los grandes artistas como de un instrumento cuyo fin es conservar para la posteridad los ritos simbólicos de la magia?

»Se lo diré: es el mismo que creó la Iglesia en otro tiempo. Construye al mismo tiempo dos columnas vivas, una blanca, la otra negra. Dos columnas vivas que se odian mutuamente hasta que reconozcan que son sólo los pilares de un futuro arco de triunfo.

»Recuerde el lugar del Evangelio donde Juan dice: «Considero, sin embargo, que si así debieran escribirse las muchas otras cosas, el mundo no comprendería los libros en que estuvieran escritas».

»¿Cómo explica usted, reverencia, que de acuerdo con su fe y según la voluntad de Dios, la Biblia haya llegado a nuestros tiempos sin la tradición de aquellas «otras cosas»?

»¿Se ha perdido? ¿Como «pierde» un muchacho su cortaplumas?

»Le digo que hoy día viven aún «otras cosas», siempre han vivido y siempre permanecerán vivas, aunque enmudecieran todas las bocas que las pronuncian y ensordecieran todos los oídos que puedan escucharlas. El espíritu las mantendrá vivas con su murmullo y creará siempre nuevos cerebros de artistas que vibran cuando él quiere y se construyen nuevas manos para escribir cuando él se lo ordena.

»Son aquellas cosas que sabía y sabe Juan: los secretos que guardaba «Cristo» y que resumió cuando dijo por boca de Jesús, su instrumento: «Antes de Adán, existía Yo».

»Le digo, tanto si ahora se crucifica como si no: la Iglesia empezó con Pedro ¡y terminará con Juan! ¿Qué significa esto? ¡Lea el Evangelio como si fuera una profecía sobre el futuro de la Iglesia! Quizá entonces se encenderá en usted una luz que le indique el significado en este sentido: que Pedro negó tres veces a Cristo y se enfadó cuando Jesús dijo de Juan: «Quiero que él se quede». Para su consuelo, quiero añadir: la Iglesia morirá, lo creo y lo veo venir, pero resucitará de nuevo y tal como debería ser. Aún no ha resucitado nadie ni nada que no haya muerto antes: ni siquiera Jesucristo.

»Le conozco a usted demasiado bien como hombre honorable que se toma en serio su deber para ignorar que se ha preguntado una y otra vez: ¿Cómo pudo suceder que existieran entre los sacerdotes, incluso entre los papas, criminales indignos de sus votos, indignos de llevar el nombre de ser humano? Sé también que si alguien le hubiera pedido una explicación de semejantes hechos, habría respondido: «Sin pecado y sin mancha está sólo el oficio y no aquel que lo desempeña». No crea, querido amigo, que yo pertenezco a aquellos que se burlan de semejante explicación o, avisados, sospechan una despreciable hipocresía detrás de ella; para esto respeto demasiado las sagradas órdenes.

»Sé perfectamente, quizá mejor que usted, cuan grande es el número de sacerdotes católicos que llevan en secreto en su corazón la angustiada duda: «¿Es realmente la religión cristiana la llamada a salvar a la humanidad? ¿Acaso no indican todos los signos el tiempo en que la Iglesia se corromperá? ¿Llegará realmente el reino milenarista? Es cierto que el cristianismo crece como un árbol gigantesco, pero ¿dónde están sus frutos? ¡Aumenta de día en día la multitud de aquellos que llevan el nombre de Cristo, pero cada vez son menos dignos de él!»

»¿De dónde procede esta duda?, le pregunto yo. ¿De una fe débil? ¡No! Es una consecuencia de la percepción inconsciente de que es demasiado reducido el número de sacerdotes lo bastante fogosos para buscar el camino de la salvación como lo hacen los yoguis y los sadhus de la India. Son demasiado pocos los que toman por asalto el reino de los cielos. Créame: ¡hay más sendas hacia la resurrección de las que imagina la Iglesia! La templada esperanza de la «gracia» no sirve de nada. ¿Cuántos de su condición pueden decir de sí mismos: «Como camina el ciervo en busca de agua fresca, camina mi alma hacia ti, Dios mío»? Todos esperan en secreto el cumplimiento de la profecía apócrifa que dice: aparecerán cincuenta y dos papas, cada uno de los cuales llevará un nombre latino secreto que transcribirá su actividad en la tierra; el último se llamará *flos florum*, «flor de las flores», y bajo su cetro empezará el reino milenarista.

»Le profetizo (y yo soy más bien un pagano que un católico) que se llamará Juan y será el reflejo de Juan el Evangelista; de Juan el Bautista, patrono de los masones que protegen con agua los secretos del bautismo sin conocerlos ellos mismos, le serán transmitidas las fuerzas a través del mundo inferior.

»¡Así surgirá de dos columnas un arco de triunfo!

»Pero escriba usted hoy en un libro: «A la cabeza de la humanidad, como caudillo, no puede estar ni un soldado ni un diplomático ni un profesor ni un... maniquí, sino única y exclusivamente un sacerdote», y un grito de cólera recorrerá el mundo cuando aparezca el libro. Escriba usted en él: «La Iglesia es sólo una chapucería, sólo la mitad de una espada partida en dos, mientras su representante no sea al mismo tiempo el vicario de Salomón y

el principal de la Orden», y quemarán el libro en la hoguera.

»¡Es cierto que la verdad no podrían quemarla ni enterrarla! Siempre reaparecerá, como la inscripción sobre el altar de la iglesia de Nuestra Señora de nuestra ciudad, de la cual se desprende una y otra vez el tablón coloreado.

»Le miro y veo que también usted está en contra de la existencia de un secreto sagrado que harían suyo los contrarios de la Iglesia y del cual la Iglesia católica no sabría nada. No obstante, es así, sólo con la limitación esencial de que aquellos que lo guardan no saben nada de él porque su comunidad es la otra mitad de la «espada rota» y no pueden comprender el sentido. Sería más que grotesco suponer que los honrados fundadores del seguro de vida Gotha poseyeran un arcano mágico para la eliminación de la muerte.

* * *

Se hizo una larga pausa; ambos ancianos caballeros parecían absortos en sus ideas.

Entonces oí tintinear las copas y al cabo de un rato preguntó el capellán:

— ¿De dónde puede haber sacado tan singulares conocimientos?

El barón calló.

— ¿No le gusta hablar de ello?

— ¡Hum! Depende —equivó el barón—. Muchos guardan relación con mi vida, muchos han afluido a mí, muchos los he... ¡hum!... heredado.

— Para mí es nuevo que se puedan heredar los conocimientos. En cualquier caso, de su difunto señor padre se cuentan todavía las historias más extraordinarias.

— ¿Qué, por ejemplo? —gritó el barón, animado—. Esto me interesa muchísimo.

— Bueno, se dice que era... que era...

— ¡Un loco! —completó alegremente el barón.

— No precisamente un loco. ¡Oh, no, ni mucho menos! Pero sí un excéntrico en grado sumo. Dicen (¡pero usted no debe pensar que yo lo he creído!) que inventó una máquina para despertar la fe en los milagros; ¡sí, la fe en los milagros en los perros de caza!

— ¡Ja, ja, ja! —rió el barón, con tanta fuerza, sinceridad e insistencia que se me contagió en la cama y tuve que morder un pañuelo para no delatar mi atención.

— ¡En seguida pensé que era una tontería! —se disculpó el capellán.

— ¡Oh —exclamó el barón, jadeando—, de ningún modo! La aseveración es cierta. ¡Ja, ja! ¡Espere un momento! Antes debo terminar de reír. Pues bien, sí: mi padre era un excéntrico como ya no habrá otro igual. Poseía unos conocimientos increíbles, y todo lo que puede ocurrirle a una mente lo pensó antes la suya. Un día me miró largo rato, cerró de golpe un grueso volumen que había estado leyendo, lo tiró al suelo (desde entonces no volvió a tener un libro en las manos) y me dijo:

»«Bartholomäus, hijo mío, acabo de comprender que todo es una insensatez. ¡El cerebro es la glándula más superflua que posee el hombre! Habría que extirparla, como las amígdalas. Me propongo iniciar una nueva vida a partir de hoy».

»A la mañana siguiente se mudó a un pequeño castillo en el campo que entonces poseíamos y pasó allí el resto de sus días; no regresó a casa hasta poco antes de su muerte, para morir en paz aquí, un piso por debajo del nuestro.

«Siempre que le visitaba en su castillo, me enseñaba algo nuevo. En una ocasión fue una telaraña extraña y maravillosa en el cristal interior de una ventana, que cuidaba como a las niñas de sus ojos.

»«Mira, hijo mío», me explicó: «aquí, detrás de la telaraña, enciendo al atardecer una luz fuerte para atraer al cristal a los insectos, que acuden en tropel, pero que no pueden enredarse en la telaraña porque el cristal de la ventana está por en medio. La araña, que naturalmente no tiene idea de qué es el cristal (¡porque no existe nada parecido al aire libre!), no es capaz de explicárselo y es probable que se devane los sesos por ello. La cuestión es que día tras día teje una tela mayor y más delicada, ¡sin que esto resuelva en absoluto el misterio! De este modo quiero arrebatir poco a poco al animal la descarada confianza en el poder inviolable de la razón. Más adelante, cuando se convierta en persona por la vía de la reencarnación, me agradecerá esta educación tan sabia, que conllevará un tesoro de experiencia que puede resultarle de gran valor. Es evidente que a mí me faltó esta educación cuando era una *araña*; ¡de lo contrario ya habría tirado todos los libros cuando era niño!»

»En otra ocasión me llevó ante una jaula que contenía bulliciosas urracas. Les tiró grandes cantidades de alimento, sobre el que se abalanzaron con avidez; todas sentían envidia de que las otras pudieran comer más aprisa y se llenaban de tal modo el pico y el garrate que al final ninguna pudo seguir tragando.

»«Espero quitar a estos animales la avidez y la codicia», explicó, «y que abandonen también la tacañería inútil, ¡la cualidad que hace más odiosos a los hombres!»

»«¡O se buscarán (repliqué) bolsillos o cajas de caudales!»

«Tras lo cual mi padre se quedó pensativo y, sin añadir una palabra, devolvió la libertad a las aves.

»«¡Supongo que contra esto no tendrás nada que objetar!», gruñó, orgulloso, y me condujo a una azotea donde había una *balista*, especie de máquina para lanzar piedras pesadas. «¿Ves todos esos perros en la pradera? ¡Se mueven de un lado a otro y no se acuerdan para nada del buen Dios! ¡Ahora les enseñaré algo!»

«Cogió una piedra y la lanzó contra un perro, que en seguida dio un brinco, asustado, y escudriñó a su alrededor para ver de dónde podía proceder el proyectil y luego miró desconcertado al cielo y volvió a sentarse después de una larga inquietud. A juzgar por su conducta desesperada, la misma desgracia debía de ocurrirle con cierta frecuencia.

»«¡Ésta es la máquina que, utilizada con paciencia, planta infaliblemente en el corazón de los perros de caza, por muy ateos que sean, la semilla de la fe en el milagro!», exclamó mi padre, golpeándose el pecho. «¡No te rías, petulante muchacho! ¡Nómbreme un oficio que sea más importante! ¿Crees que la Providencia obra con nosotros de distinta manera de como lo hago yo aquí con los perros?»

»Ya ve: mi padre era un hombre lleno de excentricidades sin freno y, no obstante, lleno también de sabiduría —concluyó el barón.

Después de que ambos se hubieran reído a gusto, continuó su relato:

—En nuestra familia se hereda un destino notable. ¡Le ruego que no crea, sin embargo, si mis palabras le suenan un poco arrogantes, que me considero algo especial o un elegido! En todo caso, tengo una misión, pero muy modesta, ¡aunque a mí me parece grande y santa!

»Soy el undécimo de la familia de los Jocher; al abuelo le llamamos la raíz; nosotros diez, los barones, somos las ramas y nuestros nombres de pila empiezan todos por una B, como, por ejemplo, Bartholomáus, Balthasar, Benedikt, etcétera. Sólo la raíz, el abuelo Christopher, empieza con una Ch. En la crónica de nuestra familia consta una profecía del abuelo según la cual la copa del árbol genealógico (el duodécimo) se volverá a llamar Christopher.

»Es curioso (he pensado a menudo) que todo cuanto ha predicho se ha cumplido palabra por palabra, ¡pero sólo lo último no parece ser exacto, ya que no tengo hijos!

»Entonces ocurrió ese hecho notable de que oyera hablar de ese niño de la inclusa al que traje a mi casa y ahora he adoptado sólo porque caminaba en sueños; es una característica que todos los Jocher tenemos en común. Cuando luego me enteré de que se llamaba Christopher, me sentí como traspasado por un rayo y me faltó la respiración mientras me llevaba el niño a casa, pues la emoción me había dejado sin aliento. En la crónica, se compara a mi familia con una palmera de la que siempre se cae una rama para hacer sitio a la siguiente, hasta que al final sólo queda la raíz, la copa y el tronco liso, sin ningún brote, por lo que la savia puede subir directamente desde la tierra a la copa. Ningún antepasado ha tenido nunca más de un hijo y nunca una hija, de modo que el símil de la palmera ha continuado inalterable.

»Como soy la última rama, vivo arriba, bajo el tejado de la casa; ¡he sentido el impulso de ir subiendo, ni yo mismo sé por qué! Mis antepasados no han vivido nunca más de dos generaciones en el mismo piso.

»Es cierto que el querido muchacho no es mi hijo. Aquí queda rota la profecía y esto me entristece a menudo porque, como es natural, ¡me habría gustado ver en la copa del árbol genealógico un brote de mi sangre y la de mis antepasados! ¿Qué ocurrirá con la herencia espiritual? Pero ¿qué le sucede, capellán? ¿Por qué me mira tan fijamente?

Supuse, por el ruido de una silla al caerse, que el sacerdote había saltado de su asiento.

A partir de este instante me invadió una fuerte calentura que fue en aumento con cada palabra del capellán.

—¡Barón! ¡Escúcheme! —exclamó—. En cuanto entré, quería decírselo, pero lo iba aplazando a la espera del momento oportuno. Entonces usted ha empezado a hablar y durante su narración ha habido ratos en que he olvidado el objeto de mi venida. Temo abrir ahora de nuevo una vieja herida de su corazón...

—¡Hable! ¡Hable! —apremió el barón Von Jocher.

—Su esposa desaparecida...

—¡No, no, desaparecida no! ¡Me abandonó! ¡Llame a las cosas por su nombre!

—¡Su esposa, pues, y la desconocida que hará unos quince años fue hallada muerta en el río y enterrada en el cementerio en la tumba de las rosas blancas, que sólo lleva una

fecha pero ningún nombre, son la misma persona! Y ¡ahora, mi querido y viejo amigo, gritará usted de júbilo: su hijo sólo puede ser (no es posible otra cosa) el pequeño huérfano Christopher! Usted mismo lo dijo, ¡su esposa estaba encinta cuando le abandonó! ¡No, no! ¡No me pregunte cómo lo he sabido! No se lo diría aunque pudiera. Imagine que me lo dijeron en confesión. Alguien que usted no conoce...

* * *

No oí nada más de lo que se habló. Tan pronto sentía calor como frío.

Aquella medianoche me regaló un padre y una madre, pero también la triste conciencia de que había robado tres rosas blancas de la tumba de quien me había dado la vida.

Ofelia

Como antes, trotan los niños detrás de mí cuando recorro las calles con la cabeza alta, orgulloso del cargo honorario de los Von Jocher, ahora que sé que el abuelo es también el mío; pero su estribillo burlón: «Taubenschlag, Taubenschlag, Taubenschlag», suena más débil; la mayoría de ellos se contenta con dar palmadas rítmicas o sólo canturrear: «Tarará».

¡Incluso los adultos! Se quitan el sombrero para agradecer mi saludo, cuando antes sólo inclinaban la cabeza, y si me ven acercarme a la tumba de mi madre, a donde voy todos los días, juntan las cabezas a mis espaldas y murmuran entre sí; por la pequeña ciudad ha corrido la voz de que soy hijo carnal del barón Von Jocher ¡y no sólo su hijo adoptivo!

La señora Aglaja hace una reverencia como ante una procesión cada vez que nos encontramos ¡y aprovecha cualquier ocasión para dirigirme la palabra y preguntar cómo me encuentro!

Cuando va con Ofelia, siempre las esquivo para que ninguno de los dos tengamos que ruborizarnos ante la actitud deferente de la anciana.

El maestro tornero Mutschelknaus se pone rígido cuando me ve; si cree que no ha sido visto, corre a esconderse en su cueva como un ratón asustado.

Noto que sufre muchísimo de que sea precisamente yo, que me he convertido para él en un ser sobrenatural, quien comparta su secreto nocturno.

Sólo le he visitado una vez en su taller, con la intención de decirle que en realidad no tiene por qué avergonzarse ante mí, pero no me atrevo a volver por segunda vez.

Quería decirle que le tengo en gran estima porque se sacrifica de este modo por su familia.

Quería emplear las palabras de mi padre al efecto de que «todo oficio es noble si el alma lo considera digno de ser continuado después de la muerte» y en mi corazón me alegraba por anticipado de la impresión liberadora que le causarían, pero no he tenido ocasión de decirlas.

Arrancó una cortina de la ventana y la tiró sobre al ataúd para que yo no viera los conejos; entonces extendió los brazos, inclinó el torso hasta formar un ángulo recto y permaneció en esta posición china, con la cara dirigida hacia el suelo, sin mirarme y murmurando sin cesar como una letanía las palabras sin sentido:

—Alteza serenísima e ilustrísima, señor barón digno y sublime...

Salí corriendo como si me hubieran echado un cubo de agua, porque todo lo que pude tartamudear era absurdo. Por mucho que deseara decirlo a mi modo, todo lo que acudía a mis labios sonaba a soberbio, a «digno»; la palabra más sencilla y escueta rebotaba en su aura de esclavo y volvía para herirme como una flecha, envenenada con el

regusto de la condescendencia.

Incluso mi muda retirada me abrumó con la sensación de haberme portado con manifiesta altanería.

* * *

El director de escena París es el único de los adultos que no ha cambiado su actitud hacia mí.

El temor sordo que me inspira es aún mayor que antes; emana de él una influencia paralizadora contra la que me siento impotente. Temo que se oculta en el bajo y en la sonoridad autoritaria de su voz. Quiero convencerme a mí mismo de que soy un necio al pensar esto y que no necesito asustarme si me interpela de repente a gritos. Por otra parte, ¿qué importaría si lo hiciera! No obstante, cada vez que le oigo declamar arriba, en el aposento de Ofelia, la profunda vibración de su voz me hace temblar y me invade un temor misterioso; ¡me siento tan débil y pequeño con mi tono de voz vergonzosamente alto y agudo!

No sirve de nada que intente tranquilizarme diciéndome que no sabe, ni puede saber, que Ofelia y yo nos amamos y que sólo es por casualidad que el necio comediante me dirija por la calle miradas tan pérfidas; puedo repetirme esto tantas veces como quiera... pero no consigo librarme de la humillante sensación de que me tiene fascinado y de que sólo finjo valor cuando me obligo a veces a mirarle fijamente a los ojos. Es un miedo cobarde de mí mismo y nada más.

Deseo a menudo que me carraspeará con descaro como antes para tener así ocasión de iniciar una pelea; pero ya no lo hace; me acecha. Creo que se reserva el bajo para el momento oportuno y tiemblo interiormente al pensar que puede cogermé desprevenido.

También Ofelia está indefensa en sus manos. Lo sé, aunque nunca hablamos de ello.

Cuando nos vemos en secreto a orillas del río, en el pequeño jardín delantero de nuestra casa, y abrazados en la bienaventuranza del amor, nos hablamos en un tierno murmullo, nos estremecemos de horror cada vez que algo se mueve cerca de nosotros, y ambos sabemos del otro que es el temor constante de ese hombre lo que aguza nuestros oídos de forma tan poco natural.

Ni siquiera nos atrevemos a pronunciar su nombre.

Evitamos con angustia cualquier tema que pudiera conducirnos a él.

Es una fatalidad que tenga que encontrarle a diario, aunque procure salir de mi casa más tarde o más temprano. Me imagino a mí mismo como un pájaro en torno al cual describe una serpiente círculos cada vez más estrechos. Él parece husmear en ello una especie de presagio y se abandona a la certera sensación de acercarse de día en día un poco más a su objetivo. Lo veo en los maliciosos destellos de sus ojos pequeños y malignos. ¿Cuál debe de ser su objetivo? Creo que ni él mismo lo sabe con exactitud, y yo no puedo siquiera imaginarlo. Para él es todavía un problema y esto me tranquiliza; ¿por qué, si no, estaría siempre mordiéndose el labio inferior y absorto en sus cavilaciones cuando yo paso por su lado a toda prisa? Tampoco me mira ya con fijeza; sabe que ha dejado de ser necesario; su alma tiene igualmente a la mía en su poder.

* * *

Por la noche no puede espiarnos, pero aun así he ideado un plan para no tener que sentir siempre esta angustia. Debajo del puente de estacas hay un viejo bote medio embarrancado en la arena; hoy me lo he llevado y amarrado en las proximidades de nuestro jardín. Cuando la luna se esconda tras las nubes, quiero remar con Ofelia hasta la otra orilla; entonces nos dejaremos arrastrar lentamente río abajo en torno a la ciudad. ¡El río es demasiado ancho para que alguien pueda vernos y, menos aún, reconocernos!

* * *

Me he deslizado en la habitación que separa mi dormitorio del de mi padre y cuento los latidos de mi corazón en espera de que pronto suenen diez campanadas en la torre de la iglesia de Nuestra Señora y en seguida otra —la duodécima—, cuando alerta y jubiloso: «Ahora, ahora baja Ofelia al jardín».

El tiempo se me antoja inmovilizado y en mi impaciencia inicio un juego singular con mi corazón, en el cual mis ideas se confunden poco a poco como en un sueño.

Le digo que lata más aprisa para que también se acelere el reloj de la torre. Me parece completamente natural que uno tenga que seguir al otro. ¿Acaso mi corazón no es también un reloj?, me pregunto para mis adentros. ¿Y por qué no habría de ser más potente que el de la torre, que sólo es un metal muerto y no carne y sangre viva como el mío? ¿Por qué no habría de poder mandar al tiempo?

Y como para afirmar que tengo razón, se me ocurre de repente una frase de un poema que un día me leyó mi padre: «Las cosas proceden del corazón, en él han nacido y a él obedecen...»

Hasta ahora no había comprendido el tremendo sentido encerrado en estas palabras que entonces pasaron zumbando por mis oídos. Comprendo su significado y me invade un profundo temor; mi corazón, mi propio corazón no me obedece cuando le grito: ¡late más aprisa! ¡En mí vive, por consiguiente, alguien que es más fuerte que yo, que me prescribe el tiempo y mi destino!

¡De él, pues, proceden las cosas!

Me inspiro miedo a mí mismo.

«Si fuese un hechicero y tuviera poder sobre todo cuanto acontece, me conocería únicamente a mí mismo y sólo tendría un poco de poder sobre mi corazón», intuyo de improviso y con claridad.

Y un segundo pensamiento no solicitado interrumpe al primero y dice:

«¿Te acuerdas de un determinado lugar en un libro que leíste hace años en la inclusa? ¿Acaso no decía: “A menudo, cuando muere alguien, los relojes se detienen”? Así es: el moribundo confunde en la agonía los latidos de su lento corazón con los de un reloj; el miedo de su cuerpo, al que el alma quiere abandonar, musita: “Cuando aquel reloj se detenga, estaré muerto”, y como obedeciendo a una orden mágica, el reloj se detiene cuando el corazón late por última vez. Si pende un reloj en el aposento de un hombre en

quien está pensando el moribundo, será este reloj el que obedezca ciegamente las palabras inspiradas por la angustia de la muerte, pues adondequiera que vayan los pensamientos de un moribundo, allí va él como una sombra».

¡De modo que es el miedo a lo que mi corazón obedece! ¡Es aún más poderoso que el corazón! ¡Si consiguiera vencerlo, tendría poder sobre todas las cosas que proceden del corazón, sobre el destino y el tiempo!

Y lucho conteniendo el aliento contra un súbito temor que se adueña de mí y quiere estrangularme porque he buceado en su guarida.

Soy demasiado débil para dominarlo, ya que ignoro dónde y cómo asirlo; me suplanta, enseñoreándose de mi corazón, y lo presiona para obligarlo a formar mi destino según su voluntad y no la mía.

Intento tranquilizarme diciéndome a mí mismo: Mientras no esté con Ofelia, no la amenaza ningún peligro... pero soy demasiado débil para seguir el consejo de mi razón: no bajar hoy al jardín.

Lo rechazo en el mismo instante en que lo recibo. Veo las trampas que me tiende el corazón y, no obstante, caigo de pleno en ellas; mi nostalgia de Ofelia es más fuerte que cualquier razón.

Me asomo a la ventana y miro hacia el río para concentrarme y hacer acopio de ánimos, para armarme y enfrentarme al peligro que ahora presiento inevitable porque tengo miedo de él, pero la vista del agua caudalosa, muda, insensible e incontenible me horroriza de tal modo, que durante unos momentos no oigo el tañido del reloj de la torre.

La sorda sensación: «El río arrastra el destino del que ya no puedes escapar» casi me ha aturdido.

Entonces me despierta el sonido vibrante y metálico y el miedo y la opresión desaparecen como por ensalmo.

* * *

—¡Ofelia! —Veo centellear en el jardín su vestido claro—. Cariño mío, mi amadísimo amigo, ¡he temido tanto por ti durante todo el día! «¡Y yo por ti, Ofelia!», quiero decir, pero ella me abraza y sus labios sellan los míos.

—¿Sabes que creo que hoy nos vemos por última vez, mi pobre y querido amigo?

—¡Por el amor de Dios! ¿Ha sucedido algo, Ofelia? Vamos, vamos rápidamente al bote, allí estaremos seguros.

—Sí, vamos. Allí quizá estemos seguros... de él.

¡De él! ¡Es la primera vez que *le* menciona! ¡Noto por el temblor de su mano lo ilimitado que debe de ser su miedo de «él»! Quiero conducirla hacia el bote, pero ella se resiste un momento, como si no pudiera moverse de donde está.

—Ven, ven, Ofelia —la apremio—; no temas nada. Pronto estaremos en la otra orilla. La neblina...

—No temo nada, cariño mío. Sólo que... —se interrumpe.

—¿Qué te ocurre, Ofelia? —La rodeo con mis brazos—. ¿Ya no me amas, Ofelia?

—¡Ya sabes cuánto te amo, Christl mío! —dice con sencillez y guarda un largo

silencio.

—No vamos al bote? —vuelvo a apremiarla, en un murmullo—. ¡Te deseo tanto!... Con cuidado, se desase de mí, da un paso hacia el banco donde solemos sentarnos y lo acaricia, ensimismada.

—¿Qué te sucede, Ofelia? ¿Qué haces? ¿Tienes algún dolor? ¿Te he hecho daño?

—Sólo quiero... ¡sólo quiero despedirme de mi querido banco! ¿Recuerdas, cariño mío, que aquí nos besamos por primera vez?

—¿Quieres alejarte de mí? —exclamo, casi gritando—. ¡Por Dios, Ofelia, esto no puede ser! ¡Ha ocurrido algo y no me lo dices! ¿Acaso crees que podría vivir sin ti?

—¡No, tranquilízate, cariño mío, no ha ocurrido nada! —me consuela en voz baja e intenta sonreír, pero como la luna ilumina su rostro con claridad, veo que sus ojos están llenos de lágrimas—. ¡Ven, amigo mío, ven, tienes razón, vayamos al bote! Con cada golpe de remo siento más ligero el corazón; cuanto más ancho es el trozo de río que nos separa de las casas oscuras, con sus ojos brillantes al acecho, tanto más seguros estamos del peligro. Por fin surgen de la niebla los mimbrerales que bordean la ansiada orilla opuesta; el agua es apacible y poco profunda y nos deslizamos casi sin darnos cuenta bajo las ramas colgantes.

He dejado los remos y me siento en el banco junto a Ofelia. Nos abrazamos tiernamente.

—¿Por qué estabas tan triste, amor mío, por qué has dicho que querías despedirte del banco? ¿Verdad que nunca te alejarás de mí?

—¡Alguna vez tendrá que ocurrir, cariño mío! Y la hora se va acercando más y más. No, no, no te entristezcas ahora. Quizá falta mucho tiempo todavía. No pensemos en ello.

—Sé lo que quieres decir, Ofelia. —Las lágrimas me suben hasta la garganta y casi me la queman—. ¡Hablas de cuando irás a la capital para ser actriz, porque entonces no volveremos a vernos nunca más! ¿Crees que no pienso noche y día, lleno de horror, en cómo será todo entonces? Sé con seguridad que no podré soportar esta separación. Pero tú misma has dicho que no deberás irte hasta dentro de un año, ¿verdad?

—Sí, hasta dentro de un año... no es probable.

—Y estoy seguro de que para esa fecha ya habré ideado algo para estar contigo en la capital. Se lo pediré siempre a mi padre; no dejaré de suplicarle hasta que me permita ir a estudiar allí. Y cuando sea independiente y ejerza una profesión, ¡nos casaremos y no nos separaremos jamás! ¿Acaso ya no me amas, Ofelia, que estás tan callada? —pregunto, angustiado.

Por su silencio adivino sus pensamientos y una punzada me atraviesa el corazón.

Piensa que soy mucho más joven que ella y que todo esto sólo son castillos en el aire.

Yo también lo siento, pero no quiero... ¡no quiero pensar en que algún día tengamos que separarnos!

Quiero embriagarme con la idea de que puedo convencerla y convencerme a mí mismo de la posibilidad de un milagro.

—¡Ofelia, escúchame!...

—¡Te lo ruego, te lo ruego, no hables ahora! —me suplica—. ¡Déjame soñar!

Continuamos, pues, muy juntos y abrazados y guardamos un largo silencio.

Es como si el bote estuviera inmóvil y las blancas y escarpadas márgenes de arena se deslizaran por nuestro lado bajo el fuerte resplandor de la luna.

De improviso, ella se estremece, como si despertara de un sueño.

Le cojo la mano para tranquilizarla, pues creo que la ha asustado algún ruido.

Entonces me pregunta:

—¿Quieres prometerme algo, amado Christl? —Busco palabras de protesta... quiero decirle que, si fuera necesario, me dejaría torturar por su causa.

—¿Quieres prometerme que... que me enterrarás bajo el banco del jardín cuando haya muerto?

—¡Ofelia!

—Sólo tú puedes enterrarme y sólo allí. ¿Me oyes? ¡Nadie puede estar presente y nadie debe saber dónde yazgo! ¿Me oyes? Ese banco me es muy querido. ¡Allí siempre me parecerá que te estoy esperando!

—¡Ofelia, te lo ruego, no hables así! ¿Por qué piensas ahora en la muerte? ¡Cuando te mueras, yo iré contigo! ¿Es que acaso intuyes...?

No me deja terminar la frase.

—Christl, cariño, no me hagas preguntas; ¡prométeme lo que te he pedido!

—Te lo prometo, Ofelia; te lo prometo solemnemente, aunque no puedo comprender qué quieres decir con ello.

—¡Gracias, gracias, mi amadísimo amigo! Ahora sé también que la cumplirás.

Aprieta su mejilla contra la mía y noto que sus lágrimas resbalan por mi rostro.

—¡Estás llorando, Ofelia! ¿No quieres revelarme por qué eres tan desgraciada? ¡Quizá te han atormentado en tu casa! Te lo ruego, te lo ruego, Ofelia, ¡dímelo! ¡Estoy tan desolado cuando no dices nada, que no sé qué hacer!

—Sí, tienes razón, no lloraré más. Esto es tan hermoso, tan apacible y solemne, que parece un sueño. ¡Y soy enormemente feliz de estar contigo, cariño mío!

Nos besamos con avidez y pasión, hasta perder el sentido.

* * *

De repente veo el futuro lleno de alegre confianza. Sí, así será, todo se desarrollará tal como lo he imaginado en las noches silenciosas.

—¿Crees que te causará satisfacción —pregunto, secretamente celoso— tu carrera de actriz? ¿Encuentras realmente tan hermoso que la gente te aplauda y te tire flores al escenario? —Me arrodillo ante ella; tiene las manos enlazadas en la falda y contempla, pensativa, la superficie del agua que fluye a lo lejos.

—No he pensado ni una sola vez, Christl mío, en cómo será todo. Encuentro repugnante y feo aparecer ante el público y simular para él un entusiasmo o un tormento espiritual. Feo porque todo es fingido e indecente si en realidad pienso quitarme la máscara un minuto después y recibir agradecimiento por ello. Y que tenga que hacerlo noche tras noche y siempre a la misma hora se me antoja como una prostitución del alma.

—¡Entonces no debes hacerlo! —grito, sintiendo una gran decisión interna—. Mañana temprano quiero hablar con mi padre. Sé que te ayudará, ¡lo sé seguro! Su bondad

es infinita, así como la ternura de su corazón. No permitiré que te obliguen...

—¡No, Christl, no lo hagas! —me interrumpe con voz tranquila y firme—. No te lo pido por mi madre, quien con ello vería destruidos todos sus vanidosos planes. No la quiero, ¡es algo que no puedo evitar!... Me avergüenzo de ella —añade en voz baja, volviendo la cara— y así será siempre entre nosotras... Pero quiero a mi... a mi padre adoptivo. ¿Por qué no puedo decir abiertamente que no es mi verdadero padre?

»Tú ya lo sabes, aunque nunca hayamos hablado de ello. A mí no me lo ha dicho nadie, pero lo sé; lo sentí aún siendo una niña. ¡Lo sentí con más claridad que si lo hubiera sabido! Él no intuye que no soy su hija. Yo sería más feliz si lo supiera, porque entonces tal vez no me amaría tanto y no sufriría tanto por mi causa.

»¡Oh, no sabes cuan a menudo, siendo niña, estuve a punto de decírselo! Pero entre él y yo se levanta un muro terrible, erigido por mi madre. Desde que tengo uso de razón, apenas he podido hablar dos palabras a solas con él, ni sentarme de niña en su falda, ni darle un beso. «¡Te ensuciarás, no le toques!», me decía siempre. Yo debía ser constantemente la bella princesa y él era el esclavo sucio y despreciable. Es un milagro que esta semilla horrible y venenosa no haya echado raíces en mi corazón. «¡Agradezco a Dios que no lo haya permitido!...» Pero otras veces pienso: si me hubiera convertido de verdad en semejante monstruo insensible y altanero, no me atormentaría esta indescriptible compasión que siento por él y guardo rencor al destino por haberme impedido serlo.

»Con frecuencia aprieto los labios al pensar que, a fin de crearlo, él ha trabajado hasta ensangrentarse las manos. Ayer mismo, mientras comíamos, me levanté de un salto de la mesa y bajé corriendo a su lado.

»Tenía el corazón tan henchido de emociones que creí poder decírselo todo esta vez. Quería rogarle: «Échanos a las dos, a mi madre y a mí, como a perros extraños; no merecemos un trato mejor; ¡y a él, a ese infame y horrible chantajista que al parecer es mi verdadero padre, estrangúlale! ¡Mátale con tus fuertes y honradas manos de artesano!» Quería gritarle: «Odíame como sólo un hombre puede odiar para que yo sea libre por fin de esta terrible y ardiente compasión».

»Cuántos miles de veces he rezado: «Señor Dios que estás en los cielos, infunde odio en su corazón».

»Sin embargo creo que antes fluirá la corriente monte arriba que este corazón será capaz de odiar...

»Cuando ya tenía en la mano la manecilla de la puerta del taller, miré otra vez por la ventana. Estaba de pie ante la mesa y escribía en ella mi nombre con un trozo de yeso. ¡La única palabra que sabe escribir!

»Entonces el valor me abandonó. Para siempre.

»¡Sé que si hubiese entrado, habría sido inevitable que le hablara!

»Él habría balbucido, sin escucharme: «¡Mi señorita hija Ofelia!», como hace siempre que me ve, o me habría comprendido y... ¡y se habría vuelto loco!

»¿Entiendes ahora, cariño mío, por qué no puedes ayudarme?

»¿Debo hacer pedazos todas sus esperanzas? ¿Debo cargar con la culpa de que su pobre espíritu se suma en las tinieblas? No, sólo tengo una opción: ser lo que él anhela día y noche: una estrella luminosa a sus ojos, aunque a los míos sea mentalmente una ramera.

»¡No llores, mi amado y buen amigo! ¡No llores! ¿Te he hecho daño? ¡Acércate! Sé bueno otra vez. ¿Acaso me amarías más si pensara de otra manera? Te he asustado, mi pobre Christl. ¡Escucha: quizá no sea todo tan malo como lo he descrito! Quizá soy sólo una sentimental y lo veo todo desfigurado y aumentado. Cuando se declama el papel de Ofelia durante todo el día, algo permanece. Esto es lo infame de este miserable arte de la comedia, que nuestra alma se harta de él.

»Escucha: tal vez ocurra un milagro grande y hermoso y yo tenga un fracaso estruendoso en la capital; entonces todo se arreglaría de repente.

Se rió con fuerza y alegría y me secó las lágrimas a fuerza de besos, pero sólo fingía para consolarme y yo lo sabía demasiado bien para compartir su alborozo.

A mi profunda angustia por ella se suma una impresión que casi me destroza. Comprendo con gran dolor que no sólo es mayor que yo en años... no; yo soy un niño para ella.

Durante todo el tiempo en que nos hemos conocido y amado, ha guardado silencio sobre su pesar y su tortura. ¿Y yo? Yo me he desahogado en cada ocasión con mis insignificantes y pueriles preocupaciones.

Intuyo que la terrible conciencia de que su alma también es más madura y más vieja que la mía siega en secreto la raíz de todas mis esperanzas.

Ella debía sentir algo similar, pues por muy tiernos y cálidos que fueran sus besos y abrazos, me parecieron de improviso las caricias de una madre.

Le digo todas las palabras efusivas que se me ocurren, pero en mi cerebro se suceden los pensamientos, que adoptan las formas más aventureras: «¡Debo hacer algo! Solamente los actos pueden igualar nuestra edad. ¿Cómo puedo ayudarla? ¿Cómo puedo salvarla?»

Siento que surge en mi interior una sombra negra y espantosa, que algo informe atenaza mi corazón; suena en mis oídos el murmullo de cien voces sibilantes: ¡su padre adoptivo, el estúpido tornero, es la barrera! ¡Derríbala! ¡Acaba con él! ¿Quién lo ve? Cobarde, ¿por qué tienes miedo?

Ofelia me suelta las manos y se estremece. Veo que tiembla.

¿Ha adivinado mis pensamientos? Espero que diga algo, cualquier cosa que me facilite una indicación secreta de lo que debo hacer. Todo espera en mí: el cerebro, el corazón, la sangre; el murmullo calla y espera en mis oídos. Espera y acecha con diabólica seguridad en la victoria.

Entonces dice ella —y oigo castañetear sus dientes por el frío interior—, o más bien susurra al decir:

—¡Quizá el ángel de la muerte se apiade de él!

La sombra negra que hay en mí se convierte de pronto en una llamarada atroz que me invade de pies a cabeza. Me levanto de un salto y cojo los remos; como si el bote hubiera estado esperando esta señal, se desliza con rapidez cada vez mayor hacia el centro de la corriente y la orilla de la Hilería de Panaderos.

Los ojos ardientes de las casas vuelven a brillar en las tinieblas.

Con velocidad impetuosa, el río nos arrastra hacia la presa donde él abandona la ciudad.

Remo con todas mis fuerzas para cruzar la corriente y llegar a nuestra casa.

Una espuma blanca bordea los costados del bote.

¡A cada golpe de remo se acrecienta mi salvaje determinación! El cuero de los remos cruje contra los escálamos: asesinato, asesinato, asesinato.

Entonces me acerco a una estaca del muelle y levanto a Ofelia, más ligera que una pluma en mis brazos.

Experimento una alegría salvaje e irrefrenable por ser de pronto un hombre en cuerpo y alma, y llevo a Ofelia a grandes pasos, bajo el resplandor de los faroles, hacia la oscuridad del pasaje.

Allí permanecemos mucho rato y nos besamos con pasión ardiente y devoradora. Ahora vuelve a ser mi amante y ya no la madre llena de ternura.

¡Un rumor a nuestras espaldas! No le hago caso: ¡qué me importa!

Entonces ella desaparece en el zaguán de la casa.

* * *

En el taller del tornero todavía hay luz. Brilla a través de las ventanas empañadas. El torno zumba.

Pongo la mano sobre la manecilla y la empujo hacia abajo con sigilo. Una minúscula franja de luz se enciende y apaga cuando vuelvo a cerrar la puerta.

Me acerco de puntillas a la ventana para ver dónde está el anciano.

Se halla encorvado sobre el torno, con un hierro centelleante en la mano, y por entre sus dedos vuelan virutas blancas, finas como el papel, hacia la penumbra de la habitación, donde se amontonan como serpientes muertas alrededor del ataúd. Un temblor espantoso me sacude de pronto las corvas de las rodillas. Me oigo silbar el aliento.

Tengo que apoyar el hombro contra la pared para no caer hacia adelante y romper el cristal de la ventana.

«¿He de convertirme realmente en un alevoso asesino? —resuena en mi pecho un estridente grito de congoja—. ¿Matar por la espalda al pobre anciano que, rebosante de cariño, ha entregado toda su vida, como un salvador, a mi Ofelia, a su Ofelia?»

Entonces el torno se detiene de improviso. El zumbido enmudece. Me envuelve un silencio sepulcral.

El tornero se ha enderezado y parece escuchar, con la cabeza medio vuelta; luego deja el escoplo y se acerca a la ventana con paso vacilante. Se acerca más y más. Con los ojos fijos en los míos.

Sé que no puede verme, porque estoy en la sombra y él está en la luz; pero, aunque supiera que me estaba viendo, yo ya no podría huir, porque todas mis fuerzas me han abandonado.

Se aproxima con lentitud a la ventana y mira fijamente hacia la oscuridad.

Apenas la anchura de una mano separa nuestros ojos y puedo ver todas las arrugas de su rostro.

Su expresión es de un cansancio infinito; de pronto se pasa la mano por la frente con un ademán lento y se mira los dedos con asombro y perplejidad a la vez, como si viera sangre en ellos y no supiera de donde procede.

Un ligero destello de alegría y esperanza ilumina de repente sus facciones e inclina la cabeza, paciente y sumiso como un mártir que espera el golpe mortal.

¡Comprendo lo que su espíritu quiere decirme!

Su cerebro embotado no entiende nada de lo que le ocurre. Su cuerpo es sólo el gesto de su alma, que susurra: «¡Libérame por el amor de mi querida hija!»

Ahora ya lo sé: ¡Tiene que ser así! ¡La propia muerte misericordiosa dirigirá mi mano!

¿Puedo ser menos que él en el amor a Ofelia?

Ahora siento hasta lo más hondo de mis entrañas lo que Ofelia ha de sufrir a diario bajo el tormento devorador de la compasión hacia él, el más digno de lástima de todos los desdichados; me corroe también a mí hasta que me siento arder como en una túnica de Neso...

¿Cómo podré llevarlo a cabo? No soy capaz de pensarlo siquiera.

¿Debo destrozarle el cráneo con aquel hierro?

¿Debo mirarle a los ojos vidriosos?

¿Debo arrastrar su cadáver por el pasaje y lanzarlo al agua? Y entonces, con las manos manchadas de sangre para toda la vida, ¿podré volver a besar y abrazar jamás a Ofelia?

Yo, un asesino alevoso, ¿deberé mirar a diario el rostro benévolo de mi queridísimo padre?

¡No! Siento que *esto* no podré hacerlo jamás. Lo espantoso tiene que ocurrir y yo lo llevaré a cabo, lo sé; pero me hundiré en el río con el cadáver del muerto. Me enderezo y me deslizo hacia la puerta, espero un poco antes de coger la manecilla, junto las manos y grito una súplica en mi corazón: «¡Señor misericordioso, dame fuerzas!»

Pero mis labios no pronuncian estas palabras. Sin que mi espíritu pueda ordenarles otra cosa, murmuran:

— ¡Señor, si es posible, aparta de mí este cáliz!

Entonces un sonido metálico hiende el silencio sepulcral y me arranca las palabras de la boca. El aire vibra, la tierra retiembla; el reloj de la iglesia de Nuestra Señora ha sonado con estruendo.

Es como si en la vida que me rodea y dentro de mí, la oscuridad se hubiera vuelto blanca.

Y desde una gran lejanía, desde las montañas que conozco por mis sueños, oigo la voz del dominico blanco que me confirmó y perdonó mis pecados (los pasados y los futuros), gritando mi nombre: ¡Christopher! ¡Christopher!

* * *

Una mano se ha posado con fuerza sobre mi hombro.

— ¡Chico asesino! Sé que es el bajo atronador del actor Paris que, apagado y contenido, resuena en mis oídos rebosante de amenaza y odio. Pero yo no me defiendo. Sin voluntad, me dejo arrastrar hacia el resplandor de los faroles.

— ¡Chico asesino! Veo que tiene espuma en los labios; la nariz hinchada, los mofletes flaccidos, el mentón húmedo de saliva... Todo respira en él triunfo y alegría diabólica.

—¡Chi-co a-se-si-no! Me ha asido por el pecho y me sacude con cada sílaba que pronuncia como si fuera un hato de ropa vieja. No se me ocurre siquiera ofrecer resistencia o desasirme y huir; estoy débil como un animalito moribundo. Él lo atribuye a un sentimiento de culpa, lo leo en su expresión, pero ¿cómo podría decir una sola palabra? Tengo la lengua floja.

Aunque quisiera, no podría describirle la emoción que me embarga.

Lo oigo y lo veo todo: sus gritos, que suenan roncros en mis oídos, la espuma en su boca, los puños delante de mi cara, pero nada me impresiona; estoy petrificado, hipnotizado. Comprendo que lo sabe todo, que nos ha visto bajar del bote y besarnos, que ha adivinado mi intención de asesinar al anciano, «para robarle», como me grita.

No me defiendo; ni siquiera me asusta que conozca nuestro secreto. Así debe sentirse un pájaro que en las fauces de una serpiente ha olvidado el temor.

El libro rojo minio

En mis sienes palpita la fiebre. El mundo interior y exterior se limitan mutuamente como mar y aire.

Indefenso, doy tumbos entre las oleadas de mi sangre, ya cayendo en el ancho y oscuro embudo de la más profunda inconsciencia, ya flotando en una claridad cegadora, empujado hacia un sol candente que me abrasa los sentidos. Una mano sujeta firmemente las mías; cuando mi mirada se aparta de ella y, cansada de contar los finos y numerosos hilos del puño de encaje del cual sobresale, sube hacia la manga, mi cerebro se ofusca: es mi padre, que está sentado a la cabecera de mi cama. ¿O es solamente un sueño?

Ya no puedo distinguir entre la vigilia y la fantasía, pero siempre que siento su mirada fija en mí, tengo que cerrar los párpados con un doloroso sentimiento de culpa.

¿Cómo ocurrió todo? Ya no puedo recordarlo; los hilos de mi memoria se rompen en aquel punto en que aún sabía que el actor me estaba gritando.

Sólo sé con claridad una cosa: que en algún momento y en alguna parte, bajo el resplandor de una lámpara y por orden suya, rellené un pagaré y lo autoricé falsificando la firma de mi padre. Tan engañosamente parecida era la firma, que cuando la miré antes de que él doblara el papel y se lo guardara, creí por un instante que mi padre la había escrito con su propia mano.

¿Por qué lo hice? Me parece tan evidente que, incluso ahora, cuando me consume el recuerdo de mi acción, no desearía anularla.

¿Sólo ha pasado una noche desde entonces o toda una vida?

Tengo la impresión de que la cólera del actor me ha atormentado sin interrupción durante un año entero.

Al final se dio cuenta, al ver mi falta de resistencia, que no tenía objeto continuar enfurecido, pues de algún modo debió convencerme de que falsificando una firma podía salvar a Ofelia.

El único destello de luz que ilumina mi estado febril es la seguridad de que no lo hice para librarme de la sospecha de un crimen premeditado.

He olvidado por completo cómo volví a casa y si ya había amanecido o era todavía de noche.

Siento como si me hubiera sentado sobre una tumba, desesperado y lloroso, y deducido por la fragancia de las rosas que aún ahora, al pensar en ello, vuelve a mi olfato, que era la de mi madre. ¿O acaso procede del ramo de flores que hay sobre la colcha de mi cama? ¿Quién puede haberlo dejado aquí?

«¡Dios mío, tengo que ir a apagar los faroles! —suena como un súbito latigazo por todos mis nervios—. ¿No es ya pleno día?»

Y quiero levantarme de un salto, pero estoy tan débil que no consigo mover ningún

miembro.

Exhausto, vuelvo a desplomarme.

«No, aún es de noche», me consuelo, porque ante mis ojos todo es nuevamente oscuridad total.

Sin embargo, casi en seguida vuelvo a ver claridad y los rayos del sol jugando sobre la pared blanca; y una vez más me reprocho el deber incumplido.

Me digo que es la fiebre lo que vuelve a lanzarme al mar de las fantasías, pero no puedo evitar que unas palmadas rítmicas, bien conocidas por mí, resuenen en mi oído cada vez más claras y fuertes, como surgidas del reino de los sueños. Bajo su cadencia, de rapidez creciente, se suceden sin transición el día y la noche, la noche y el día, y tengo que correr, correr, para llegar a tiempo de encender, apagar, encender, apagar los faroles.

El tiempo vuela en pos de mi corazón y quiere atraparlo, pero mi corazón le lleva siempre un latido de ventaja.

«Ahora, ahora me hundiré en la resaca de la sangre —siento—; mana de una herida en la cabeza del tornero Mutschelknaus y fluye entre sus dedos como un torrente cuando intenta detenerlo con la mano. ¡Pronto me ahogaré en él!»

Me cojo en el último momento a una estaca del muelle para sujetarme y aprieto los dientes con un resto de débil lucidez:

«Manten quieta la lengua; de lo contrario delatará en la calentura que has falsificado la firma de tu padre».

* * *

De repente estoy más despierto que nunca durante el día y más vivo que nunca durante el sueño.

Mi oído es tan fino que percibo el rumor más leve, tanto cercano como remoto. Muy, muy lejos, en las copas de los árboles de la orilla opuesta, gorjean los pájaros y oigo claramente el murmullo de las voces que *rezan* en la iglesia de Nuestra Señora. ¿Será domingo?

Es extraño que los sonidos del órgano, siempre tan atronadores, no ahoguen las quedas oraciones de las sillas. ¡Es extraño que esta vez los ruidos fuertes no apaguen a los tenues y débiles!

¿Qué puertas se abren en la casa? Creía que los pisos estaban deshabitados y que en las habitaciones de abajo sólo había trastos viejos y polvorientos.

¿Serán nuestros antepasados, que han cobrado vida de repente?

Decido ir abajo; estoy restablecido y fuerte, ¿por qué no habría de hacerlo? En seguida se me ocurre: para ello tendría que llevar mi cuerpo conmigo, y esto no conviene; ¡no puedo visitar a mis antepasados en camisón a plena luz del día!

Entonces llaman a la puerta; mi padre se dirige a ella, la abre un poco y dice, reverente, a través de la rendija: «No, abuelo; aún no es el momento. Como sabes, no podéis presentaros a él hasta que yo haya muerto». Repite esta frase entera nueve veces. Cuando la dice por décima vez, sé que el tatarabuelo está fuera.

No me equivoco: lo veo por la profunda y respetuosa reverencia que hace mi padre

al abrir la puerta de par en par.

Él sale y entonces oigo unos pasos pesados y lentos y los golpes de un bastón: alguien se acerca a mi cama.

No puedo verle, porque tengo los ojos cerrados. Un sentido interno me dice que no debo abrirlos.

Sin embargo, a través de los párpados veo con la misma claridad que a través de un cristal mi habitación y todos los objetos que hay en ella.

El tatarabuelo aparta la colcha y me pone la mano derecha en el cuello, con el pulgar extendido, como una escuadra.

—Éste es el piso —dice con voz monótona, como un sacerdote recitando la letanía— donde murió tu abuelo y donde aguarda la resurrección. El cuerpo del hombre es la casa en que viven sus antepasados muertos.

»En la casa de muchos hombres, en el cuerpo de muchos hombres despiertan los muertos, antes del momento de su resurrección, a una vida corta y espectral; entonces el lenguaje popular habla de «fantasma» y de «posesión».

Ahora pone la palma de la mano, con el pulgar extendido, sobre mi pecho:

—Y aquí yace enterrado tu tatarabuelo.

Repite lo mismo por todo el cuerpo, sobre el estómago, las caderas, los muslos y las rodillas hasta las plantas de los pies.

Dice, mientras las cubre con sus manos:

—¡Y aquí habito yo! Porque los pies son los cimientos sobre los que descansa la casa; son las raíces y unen el cuerpo del hombre con la Madre Tierra cuando camina por ella.

»Hoy es el día que sigue a la noche de tu solsticio. Éste es el día en que empiezan a resucitar los muertos que hay en ti.

»Y yo soy el primero.

Oigo que se sienta en mi cama y por el susurro de las páginas de un libro, que vuelve de vez en cuando, adivino que me lee la crónica familiar que mi padre menciona con tanta frecuencia.

En el tono de una letanía que adormece mis sentidos externos —y estimula, por el contrario, a los internos hasta que alcanzan una sensibilidad casi insoportable—, prosigue:

—Tú eres el duodécimo; yo fui el primero. Se empieza a contar con el «uno» y se acaba con el «doce». Éste es el secreto de la encarnación de Dios.

»Tú debes convertirte en la copa del árbol que contempla la luz viva; yo soy la raíz que envía hacia la claridad a las fuerzas de las tinieblas.

»Pero tú serás yo y yo seré tú cuando el árbol haya completado su crecimiento.

»El saúco es el árbol que en el Paraíso se llamaba Árbol de la Vida. Aún hoy circula entre los hombres la leyenda de que es mágico. Corta sus ramas, su copa, su raíz, húndelo invertido en la tierra y observa: lo que era copa se convierte en raíz, lo que era raíz se convierte en copa... tan entrañable es la unión de sus células con la comunidad del «yo» y el «tú». «¡Por eso lo puse como símbolo en el escudo de nuestra familia! ¡Por eso crece sobre el tejado de nuestra casa!

»Aquí en la tierra es solamente un símil, como todas las formas son solamente símiles, pero en el reino de lo incorruptible es el primero entre todos los árboles. A veces,

durante tus peregrinaciones por este mundo y por el más allá, te has sentido viejo... Era yo a quien sentías en ti, los cimientos, la raíz, el tronco.

»Los dos nos llamamos Christopher, porque yo y tú somos uno solo.

»Yo fui un expósito como tú, pero en mis peregrinaciones encontré al gran padre y a la gran madre, y no al padre y la madre pequeños: tú has encontrado al padre y a la madre pequeños, pero no a los grandes... ¡todavía no! Por eso yo soy el principio y tú el final; cuando los dos penetremos el uno en el otro se cerrará el anillo de la eternidad para nuestra familia.

»La noche de tu solsticio es el día de mi resurrección. Cuando envejecas, yo me rejuveneceré; cuanto más pobre seas, más rico seré yo...

»Cuando abrías los ojos, yo tenía que cerrar los míos, cuando los cerrabas, yo recobraba la vista; así ha sido hasta ahora.

«Estábamos enfrentados como la vigilia y la somnolencia, como la vida y la muerte, y sólo podíamos encontrarnos en el puente del sueño.

»Pronto será diferente. ¡Se acerca la hora! La hora de tu pobreza, la hora de mi riqueza. La noche del solsticio ha marcado el límite.

»Quien no está maduro, lo pasa de largo, durmiendo; o da vueltas, extraviado en la oscuridad; el antepasado que hay en él ha de yacer en la tumba hasta el día del juicio final.

«Algunos son los temerarios, que sólo creen en su cuerpo (y cometen pecados en interés del provecho), los innobles, que desprecian su árbol genealógico; otros son aquellos demasiado cobardes para cometer un pecado a fin de tener la conciencia tranquila.

»Tú, en cambio, eres de sangre noble y querías convertirte en un asesino por amor.

»La culpa y el mérito deben ser lo mismo, pues de lo contrario se convierten en una carga; y un hombre cargado no puede ser nunca un hombre libre.

»El maestro a quien llaman el dominico blanco te perdonó todos los pecados, incluso los futuros, porque sabía todo cuanto iba a ocurrir; tú, en cambio, tenías la ilusión de que estaba en tu mano cometer uno aquel acto. Él siempre ha estado libre de culpa o mérito y, por ello, libre de toda ilusión. Sólo quien aún se imagina cosas, como tú y yo, pone una carga sobre sí mismo o sobre los demás. El único modo de librarse de ello es el que ya te he dicho. Él es la siguiente gran copa del árbol: de la gran raíz.

»Él es el jardín; tú y yo y nuestros semejantes somos los árboles que crecen en él.

»Él es el gran peregrino y nosotros somos los pequeños. Sale de la eternidad para bajar al infinito; nosotros salimos del infinito y ascendemos a la eternidad.

»Quien ha rebasado el límite se convierte en eslabón de una cadena, una cadena formada por manos invisibles que no se sueltan nunca más hasta el fin de los días; pertenece en lo sucesivo a una comunidad en la cual cada individuo tiene una misión destinada únicamente a él.

»No hay dos como él, como tampoco hay entre los seres humanos dos que compartan el mismo destino.

»El espíritu de esta comunidad impregna a toda nuestra tierra; está presente en todo tiempo, es el espíritu vital del gran saúco.

»De él han brotado las religiones de todos los tiempos y pueblos; ellas cambian, pero él no cambia nunca.

»Quien se ha convertido en copa y lleva en sí mismo, conscientemente, la raíz «original», entra conscientemente en esta comunidad a través de la vivencia del misterio, que se llama: «La separación del cadáver y la espada».

»Miles y miles participaron en la antigua China en este suceso secreto, pero muy pocos informes han llegado hasta nuestra época.

»Escúchalos:

»Existen ciertas transformaciones llamadas Chi-kiai, que son la separación del cadáver, y otras llamadas Kieu-kiai, que son la separación de las espadas.

»La separación del cadáver es el estado en que la forma del muerto se torna invisible y éste alcanza la categoría de inmortal.

»En muchos casos el cuerpo pierde solamente el peso o conserva la apariencia de un ser vivo.

»En la separación de las espadas queda una espada en el ataúd en el lugar del cadáver.

»Éstas son las armas inmunes destinadas a la hora de la última gran batalla.

»Ambas separaciones son un arte enseñado a los jóvenes privilegiados por los hombres que los han precedido en el camino.

»El mensaje del primer libro de la espada dice así:

»«Con el método de la separación del cadáver ocurre que uno muere y recobra la vida. Ocurre que la cabeza es cortada y aparece a un lado. Ocurre que la forma existe, pero faltan los huesos».

»«Los más excelsos entre los separados lo reciben pero no actúan; los restantes se separan en pleno día de los cadáveres y se convierten en inmortales capaces de volar. Si lo desean, pueden hundirse en pleno día en terreno seco».

»«Uno de éstos fue un nativo de Huinan llamado Tung-chung-kiu. En su juventud practicaba la inspiración del aire espiritual, purificando así su figura. Fue condenado injustamente y encarcelado. Su cadáver se separó y desapareció».

»«Lieu-ping-hu no tiene apellido ni nombre de pila. Hacia el fin de la época Han era el mayor de Pinghu en Kieu-kiang. Practicaba el arte de la medicina y prestaba ayuda en las enfermedades y molestias de los hombres como si se tratara de su propia enfermedad. Durante una peregrinación conoció al inmortal Cheuching-chi, quien le enseñó el camino de la existencia oculta. Más tarde se separó del cadáver y desapareció».

Oí, por el ruido de las páginas, que el tatarabuelo pasó de largo algunas antes de continuar:

— Aquel que posee el libro rojo minio, la planta de la inmortalidad, la facultad del aliento espiritual y el secreto de dar vida a la mano derecha, se separa del cadáver.

»Te he leído los ejemplos de hombres que se han separado para que tu fe se fortalezca al saber que otros lo han conseguido antes que tú.

»Para el mismo fin está en el Libro de las Escrituras el resultado de la resurrección de Jesús de Nazaret.

»Pero ahora quiero contarte el secreto de la mano y el secreto del aliento y de la lectura del libro rojo minio.

»Se llama libro rojo minio porque, según una antigua creencia china, el rojo es el

color de las vestiduras de los perfectos más excelsos, que permanecen en la tierra para la salvación de la humanidad.

»Del mismo modo que un hombre no puede comprender el sentido de un libro si sólo lo sostiene en la mano u hojea sus páginas sin leerlas, tampoco el curso de su destino puede aportarle ningún provecho si no entiende el sentido; los acontecimientos se suceden como las páginas de un libro, vueltas por la muerte; él sólo sabe que aparecen y desaparecen, y con la última llega el final del libro.

»Ni siquiera sabe que volverá a ser abierto una y otra vez hasta que por fin aprenda a leer. Y mientras no haya aprendido, la vida será para él un juego sin valor, compuesto de alegría y sufrimiento.

»En cambio, cuando finalmente empieza a comprender su lenguaje vivo, su espíritu abrirá los ojos y comenzará a respirar y a leer.

»Éste es el primer paso en el camino de la separación del cadáver, pues el cuerpo no es otra cosa que un espíritu entumecido; se separa cuando el espíritu empieza a despertar, como el hielo se convierte en agua cuando ésta empieza a hervir.

»El libro del destino de cada hombre está lleno de sentido en la raíz, pero sus letras bailan y se confunden para aquellos que no se toman la molestia de leerlas tranquilamente, una detrás de otra y tal como están colocadas.

»Son los atolondrados, los codiciosos, los ambiciosos, los que fingen cumplir su deber, los envenenados por la ilusión de poder dar a su destino una forma distinta de la prescrita por la muerte en el libro.

»En cambio, aquel que ya no presta atención al acto de hojear, al ir y venir de las páginas, y no se alegra ni llora con ellas y se esfuerza por comprender una palabra tras otra como un lector atento, con la mente en tensión, verá pronto abrirse para él un libro del destino más elevado, hasta que tenga ante sí, como algo definitivo y sublime reservado a los elegidos, el libro rojo minio que encierra todos los secretos.

»Éste es el único camino para escapar de la cárcel de la fatalidad; cualquier otro proceder es una agitación atormentada y vana en las fauces de la muerte. Los más pobres de la vida son los que han olvidado que existe una libertad fuera de la cárcel, como aquellas aves nacidas en una jaula, satisfechas ante el comedero lleno, que se han olvidado de volar. Para ellos no habrá nunca más una liberación. Nuestra esperanza es que el gran peregrino blanco que baja por el camino hacia el infinito consiga romper las ligaduras.

»Sin embargo, jamás podrán ver el libro rojo minio.

»Aquel para quien se abre, no deja, incluso en el sentido más elevado, ningún cadáver detrás de sí: introduce un pedazo de tierra en lo espiritual y hace que se disuelva.

»De este modo contribuye a la gran obra de alquimia divina; transforma plomo en oro, transforma el infinito en eternidad.

»¡Escucha ahora el secreto del aliento espiritual!

»Está guardado en el libro rojo minio sólo para aquellos que son raíz o copa; las «ramas» no participan en él, porque si lo comprendieran, se secarían en seguida y caerían del tronco.

»También circula por ellas el gran aliento espiritual (porque ¿cómo podría vivir sin él hasta el más pequeño de los seres?), pero lo hace como un viento veloz y no se detiene.

»El aliento corporal es sólo su reflejo en el mundo exterior.

»Sin embargo, en nosotros tiene que ser continuo hasta que, convertido en resplandor, penetre en las mallas de la red corporal y se una con la gran luz.

»Cómo sucede esto, nadie puede enseñártelo; echa raíces en el ámbito de la sensibilidad más delicada.

»En el libro rojo minio se lee: «Aquí se halla oculta la llave de toda la magia. El cuerpo no es capaz de nada, el espíritu lo puede todo. Desecha todo lo que es cuerpo y cuando tu Yo esté totalmente desnudo, empezará a respirar como espíritu puro».

»«Unos empiezan de una manera, otros de otra, cada uno según la fe en que ha nacido. Unos, a través de una ardiente nostalgia del espíritu; otros a través de la perseverancia en el sentimiento de la certeza: “procedo del espíritu y sólo mi cuerpo de la tierra”».

»Quien no profesa religión alguna, pero cree en la tradición, acompaña todo el trabajo de sus manos, aun el menor, con el pensamiento constante: lo hago con el único fin de que lo espiritual que hay en mí empiece a respirar *conscientemente*.

»Del mismo modo que el cuerpo, sin que tú conozcas el taller secreto de su trabajo, transforma el aire terrenal inspirado, así teje para ti el espíritu con su aliento, de manera incomprensible, una túnica de púrpura real: el manto de la perfección suprema.

»Poco a poco penetrará en todo tu cuerpo, en un sentido más profundo que el humano; y allí donde llegue su aliento, todos los miembros se renovarán para servir un propósito diferente del anterior.

»Entonces puedes dirigir la corriente de este aliento hacia donde te plazca. Puedes hacer fluir el Jordán cuesta arriba, como se dice en la Biblia. Puedes detener el corazón de tu cuerpo o acelerar o retrasar su ritmo y determinar así tú mismo el destino de tu cuerpo; el libro de la muerte ya no tiene en lo sucesivo ninguna validez para ti.

»Cada arte tiene su ley; cada nuevo rey, su cuño; cada misa, su rito, y todo lo que existe y crece, su curso particular. »El primer miembro del nuevo cuerpo que has de despertar con ese aliento es la mano derecha. »Dos son los sonidos que suenan primero cuando el aliento roza carne y sangre; son los sonidos de la creación, I y A. I es *ignes*, el fuego, y A es *aqua*, el agua. »¡No hay nada que no esté hecho de fuego y agua! Cuando el aliento toca el dedo índice, éste se queda rígido y semeja la letra I. «Calcina los huesos», como dice la tradición. »Si el aliento cae sobre el pulgar, éste se queda rígido, se abre y forma con el índice la letra A. »Entonces «manan de tu mano corrientes de agua viva», como dice la tradición. »Si muriera un hombre en este estado de renacimiento, su mano derecha no estaría sujeta a la corrupción. »Si colocas la mano despierta contra tu cuello, el «agua viva» fluye por tu cuerpo. »Si murieras en este estado, tu cuerpo entero sería incorruptible como el cadáver de un santo cristiano. »¡Sin embargo, tienes que separarte de tu cadáver! »Esto ocurre por medio del hervor del «agua», y éste por medio del «fuego», pues todo proceso, incluso el espiritual del renacimiento, debe tener su orden. »Yo lo llevaré a cabo en ti antes de dejarte por esta vez.

Oí a mi antepasado cerrar el libro. Se levantó y volvió a poner, como la primera vez, la mano sobre mi cuello como una escuadra. Me traspasó la sensación de que una corriente de agua helada bajaba por mi cuerpo hasta las plantas de los pies.

—Cuando la haga hervir, tu fiebre aumentará y perderás el conocimiento —dijo—; por eso escucha, antes de que tu oído ensordezca: lo que te hago, te lo haces a ti mismo, porque yo soy tú y tú eres yo.

»Nadie más que yo podía hacerte lo que te hago, pero tú no podías hacértelo solo. Tengo que estar presente, pues sin mí eres sólo medio «yo», de igual modo que yo soy sólo medio «yo» sin ti.

»De esta manera se protege del abuso de los seres humanos el secreto de la consumación.

Sentí que mi antepasado separaba lentamente el pulgar; entonces pasó de prisa y por tres veces el índice sobre mi cuello, de izquierda a derecha, como si quisiera cortarme la garganta.

Me traspasó un sonido espantoso y estridente como una «I», abrasándome la carne y los huesos.

Tuve la sensación de que llamas vivas me quemaban el cuerpo.

—No lo olvides: ¡soporta todo cuanto ocurra y todo cuanto hagas y sufras por la separación del cadáver! —oí de nuevo la voz de mi tatarabuelo Christopher, como surgida de la tierra.

Entonces los últimos restos de mi conciencia ardieron en la llamarada de la fiebre.

Ofelia

Aún me tiemblan las rodillas de debilidad cuando me paseo por la habitación, pero siento cada vez con mayor claridad que mi salud se restablece de hora en hora.

La nostalgia de Ofelia me consume y me gustaría mucho bajar al descansillo y espiar su ventana con la esperanza de atrapar al vuelo una mirada suya.

Mi padre me dijo que cuando yo estaba febril e inconsciente, ella vino a verme y me trajo un ramillete de rosas. Veo en su cara que lo ha adivinado todo; ¿y si tal vez ella misma se lo ha confesado?

Temo hacer preguntas y él también evita el tema con timidez.

Me cuida con gran solicitud; lo que puede leer en mis ojos, me lo trae; pero a mí me palpita el corazón de pesar y vergüenza cada vez que me da una prueba de su amor, porque pienso que le he resultado un delincuente.

¡Querría que la falsificación del pagaré fuera sólo una pesadilla de mi calentura!

Ahora, sin embargo, que mis sentidos vuelven a ser claros, lo sé con certeza, por mucho que me pese: sucedió realmente. ¿Por qué y para qué fin lo hice? Todos los pormenores se han borrado de mi memoria.

Pero no quiero cavilar sobre ello; sólo sé una cosa: tengo que expiar de algún modo mi acto; tengo que ganar dinero, dinero, dinero para poder comprar el pagaré.

Un sudor de angustia me perla la frente al pensarlo; será imposible.

¿Con qué puedo ganar dinero en nuestra pequeña ciudad?

¿Tal vez lo consiga en la capital? Allí nadie me conoce. ¿Y si me ofreciera allí como servidor de un hombre rico? Estaría dispuesto a trabajar día y noche como un esclavo.

No obstante, ¿cómo rogar a mi padre que me permita estudiar en la ciudad?

¿En qué basar mi ruego cuando él me ha dicho muy a menudo que detesta toda erudición estudiada, que no haya sido impartida por la vida misma? Además, ¿me faltan los conocimientos elementales o por lo menos el certificado escolar!

¡No, no, es imposible!

Mi tormento se redobla cuando pienso que en tal caso tendría que separarme de Ofelia durante años y años, tal vez para siempre.

Siento que estos horribles pensamientos me hacen subir de nuevo la fiebre.

He estado enfermo dos semanas enteras; las rosas de Ofelia se han mustiado en el búcaro. ¿Y si ya se ha marchado? Las manos se me humedecen por la desesperación. ¿Y si las flores hubieran sido un regalo de despedida?

Mi padre advierte que sufro, pero no me pregunta la causa. ¿Sabe acaso más de lo que quiere decir?

¡Si yo pudiera abrirle mí corazón y confesárselo todo, todo! No, no puede ser; si me repudiara, lo aceptaría de buen grado si con ello pagara mi deuda: pero sé que averiguarlo

le destrozaría el corazón: yo, su único hijo, a quien ha encontrado de nuevo como guiado por el destino, se ha portado como un malhechor... No, no, ¡no puede suceder!

Todos pueden enterarse y señalarme con el dedo, sólo él no debe saberlo.

Me pasa con ternura la mano por la frente, me mira con ojos llenos de amor y benevolencia, y dice:

—¡No estés tan triste, querido muchacho! Si algo te atormenta, ¡olvídalo! Piensa que es una pesadilla debida a la fiebre. ¡Pronto volverás a estar sano y alegre!

Pronuncia la palabra «alegre» con vacilación y siento que intuye un porvenir lleno de aflicción y dolor.

Lo mismo que he intuido yo.

¿Se ha marchado ya Ofelia? ¿Lo sabe él?

La pregunta me aflora a los labios, pero consigo ahogarla. Creo que me derrumbaría, deshecho en llanto, si él asintiera.

De improviso empieza a hablar, con precipitación y arrebató; habla de todo lo imaginable a fin de distraerme y cambiar el rumbo de mis pensamientos.

No recuerdo haberle mencionado la visita en sueños de nuestro antepasado —o quienquiera que fuese—, ¡pero tengo que haberlo hecho! ¿Cómo, si no, se referiría de repente al mismo tema? Dice, casi sin transición:

—No podrás evitar ningún sufrimiento mientras no seas un «liberado». Lo que está escrito en el libro del destino no puede borrarlo un ser humano sujeto a la tierra. No es triste que vivan tantos seres humanos, lo único triste es que sus sufrimientos son inútiles en un sentido elevado. Son el castigo por actos de odio cometidos en otro tiempo, tal vez en una existencia anterior. De esta terrible ley de recompensa y castigo sólo podemos escapar aceptando todo cuanto acontece con el pensamiento: ocurre con el fin de despertar a nuestra vida espiritual. Debemos considerar todo cuanto hacemos sólo desde este punto de vista. ¡La actitud espiritual lo es todo, el acto solo no es nada! El dolor tendrá sentido y será fructífero si lo ves con estos ojos. Créeme: entonces no solamente lo soportarás mejor, sino que pasará antes y a veces se transformará incluso en lo contrario. Lo sucedido en tales ocasiones roza lo milagroso y no sólo se operan cambios internos, no: el destino cambia también exteriormente de una forma singular. Es cierto que el incrédulo se ríe de semejante afirmación, pero ¡de qué no se reirá él!

»Es como si el alma no tolerase que suframos por su causa más de lo que somos capaces de soportar.

—¿Qué debe entenderse en realidad por «dar vida a la mano derecha»? —pregunto—. ¿Es sólo el comienzo de una evolución espiritual o tiene otro propósito?

Mi padre reflexiona un momento.

—¿Cómo podría hacértelo comprender? De nuevo, sólo se puede explicar con símiles. Como todas las formas, los miembros de nuestro cuerpo son sólo símbolos de conceptos espirituales. La mano derecha es, por así decirlo, el símbolo de obrar, producir y hacer. Pues bien, si nuestra mano se torna espiritualmente viva, significa que hemos conseguido actuar en el «más allá», mientras antes estábamos dormidos. Algo parecido ocurre con «hablar», «escribir» y «leer». Hablar equivale, considerado terrenalmente, a comunicar algo. Si aquel a quien comunicamos algo lo recibe, ha ganado algo. El habla

espiritual es diferente. No se trata de una comunicación, pues ¿a quién deberíamos «comunicar algo»? «Yo» y «tú» somos lo mismo en este plano. «Hablar», en el sentido espiritual equivale a crear; es un mágico «conminar a la aparición». «Escribir» aquí en la tierra es la fugaz transcripción de un pensamiento; «escribir» en el más allá es grabar algo en la memoria de la eternidad. «Leer» significa aquí: comprender el sentido de un escrito. «Leer» allí significa: reconocer las grandes leyes inmutables y ¡obrar de acuerdo con ellas por el bien de la armonía! ¡Sin embargo creo, mi querido muchacho, que no deberíamos hablar de cosas tan difíciles de comprender cuando todavía estás convaleciendo!

— ¿Padre, no quieres hablarme de mi madre? Dime: ¿cómo se llamaba? ¡No sé nada de ella! —La pregunta me ha aflorado de repente a los labios; no advierto hasta que es demasiado tarde que he hurgado en una herida de su corazón.

Camina, inquieto, arriba y abajo de la habitación; sus frases parecen entrecortadas.

— ¡Mi querido muchacho, permíteme que haga revivir el pasado! Me amó. Sí, esto lo sé.

»Y yo también... indeciblemente.

»Me sucedió lo mismo que a todos nuestros antepasados. En lo que atañe a las «hembras», todos los hombres de la familia Jocher hemos hallado tormento y fatalidad. Sin que fuera culpa nuestra ni de nuestras madres.

»Por otra parte, como quizá ya sabes, cada uno de nosotros sólo ha tenido un hijo. El matrimonio no ha durado nunca mucho.

»Es como si con ello ya hubiera cumplido su propósito.

»No fue feliz para ninguno de los dos. Tal vez se deba a que nuestras mujeres son demasiado jóvenes, como la mía, o mayores que nosotros. No hubo ninguna avenencia física. El tiempo nos apartó un poco más cada año. Y ¿por qué se marchó de mi lado? ¡Ah, si lo supiera!... Pero no, ¡no quiero saberlo! ¿Si me engañó? ¡No! ¡Esto lo habría sentido! Aún lo sentiría ahora. Sólo puedo creer que en ella se despertó el amor hacia otro, y cuando vio que ya no podía escapar al destino de serme infiel, prefirió dejarme y buscar la muerte.

— Pero ¿por qué me abandonó a mí, padre?

— Para esto sólo tengo una explicación: era una católica ferviente y, aunque nunca dijo una palabra, consideraba nuestro camino espiritual una aberración diabólica. Quería protegerte de ella y sólo podía conseguirlo alejándote de mi influencia. Jamás debes dudar de que eres mi hijo carnal, ¿lo oyes? Ella no te habría dado nunca el nombre de Christopher; sólo esto es para mí una prueba inconfundible de que no eres... hijo de otro.

— Padre, dime una cosa más: ¿cómo se llamaba? Me gustaría saber su nombre de pila cuando pienso en ella.

— Se llamaba... —la voz de mi padre vacila, como si la palabra se le atascara en la garganta—, su nombre era... se llamaba Ofelia.

* * *

Por fin puedo salir otra vez. Mi padre ha dicho que ya no debo encender más los faroles, ni ahora ni después.

Desconozco el motivo.

El sirviente de la comunidad atenderá a este menester, como hacía antes de mi llegada.

¡Mis primeros pasos —con el corazón tembloroso— se dirigen a la escalera, frente a la ventana!

Pero las cortinas del otro lado permanecen corridas.

En el pasaje, después de una larguísima espera, he encontrado a la sirvienta que trabaja en su casa y la he interrogado. ¡Ahora ya es realidad lo que yo intuía y temía vagamente! ¡Ofelia me ha abandonado!

La vieja dice que el actor París ha viajado con ella a la capital.

Ahora también sé por qué he firmado el pagaré; he recuperado la memoria. Él me prometió no dejarla trabajar en el teatro si yo le conseguía dinero.

¡Tres días después rompió su palabra!

Cada hora que pasa me dirijo al banco del jardín. Me miento a mí mismo: Ofelia está allí sentada, esperándome, ¡sólo se esconde para correr en seguida a mis brazos con un grito de júbilo!

Muchas veces me sorprendo en un acto singular: escarbo la arena que rodea el banco con la pala que suele estar apoyada contra la valla del jardín, con un bastón, con el resto de una tabla, con cualquier cosa que tenga al alcance, incluso con las manos.

Como si la tierra escondiera algo que yo debo arrancarle.

En los libros se dice que los sedientos revuelven así la tierra y excavan profundos hoyos con los dedos cuando se han extraviado en el desierto. Ya no siento dolor, de tan candente que ha llegado a ser. ¿O acaso floto a gran altura sobre mi cabeza, para que el dolor no pueda subir hasta mí?

La capital está a muchas millas corriente arriba... ¿Por qué no me trae el río ningún saludo?

Entonces me hallo de repente junto a la tumba de mi madre, sin saber cómo he venido hasta aquí.

El mismo nombre, «Ofelia», debe de haberme atraído.

* * *

¿Por qué viene ahora el cartero, en el caluroso mediodía, cuando todo descansa, y cruza la Hilera de Panaderos en dirección a nuestra casa?

Aún no le había visto nunca por este barrio. Aquí no vive nadie a quien pudiera traerle una carta.

Me ve, se detiene y rebusca en su cartera de piel.

Estoy seguro: mi corazón estallará si se trata de un mensaje de Ofelia.

Entonces me encuentro, aturdido, sosteniendo en la mano algo blanco con un sello rojo.

* * *

¡Querido y respetado señor barón!

Si abriera por casualidad esta carta para Christopher, ¡se lo suplico, no siga leyendo! No lea tampoco la nota adjunta, ¡se lo imploro desde el fondo de mi alma! Queme ambas hojas en caso de que no quiera entregar la carta a Christl, pero, en cualquier caso, ¡no pierda de vista a Christl ni un solo minuto! Es todavía muy joven y yo no querría tener la culpa de que... cometa un acto irreflexivo si se entera por otros labios de lo que tanto usted como él tienen que saber muy pronto.

Atienda esta encarecida súplica (¡sé que lo hará!) de su obediente y sumisa Ofelia M.

* * *

¡Mi amadísimo y pobrecito amigo!

El corazón me dice que ya has sanado; espero, pues, con toda mi alma que resistirás con fuerza y valentía lo que ahora debo escribirte.

Dios no olvidará jamás lo que has hecho por mi causa. Le rezo con jubiloso agradecimiento por haberme permitido evitar que cometieras aquel acto. ¡Cuánto debes de haber sufrido por mi causa, mi querido y bondadoso amigo! Era imposible que hablaras de ello a tu padre; te pedí que no lo hicieras y sé que has atendido mi ruego. Seguramente me habría hecho una insinuación cuando fui a verle para decirle que nos amamos y despedirme de él... y de ti. ¡De modo que sólo puedes haber sido tú quien firmó el pagaré! ¡Lloro de alegría y júbilo porque hoy puedo devolvértelo! Lo he encontrado por casualidad sobre el escritorio de ese hombre horrible cuyo nombre ya no pronuncian mis labios. ¿Cómo podría expresarte con palabras mi gratitud, cariño mío? ¡Qué acto sería lo bastante grande para demostrártela de algún modo?

No puede ser que tanta gratitud y tanto amor como siento por ti no se prolonguen hasta más allá de la tumba. Sé que perdurarán para toda la eternidad, de la misma manera que sé que estaré contigo en espíritu y te acompañaré por doquier y te protegeré y guardaré de cualquier peligro como un perro fiel hasta que volvamos a vernos.

¡Nunca hemos hablado de ello porque no hemos tenido tiempo mientras nos besábamos y abrazábamos, amigo mío! Pero créeme: tan cierto como que hay una Providenda, lo es que existe una tierra de eterna juventud. ¡Si no lo supiera, jamás tendría el valor de separarme de ti!

Allí volveremos a vernos para no separarnos nunca más: allí seremos ambos de la misma edad y el tiempo será un presente eterno para nosotros.

Sólo una cosa me preocupa... —pero no, ¡ya sonrío de nuevo al pensarla!— y es que tú no puedas cumplir mi deseo de enterrarme en el jardín, junto a nuestro querido banco.

En vez de esto te ruego, más calurosa y encarecidamente que entonces: ¡por nuestro amor, quédate en la tierra! Vive tu vida, te lo suplico, hasta que el ángel de la muerte te visite de manera espontánea y sin que tú le hayas llamado.

Quiero que seas mayor que yo cuando volvamos a vernos. ¡Por eso debes vivir tu vida hasta el final aquí en la tierra! Yo te esperaré en el más allá, en el país de la eterna juventud.

Sujeta con fuerza tu corazón para que no grite; ¡dile que yo sigo estando contigo, más cerca aún de lo que sería posible con el cuerpo! Alégrate de que por fin, por fin, sea libre... ahora, mientras lees mi carta.

¿Preferirías tal vez saber que sufro? ¡Y lo que sufriría si permaneciera con vida no puede expresarse con palabras!

Sólo he echado una ojeada a la vida que me esperaría... ¡una sola! ¡Qué horror! ¡Antes el infierno que semejante profesión!

Aun así lo soportaría con gozo si supiera que de este modo me acercaba a la dicha de unirme contigo. ¡No pienses que abandoné la vida porque no fui capaz de sufrir por ti! Lo hago porque sé que nuestras almas estarían separadas para siempre, aquí y en el más allá. No creas que sólo son palabras para consolarte, una falsa esperanza o una quimera si te digo: ¡sé que sobreviviré a la sepultura y volveré a estar contigo! ¡Te lo juro, lo sé! Cada uno de mis nervios lo sabe. Mi corazón, mi sangre, lo saben. Cien presagios me lo dicen. ¡Cuando estoy despierta, cuando duermo y cuando sueño!

Voy a darte una prueba de que no me engaño. ¿Crees que cometería la temeridad de asegurarte algo si no tuviera la certeza de que saldrá bien?

Escúchame: ¡ahora, donde lees estas palabras, cierra los ojos! ¡Te besaré las lágrimas!

¿Sabes ahora que estoy a tu lado y que estoy viva?

No temas, cariño mío, que el minuto de mi muerte pueda ser doloroso para mí.

Amo tanto al río que no me hará daño cuando le confíe mi cuerpo.

¡Ay, ojalá pudiera ser enterrada junto a nuestro banco! No quiero pedirlo a Dios, pero quizá Él lea mi deseo mudo y pueril y haga un milagro. ¿Acaso no ha hecho muchos y más grandes?

¡Otra cosa, cariño mío! ¡Si es posible, cuando seas todo un hombre, lleno de poder y fuerza, ayuda a mi pobre padre adoptivo!

¡Pero no!... ¡No te preocupes por esto! Yo misma estaré a su lado y le ayudaré.

Será al mismo tiempo una señal para ti de que mi alma puede hacer más de lo que podría hacer mi cuerpo.

Y ahora, amadísimo mío, mi fiel y valiente amor, recibe miles de besos de tu feliz

OFELIA

* * *

¿Son realmente mis manos las que sostienen una carta y después la doblan con lentitud? ¿Soy yo quien se toca los párpados, el rostro, el pecho? ¿Por qué no lloran estos ojos?

Unos labios del reino de los muertos les han secado las lágrimas con besos; aún percibo su contacto acariciador. Y, no obstante, me parece que ha transcurrido un tiempo enormemente largo. ¿Será tal vez sólo un recuerdo del paseo en bote, cuando Ofelia me besó las lágrimas para secarlas?

¿Dan los muertos vida a la memoria sólo cuando quieren que uno perciba su

proximidad como una presencia? ¿Atraviesan la corriente del tiempo para llegar hasta nosotros sólo haciendo funcionar otra vez el reloj en nuestro interior?

Mi alma está petrificada, ¡es extraño que mi sangre siga fluyendo! ¿O es acaso el pulso de un desconocido el que oigo latir? Miro hacia el suelo... ¿Son mis pies los que se dirigen a la casa mecánicamente, paso a paso? ¿Y que ahora suben las escaleras? ¡Tendrían que temblar y vacilar por el dolor de aquel a quien pertenecen, si yo fuera ese alguien!

Por un momento me recorre el cuerpo de pies a cabeza una terrible punzada, como una lanza candente que casi me impele contra la barandilla; entonces busco el dolor en mí y ya no puedo encontrarlo. Se ha consumido a sí mismo como un relámpago.

¿Estoy muerto? ¿Yace mi cuerpo destrozado allí abajo, al pie de la escalera? ¿Es sólo un fantasma el que ahora abre la puerta y entra en el aposento?

No, no es una ilusión, soy yo mismo; sobre la mesa está la comida y mi padre me viene al encuentro y me besa en la frente. Quiero comer, pero no puedo tragar; cada bocado se me atasca en la garganta.

¡De modo que mi cuerpo sufre sin que yo lo sepa!

Ofelia sostiene mi corazón en sus manos —siento sus dedos frescos— para que no me estalle. ¡Sí, sólo puede ser esto! ¡De lo contrario, gritaría!

Quiero alegrarme de que esté a mi lado, pero he olvidado cómo se siente la alegría.

En la alegría participa el cuerpo y ya no tengo ningún poder sobre él.

¿Así que deberé vagar por la tierra con él a cuestas como un cadáver viviente? La vieja criada sirve la comida en silencio; me levanto y voy a mi habitación; mi mirada se posa en el reloj de pared. ¿Las tres? ¡No puede ser más tarde de la una! ¿Por qué ha dejado de funcionar? Entonces lo comprendo: ¡Ofelia ha muerto a las tres de la madrugada! Sí, sí, ahora se despierta en mí el recuerdo: esta noche he soñado con ella; estaba a la cabecera de mi cama y sonreía, llena de felicidad. «¡He venido a verte, cariño mío! El río ha escuchado mi ruego. ¡No olvides tu promesa, no olvides tu promesa!», me ha dicho. Como un eco resuenan en mí sus palabras: «¡No olvides tu promesa, no olvides tu promesa!», repiten, incansables, sus labios, como si quisieran despertar mi cerebro hasta que comprenda por fin el significado oculto de la frase. Todo mi cuerpo empieza a sentirse inquieto. Como si esperara una orden mía, que yo debo darle. Me esfuerzo por pensar, pero mi cerebro permanece muerto. «He venido a verte. ¡El río ha escuchado mi ruego!» ¿Qué significa esto? ¿Qué significa? ¿Debo cumplir mi promesa? ¿Qué promesa le he hecho? Lo recuerdo de improviso: se trata de la promesa que hice a Ofelia durante nuestro paseo en bote. Ahora ya lo sé: ¡debo bajar al río! Bajo los escalones de cuatro en cuatro o de cinco en cinco, deslizando ambas manos por la barandilla, saltando apresuradamente en mi gran precipitación. De repente vuelvo a estar vivo; mis pensamientos se atropellan. «No puede ser —me digo—; estoy soñando una novela inverosímil». Quiero detenerme y dar media vuelta, pero el cuerpo me empuja hacia delante. Corro por el pasaje hasta el agua. Hay una balsa atracada en el muelle. Dos hombres están de pie en ella. «¿Cuánto rato tarda el tronco de un árbol en llegar hasta aquí desde la capital?», quiero preguntarles. Me acerco mucho a ellos y los miro fijamente. Asombrados, levantan la vista hacia mí, pero no me salen las palabras porque en el fondo de mi corazón suena la voz de Ofelia: «¿No sabes mejor que nadie cuándo llegaré? ¿Acaso te he hecho esperar alguna vez, cariño mío?» Y la

certeza, firme como una roca y luminosa como el sol, que disipa todas las dudas, grita en mi interior: es como si la naturaleza que me rodea hubiese cobrado vida y me gritase: ¡esta noche a las once! ¡Las once! ¡La hora que siempre he esperado con nostalgia! Como entonces, riel la luna en el río. Estoy sentado en el banco del jardín, pero la espera no es como la de antes, estoy unido con la corriente del tiempo, ¿cómo podría desear que fuera más rápida o más lenta?

¡En el libro de los milagros está escrito que se cumplirá el último ruego de Ofelia! Este pensamiento es tan estremecedor, que todo lo ocurrido —la muerte de Ofelia, su carta, mi propio sufrimiento, la terrible misión de enterrar su cadáver, el espantoso vacío de la vida que me espera— ... todo, todo palidece.

Tengo la súbita impresión de que las miríadas de estrellas que hay allí arriba son los ojos omniscientes de los arcángeles, que nos observan, vigilantes, a ella y a mí. La proximidad de un poder ilimitado me rodea y me invade. En su mano son todas las cosas un juguete viviente; me roza un soplo de viento e intuyo que me dice: ve a la orilla y suelta la amarra del bote. Ya no son pensamientos lo que dirige mis actos o mi inactividad: formo parte del tejido de toda la naturaleza y su murmullo secreto es mi razón. Sereno, remo hasta el centro del río. ¡Ahora vendrá ella! Una franja clara se desliza hacia mí. Un rostro blanco e inmóvil, con los ojos cerrados, flota sobre el agua quieta como una imagen en un espejo. Entonces detengo a la muerta y la subo hasta el bote.

* * *

La entierro a mucha profundidad en la arena blanda y limpia, sobre un lecho de perfumadas flores de saúco y cubierta de verdes ramas. Después lanzo la pala al río.

Soledad

Había creído que al día siguiente la noticia de la muerte de Ofelia ya sería conocida y se extendería por la ciudad como un reguero de pólvora; pero las semanas transcurrieron y nada sucedió. Por fin lo comprendí: Ofelia se había despedido de la tierra sin informar de ello a nadie más que a mí.

Así pues, yo era el único ser viviente de la tierra enterado de su muerte.

Me invadía una mezcla singular de indescriptible soledad y de una riqueza interior que no necesitaba compartir con nadie.

Todas las personas que me rodeaban, incluso mi padre, se me antojaban figuras recortadas de papel que nada tenían que ver con mi existencia y sólo formaban parte del decorado.

Cuando estaba sentado en el banco del jardín, donde solía soñar a diario durante horas, sintiendo casi sin interrupción la proximidad de Ofelia, pensaba: «¡Aquí, a mis pies, duerme su cuerpo, al que he amado con tanta pasión!» Y siempre experimentaba la ausencia de dolor con un profundo asombro.

¡Qué delicado y certero había sido su sentimiento cuando me pidió durante nuestro paseo en bote que la enterrase aquí y no revelara el lugar a nadie!

De este modo los dos éramos ahora los únicos que lo sabíamos —ella en el más allá y yo aquí en la tierra—, y esta complicidad nos unía tanto que a veces yo ni siquiera sentía su muerte como una ausencia de su cuerpo.

Sólo necesitaba imaginarme que yacía en un cementerio de la ciudad, bajo una lápida, rodeada de muertos, llorada por sus parientes, y la mera idea me atravesaba dolorosamente el pecho como un cuchillo y relegaba a una lejanía inasequible la sensación de su proximidad.

La vaga creencia de los hombres de que la muerte es sólo un delgado tabique entre la visibilidad y la invisibilidad y no un abismo infranqueable, se convertiría muy pronto en una certeza firme si enterrasen a sus muertos en lugares sólo accesibles para ellos y no en cementerios públicos.

Cuando hube asimilado por completo mi soledad, aquella noche en que enterré el cuerpo de Ofelia quedó grabada en mi memoria como si fuera la de mi propio entierro y yo sólo fuese en lo sucesivo un fantasma sobre la tierra, un cadáver errante que ya no tuviera nada en común con los seres de carne y hueso.

Había momentos en que tenía que decirme: éste ya no eres tú; un ser cuyo origen y existencia se remonta a siglos atrás, se introduce irremisiblemente en tu interior, cada vez con mayor profundidad, toma posesión de tu envoltura y pronto no quedará de ti más que un recuerdo flotante en el reino del pasado que podrás evocar como las vivencias de un total desconocido. «Es mi antepasado —pensé— que resucita en mí».

Imágenes de comarcas y paisajes anónimos desfilaban ante mis ojos, con mayor frecuencia y duración cada día, mientras yo tenía la vista perdida entre las neblinas del cielo. Oía palabras que captaba con un órgano interno, sin considerarlas extrañas; las comprendía como la tierra acoge y conserva granos para hacerlos germinar mucho después; las comprendía como algo sobre lo que uno intuye: «Algún día lo entenderás de verdad».

Salían de los labios de personas extrañamente vestidas que se me antojaban viejos conocidos, pese a que era imposible que las hubiera visto en esta vida; las palabras eran válidas para mí y, sin embargo, su procedencia era muy remota; renacían del pasado y se convertían de improviso en presente.

Vi altísimas montañas nevadas cuyos picos helados eran infinitamente más altos que todas las nubes.

«Es el techo del mundo —me dije—, el misterioso Tibet».

Después, interminables estepas con caravanas de camellos, monasterios asiáticos en la más profunda soledad, sacerdotes con túnicas amarillas y máquinas de rezar en las manos, peñascos convertidos por obra del cincel en gigantescas estatuas sedentes de Buda, ríos que parecían venir del infinito y desembocar en el infinito... y en sus orillas, una tierra de colinas de loess³ cuyas cumbres eran planas, planas como mesas, planas como si las hubiera segado una guadaña monstruosa.

«Son regiones, cosas y hombres —adiviné— que debió de ver el tatarabuelo cuando aún vagaba por la tierra. Ahora, que ha entrado en mí, sus recuerdos son también los míos».

Cuando encontraba los domingos muchachos de mi misma edad y presenciaba su enamoramiento y sus alegres deseos de vivir, comprendía muy bien lo que les pasaba, pero en mí sólo había frialdad. No la frialdad de la rigidez, que es la manifestación pasajera de un dolor congelado en las profundidades de la sensibilidad, y tampoco la frialdad decadente de los ancianos.

Sentía sin duda la antigüedad en mi interior con más fuerza y firmeza que nunca, y a menudo, cuando me veía en el espejo, casi me asustaba ver ante mí un rostro juvenil; la muerte aparente sólo había afectado el vínculo que ata a los seres humanos a las alegrías de la tierra, la frialdad me venía de unas regiones desconocidas para mí, de un mundo de ventisqueros que es la patria de mi alma.

Entonces no podía medir el estado en que me hallaba; no sabía que era una de aquellas transformaciones misteriosas y mágicas que suelen encontrarse en las biografías de santos católicos y de otras religiones, sin comprender su profundidad y la significación de su vida.

Como yo no sentía ninguna nostalgia de Dios, carecía de explicación para ello y tampoco la buscaba.

Me salvé de la sed abrasadora de una nostalgia insaciable a la que se refieren los santos y que, según ellos, quema todo lo terrenal, porque lo único que podía inspirarme nostalgia, «Ofelia», era una certeza que llevaba conmigo constantemente.

3 Material geológico sedimentario eólico. Lo forman depósitos de limo originados por la deposición de partículas muy finas que han sido transportadas por las tormentas de polvo a lo largo de miles de años.

La mayor parte de los sucesos de mi vida exterior pasaron sin dejar huella en mi recuerdo; las imágenes de aquel tiempo desfilan ante mí como un muerto paisaje lunar de cráteres apagados sin ningún camino o senda que lo cruce.

No puedo acordarme de lo que hablamos mi padre y yo; las semanas se encogieron, convirtiéndose en minutos, y los minutos se dilataron, convirtiéndose en años; durante años, o así me lo parece ahora, ahora que empleo la mano derecha de un desconocido para evocar el pasado, durante años debí sentarme en el banco del jardín, ante la tumba de Ofelia; los eslabones de la cadena de vivencias por los que puede medirse el paso del tiempo penden para mí aislados en el aire.

Sé de este modo que un día se detuvo la rueda del molino que impulsaba el torno del maestro tornero y que el rumor de la máquina cesó, sumiendo la calle en un silencio sepulcral; pero he olvidado cuándo sucedió, si en la mañana que siguió a aquella noche o más tarde.

Sé que conté a mi padre que había falsificado su firma, pero debió de ocurrir sin ningún trastorno emotivo, pues no recuerdo ninguno.

Tampoco recuerdo los motivos que me impulsaron a contárselo.

Sólo me acuerdo vagamente que sentí cierta alegría por el hecho de que ya no hubiera ningún secreto entre él y yo; y en relación con la noria, sé que me agradó pensar que el viejo maestro tornero ya no trabajaba.

No obstante, creo que estos dos sentimientos no los experimenté yo mismo y que sólo me fueron transmitidos por el espíritu de Ofelia, tan muerto para todo lo humano me represento ahora al Christopher Taubenschlag de aquel tiempo.

Fue el tiempo en que el nombre supuesto de Taubenschlag se me antojó una profecía del destino, pues en esto me había convertido literalmente: en un palomar inanimado, un lugar habitado por Ofelia y el tatarabuelo y el primitivo, que se llama Christopher.

Poseo muchos conocimientos que jamás han aparecido en libros: ningún ser humano me los enseñó y, sin embargo, aquí están.

Remonto su origen a aquel tiempo en que mi forma exterior salió, en el sueño de la muerte aparente, de una envoltura de ignorancia para entrar en un recipiente de sabiduría.

Creía entonces, como lo creyó mi padre hasta su muerte, que el alma puede enriquecerse con más experiencias y que la vida en el cuerpo le resulta útil para este fin. También el tatarabuelo me había hablado en este sentido.

Hoy sé que el alma de los seres humanos es omnisciente y todopoderosa desde el principio y que lo único que el hombre puede hacer por ella es: apartar todos los obstáculos que dificulten su desarrollo.

¡Si está a su alcance hacer algo!

El secreto más profundo de todos los secretos y el enigma más oculto de todos los enigmas es la transformación alquimista de la... forma.

¡Te digo esto a ti, que me prestas la mano, en agradecimiento a que escribes por mí!

El camino oculto al renacimiento en el espíritu, mencionado por la Biblia, es una transformación del cuerpo y no del espíritu.

El espíritu se expresa por medio de la forma; la cincela y amplía constantemente, empleando el destino como instrumento; cuanto más rígida e imperfecta sea, tanto más

rígida e imperfecta será la clase de la revelación espiritual; cuanto más agradable y delicada sea, con tanta mayor diversidad se manifestará el espíritu.

Sólo Dios, el espíritu puro, la transforma y espiritualiza los miembros para que lo más profundo, el ser primitivo, no dirija su oración hacia fuera, sino que adore miembro por miembro la propia forma como si la divinidad viviera oculta en cada una de sus partes bajo una imagen diferente.

El cambio de forma a que me refiero no es visible para el ojo externo hasta que el proceso alquimista de la transformación toca a su fin; su comienzo tiene lugar en lo oculto, en las corrientes magnéticas que determinan el sistema de ejes de la estructura corporal; primero cambia la mentalidad del ser, sus inclinaciones e impulsos, y luego sigue el cambio del comportamiento y con él la transformación de la forma, hasta que ésta se convierte en el cuerpo resucitado del Evangelio.

Es como cuando una estatua de hielo empieza a derretirse desde dentro.

Se acerca el día en que la enseñanza de esta alquimia se reanudará para muchos; yacía como muerta, como un montón de escombros, y el rígido faquirato de la India es su ruina.

Bajo la influencia transformadora del antepasado espiritual me convertí, como ya he dicho, en un autómatas con los sentidos fríos; y así permanecí hasta el día de mi «separación del cadáver».

Como palomar inanimado en el que las aves entran y salen sin que él tome parte en su actividad, así debes considerarme si quieres comprender cómo era yo entonces; no debes medirme por el patrón de los seres humanos, que sólo conocen a sus semejantes.

El banco del jardín

Por la ciudad circula el rumor de que el maestro tornero Mutschelknaus se ha vuelto loco.

La aflicción se refleja en el rostro de la señora Aglaja. Muy temprano por la mañana va al mercado con una pequeña cesta para hacer la compra ella misma, pues ha despedido a su sirvienta. Su vestido está cada día más sucio y descuidado y ha perdido los tacones de los zapatos. Como abrumada por las preocupaciones, se detiene a veces en la calle y habla a media voz consigo misma.

Cuando me cruzo con ella, desvía la mirada, ¿o acaso ya no me reconoce? A quienes le preguntan por su hija, les contesta, breve y desabrida, que está en América.

El verano tardío, el otoño y el invierno han quedado atrás y no he visto ni una sola vez al maestro tornero. Ya no sé si han transcurrido años desde entonces o si el tiempo se ha detenido, pero ningún invierno me había parecido tan interminablemente largo.

Sólo siento que ya debe de haber llegado una vez más la primavera, porque el aire está perfumado con la fragancia de las umbelas, los caminos alfombrados de flores después de las tormentas y las muchachas llevan vestidos blancos y flores en el cabello.

Hay una melodía en el aire.

Sobre las tapias de la orilla penden hasta el agua las ramas de los rosales trepadores y el río arrastra, juguetón, de tapia en tapia, los delicados capullos rosados hasta los pilares del puente, donde adornan los troncos podridos, prestándoles una nueva vida.

En el jardín, la hierba que rodea el banco resplandece como una esmeralda.

A menudo, cuando voy allí, veo por toda clase de minúsculos cambios que alguien ha estado antes que yo; a veces hay pequeños guijarros sobre el banco, colocados en círculo o en forma de cruz, como si un niño hubiera jugado con ellos, y otras veces hay flores desparramadas.

Un día, cuando enfilaba el pasaje, el viejo maestro tornero me salió al encuentro desde el jardín y adiviné que debía de ser él quien solía sentarse en el banco cuando yo no estaba. Le saludé, pero él pareció no verme, aunque me rozó el brazo con el suyo.

Miraba hacia adelante, distraído, con una alegre sonrisa en el rostro.

Poco después nos encontramos en el jardín. Se sentó en silencio a mi lado y empezó a escribir con el bastón el nombre de Ofelia sobre la arena blanca.

Así continuamos sentados largo rato y yo estaba muy sorprendido; de pronto se puso a murmurar en voz baja, al principio como si hablara consigo mismo o con alguien invisible; poco a poco fui comprendiendo sus palabras:

—¡Me alegro de que sólo vengamos aquí tú y yo! Es bueno que nadie sepa nada de este banco.

Me sobresalté, estupefacto. ¿Me tuteaba? ¿Me confundía con otro o estaba

perturbado? ¿Había olvidado el respeto antinatural con que antes me trataba? ¿Qué quería decir con las palabras: «Es bueno que nadie sepa nada de este banco»?

Sentí de pronto tan claramente la proximidad de Ofelia como si se hubiera presentado ante nosotros.

También el anciano la sintió, porque levantó de prisa la cabeza y un rayo de felicidad iluminó su rostro.

—¿Sabes? ¡Está siempre aquí! Me acompaña un trecho hacia casa y entonces vuelve —susurró—. Me ha dicho que te espera aquí, ¡y que te ama! —Me puso una mano amistosa en el brazo, me miró largo rato a los ojos, con expresión feliz, y añadió en voz baja—: Estoy contento de que te ame.

De repente no sé qué debo contestar y al final tartamudeo:

—Pero su hija... ¿no está en América? —El anciano acerca mucho sus labios a mi oreja y susurra con acento de misterio:

—¡Chist! ¡No! Eso es lo que cree la gente y mi esposa. ¡Ha muerto! ¡Pero sólo lo sabemos tú y yo! Ella me ha dicho que tú también lo sabes; ni siquiera el señor París está enterado. —Advierte mi asombro, asiente con la cabeza y repite con énfasis—: ¡Sí, ha muerto! Pero no está realmente muerta. ¡El Hijo de Dios, el dominico blanco, ha tenido misericordia de nosotros y la ha dejado a nuestro lado!

Comprendo que el singular estado espiritual llamado santa locura por los pueblos salvajes ha tomado posesión del viejo, convirtiéndole en un niño; juega con piedras como un niño, habla con claridad y sencillez como un niño, pero su mentalidad es clarividente.

—¿Cómo se ha enterado de todo esto? —le pregunto.

—Estaba trabajando en el torno por la noche —me cuenta—, cuando la noria se paró de repente y ya no pude hacerla mover. Entonces me quedé dormido junto a la mesa y vi en sueños a mi Ofelia, que me dijo: «Padre, no quiero que trabajes. Estoy muerta. El río se niega a empujar la noria, así que deberé hacerlo yo, si tú no dejas de trabajar. ¡Te lo ruego, no sigas trabajando! De lo contrario, tendré que estar siempre en el río y no podré entrar a verte». Al despertarme corrí en plena noche a la iglesia de Nuestra Señora. La oscuridad y el silencio eran totales, pero dentro sonaba el órgano. Pensé que la iglesia estaba cerrada y nadie podía entrar, pero después se me ocurrió que, si dudaba, no podría entrar y ya no dudé más. Dentro estaba muy oscuro, pero como el hábito del dominico era blanco como la nieve, pude verlo todo desde mi sitio, bajo la estatua del profeta Jonás. Ofelia se sentó a mi lado y me explicó todo lo que había hecho el gran santo blanco.

»Al principio se colocó ante el altar y permaneció allí con los brazos abiertos como una gran cruz, y las estatuas de todos los santos y profetas la imitaron, uno detrás de otro, hasta que la iglesia se llenó de cruces vivientes. Entonces se dirigió al relicario de cristal y colocó algo en el interior que parecía un guijarro negro y pequeño.

»«Es tu pobre cerebro, padre —dijo mi hija Ofelia—; ahora él lo ha guardado en su cofre de los tesoros porque no quiere que sigas atormentándote por mi causa. Cuando lo recobres, será una piedra preciosa». Al día siguiente me envió aquí, al banco, sin que yo supiera por qué. Aquí veo diariamente a Ofelia. Siempre me dice que es muy feliz y que la tierra de los bienaventurados es muy hermosa. Mi padre, el ebanista de ataúdes, también está allí y me lo ha perdonado todo. Ni siquiera me guarda rencor porque de niño le dejé

quemar la cola.

»Cuando anochece en el Paraíso, me dice, se hace teatro y los ángeles contemplan la actuación de Ofelia en la pieza *El rey de Dinamarca*, donde termina casándose con el príncipe heredero y todos aplauden, me cuenta, porque lo interpreta tan bien. «Esto sólo te lo debo a ti, padre —me dice siempre—, porque tú permitiste que lo aprendiera en la tierra. Siempre fue mi deseo más ardiente ser actriz, ¡y tú lo realizaste, padre!»

El anciano enmudece y mira el cielo, arrobado.

Un sabor repugnante y amargo me quema la lengua. ¿Mienten los muertos o todo es imaginación suya? ¿Por qué no le dice Ofelia la verdad de una forma atenuada, si es cierto que puede comunicarse con él?

La idea terrible de que el reino de la mentira pueda llegar hasta el más allá empieza a roer mi corazón.

Entonces lo veo claro; la proximidad de Ofelia me sobrecoge con tanta fuerza, que de repente comprendo y sé la verdad: es sólo su imagen, no ella misma, lo que él ve y con lo que habla. Es un falso cumplimiento de sus deseos tanto tiempo abrigados; su corazón no se ha enfriado como el mío, por esto ve la verdad desfigurada.

—Los muertos pueden hacer milagros, si Dios lo permite —continúa el anciano—; pueden reencarnarse y vagar entre nosotros. ¿Lo crees? —Me lo pregunta con una voz tan firme, que casi suena amenazadora.

—No hay nada que considere imposible —es mi elusiva respuesta.

El anciano parece satisfecho y guarda silencio. Luego se levanta y se va. Sin despedirse.

Un momento después vuelve, se coloca delante de mí y dice:

—¡No, no lo crees! Ofelia quiere que lo veas por ti mismo y lo creas. ¡Ven!

Me coge la mano, como si quisiera llevarme consigo. Titubea. Ladea la cabeza, como si escuchara a una voz.

—No, ahora no. Esta noche —murmura como para sus adentros, ensimismado—. ¡Espérame aquí esta noche!

Se va.

Le sigo con la mirada; tambaleándose como un borracho, camina a tientas junto a la pared de la casa.

Yo no sé qué pensar.

La cabeza de medusa

Estamos sentados alrededor de una mesa en un cuarto diminuto y de una pobreza indescriptible: el maestro tornero Mutschelknaus, una costurera pequeña y jorobada, de quien se dice en la ciudad que es una bruja, una mujer gorda y vieja, y un hombre de cabellos largos, a ninguno de los cuales he visto nunca, y yo.

Sobre un armario arde una mariposa⁴ dentro de un cristal rojo; encima pende un grabado de colores chillones que representa a la Madre de Dios con el corazón atravesado por siete espadas.

—Oremos —dice el hombre de cabellos largos, que se golpea el pecho y recita el padrenuestro.

Sus manos son flacas y lívidas, como las de los maestros de escuela pobres y anémicos; sus pies desnudos están calzados con sandalias.

La mujer gorda hipa y suspira, como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Porque tuyo es el reino, la fuerza y la gloria por toda la eternidad, amén, formemos la cadena y cantemos, pues los espíritus aman la música —dice el hombre de cabellos largos en una sola frase.

Nos damos las manos sobre la superficie de la mesa y el hombre y la mujer entonan un cántico en voz baja.

Los dos desentonan, pero en sus voces hay tanta humildad y profunda emoción, que me conmuevo involuntariamente.

Mutschelknaus está inmóvil; sus ojos irradian una bienaventurada expectación.

El piadoso cántico concluye. La costurera se ha dormido; oigo los estertores de su respiración. Tiene la cabeza sobre la mesa, entre los brazos. Se oye el tictac de un reloj de pared; es el único sonido en el absoluto silencio.

—No hay bastante fuerza —dice el hombre y me mira de reojo con reproche, como si yo tuviera la culpa.

De pronto cruje algo en el armario, como si se partiese la madera.

—¡Ella viene! —murmura el anciano, excitado.

—No, es Pitágoras —nos comunica el hombre de cabellos largos.

La mujer gorda hipa.

Esta vez cruje la mesa y las manos de la costurera empiezan a dar sacudidas rítmicas al compás de su pulso.

Levanta un momento la cabeza... la pupila está vuelta hacia arriba bajo el párpado, sólo se ve el blanco... y en seguida la baja de nuevo.

Una vez vi morir a un perro pequeño y fue exactamente igual; intuyo que la mujer se

4 Pequeña mecha afirmada en un disco flotante y que, encendida en su recipiente con aceite, se pone por devoción ante una imagen o se usa para tener luz de noche.

ha deslizado hasta el umbral de la muerte. Las sacudidas rítmicas de sus manos hacen vibrar la mesa. Es como si ella transmitiera su vida al mueble.

Noto bajo los dedos un ligero golpeteo en la mesa, como cuando las ampollas se hinchan y revientan.

Cuando estallan, se desprende de ellas un frío glacial que se difunde y flota sobre la superficie de la mesa.

—¡Es Pitágoras! —exclama el hombre de cabellos largos en el tono profundo del convencimiento.

La capa fría que flota sobre la mesa cobra vida y empieza a girar; tengo que pensar en el «mortífero viento del norte», del que mi padre hablara en una ocasión al capellán a medianoche.

De improviso retumba en la habitación un golpe fuerte: la silla en que estaba sentada la costurera sale disparada hacia atrás y ella queda estirada en el suelo.

La mujer y el hombre la levantan y colocan sobre un banco que está junto a la estufa; agitan la cabeza cuando les pregunto: «¿No se ha lastimado?», y vuelven a sentarse a la mesa.

Desde mi sitio sólo puedo ver el cuerpo de la costurera; la sombra del armario cubre su rostro.

En la calle pasa un carro por delante de la casa; el ruido de las ruedas se extingue, pero las paredes retiemblan durante largo rato.

¿O acaso me engaño? ¿Será tal vez que mis sentidos se han agudizado y pueden percibir lo que antes se les escapaba: la leve vibración de las cosas, que cesa mucho más tarde de lo que suele creerse?

A veces tengo que cerrar los ojos, tan excitante me parece el resplandor rojo de la mariposa; allí donde cae, las formas de los objetos se desdibujan y los contornos se confunden entre sí; el cuerpo de la costurera semeja una masa informe; ha resbalado del banco y yace en el suelo.

Estoy firmemente resuelto a no levantar la mirada hasta que ocurra algo decisivo; quiero seguir siendo dueño de mis facultades.

Capto la advertencia interna: ¡mantente alerta! Una honda suspicacia, como si se hubiera introducido en la habitación algo diabólicamente maligno, un ser horrible y venenoso.

Las palabras de la carta de Ofelia: «Estaré a tu lado y te protegeré de cualquier peligro» acuden a mi mente, con tanta claridad que casi las oigo.

Entonces gritan los tres como con una sola voz:

—¡Ofelia!

Levanto la mirada y veo: sobre el cuerpo de la costurera flota un cono de vapor azulado en una niebla giratoria, con el vértice vuelto hacia arriba; otro similar baja del techo, con el vértice hacia abajo, y se acerca a tuestas al primero hasta que se unen, formando un reloj de arena del tamaño de un hombre.

Entonces, de repente —como la imagen de una linterna mágica que alguien hace funcionar con un golpe—, aparece Ofelia, claramente perfilada, corpórea y real.

Tan clara y corpórea, que lanzo un grito y me dispongo a correr hacia ella.

En el último momento me detiene un grito de temor —en mi propio pecho—, un doble grito de temor a dos voces:

«¡Conten con firmeza tu corazón, Christopher!»

«¡Conten con firmeza tu corazón!», resuena dentro de mí, como si el antepasado y Ofelia gritaran al mismo tiempo.

El fantasma avanza hacia mí con la cara iluminada. Es exactamente como era ella en vida, hasta el último pliegue de su vestido. La misma expresión en su rostro, los mismos ojos bellos y soñadores, las pestañas negras y largas, las cejas bien dibujadas, las manos pequeñas y blancas... incluso los labios son rojos y sanos. Sólo su cabello está cubierto por un velo. Se inclina sobre mí con ternura y siento palpitar mi corazón; me besa en la frente y me rodea el cuello con sus brazos. El calor de su cuerpo penetra dentro de mí. «¡Ha despertado a la vida! —me digo—. ¡No cabe la menor duda!»

Mi sangre empieza a calentarse y la suspicacia cede el paso a un dulce sentimiento de dicha, pero la voz de Ofelia grita en mí todavía más temerosa; es como si se retorciera las manos, impotente y desesperada:

«¡No me abandones! ¡Ayúdame! ¡Él lleva una máscara!», creo comprender por fin en palabras, pero entonces la voz se apaga como detrás de una tela.

«¡No me abandones!» ¡Ha sido un grito de socorro que me ha conmovido hasta lo más hondo! ¡No, Ofelia mía, no abandonaré a la que vive dentro de mí!

Aprieto los dientes y siento frío... el frío de la desconfianza.

«¿Quién es este “él” que lleva la máscara de Ofelia?», me pregunto y escruto el semblante del fantasma: su rostro está cubierto por una expresión de estatua, pétrea e inanimada, y las pupilas se entornan, como deslumbradas por un rayo de luz.

Fue como el retroceso instantáneo de un ser que teme delatarse; pero aunque ocurrió en un segundo, durante un latido de mi corazón no me vi a mí mismo en los ojos del fantasma, sino la imagen diminuta de una cabeza desconocida. Un momento después, el fantasma se ha apartado de mí y flota con los brazos abiertos hacia el maestro tornero, que la abraza, llorando de amor y felicidad, y cubre de besos sus mejillas.

Me asalta un terror indescriptible. Siento que los cabellos se me ponen de punta. El aire que respiro me paraliza los pulmones como un aliento gélido.

La imagen de la cabeza desconocida, minúscula como la punta de una aguja y, a pesar de ello, más clara y nítida que todo cuanto pueden ver los ojos, flota delante de mí.

Cierro los párpados y concentro mi mente en ella. El rostro, siempre vuelto hacia mí, quiere huir y revolotea en el aire como una chispa en un espejo, pero al cabo de un momento la obligo a permanecer quieta y nos miramos fijamente.

Es el rostro de un ser parecido a una muchacha y a la vez a un adolescente, de una belleza extraña e incomprensible.

Los ojos no tienen iris, están vacíos como los de una estatua de mármol y centellean como el ópalo.

Una expresión destructora e implacable, muy leve, apenas visible, pero tanto más pavorosa por su mismo disimulo, asoma en los labios delgados y exangües, de comisuras curvadas hacia arriba, como líneas tenues. Los dientes blancos brillan a través de la piel fina como la seda; una horrible sonrisa de los huesos.

Intuyo que el punto óptico entre dos mundos es este rostro; los rayos de un reino de la destrucción henchido de odio se han concentrado en él como en una lente: el abismo de toda descomposición, cuyo símbolo más débil es el ángel de la muerte, acecha detrás de él.

«¿Qué es esta cara que refleja las facciones de Ofelia? —me pregunto, temeroso—. ¿De dónde ha venido, qué fuerza del universo ha insuflado vida a su retrato? Va de un sitio a otro, se mueve, lleno de bondad y atractivo, y no obstante es la máscara de una fuerza satánica. ¿Dejará caer de repente su careta el demonio que oculta y nos hará una mueca infernal y monstruosa sólo para sumir en la desesperación y el desengaño a un par de personas pobres de espíritu?

* * *

»No —comprendí—, el demonio no se manifiesta con fines tan insignificantes. — Ignoro si me lo susurró el ser original que había en mí o si fue la voz viva de Ofelia hablando en mi corazón o la silenciosa percepción de mi propio ser, pero lo entendí—: Es la fuerza impersonal de todo el mal, que obrando de acuerdo con leyes tácitas de la naturaleza, conjurando cosas maravillosas, sólo lleva a cabo, en realidad, un infernal juego de manos a base de contrastes. Eso que lleva la máscara de Ofelia no es un ser sólido, sino una imagen mágica en la memoria del maestro tornero, que bajo ciertas condiciones metafísicas, cuyo curso y fundamento desconocemos, se ha hecho visible y tangible... quizá con el diabólico fin de ensanchar aún más el abismo que separa el reino de los muertos del de los vivos. El alma de la pobre e histérica costurera, aún no cristalizada en una forma de personalidad pura, ha surgido del cuerpo de la médium como una masa magnética plásticamente moldeable y formado la careta con la que la nostalgia del viejo maestro tornero creó ese fantasma. La cabeza de medusa, símbolo del poder petrificado de la caída en suspenso, actúa aquí en miniatura, llega bendiciendo como Cristo a los pobres y se introduce como un ladrón nocturno en las cabañas de los hombres».

Alzo la mirada: el fantasma ha desaparecido, la costurera jadea, mis manos aún están sobre la mesa; los demás las han enlazado. Mutschelknaus se inclina hacia mí y susurra:

—No digas que era mi hija Ofelia; nadie debe saber que ha muerto; sólo saben que ha sido la aparición de un ser del Paraíso que me profesa cariño.

Como un comentario sobre mis consideraciones, la voz del hombre de cabellos largos dice solemnemente, dirigiéndose a mí con la severidad de un profesor:

—¡Póstrese de rodillas y dé las gracias a Pitágoras, joven! ¡A instancias del señor Mutschelknaus, me he dirigido a él a través de la médium para que le permitiera a usted asistir a nuestra sesión y curarse así de sus dudas! La estrella espiritual Fixtus se ha disuelto en el universo y vuela hacia nosotros. La resurrección de todos los muertos está cerca. Los primeros heraldos ya están en camino. Los espíritus de los difuntos vagarán entre nosotros como nuestros semejantes y las fieras volverán a comer hierba como en otro tiempo en el jardín del Edén. ¿No es así? ¿Acaso no lo ha dicho Pitágoras?

La mujer gorda traga saliva y asiente con la cabeza.

—Joven, ¡renuncie a la vanidad del mundo! He peregrinado por toda Europa — indica sus sandalias— y puedo decirle que no hay una sola calle, ni siquiera en el pueblo

más pequeño, donde actualmente no haya espiritistas. El movimiento no tardará en invadir todo el mundo como una marea viva. El poder de la Iglesia católica ha sido vencido, porque el Salvador viene con su propia forma.

Mutschelknaus y la mujer gorda asienten, arrobados; han oído en las palabras un alegre mensaje que promete satisfacer sus anhelos; para mí, en cambio, profetizan la llegada de una época terrible.

Del mismo modo que antes he visto la cabeza de medusa en los ojos del fantasma, oigo ahora su voz de boca del hombre de cabellos largos; tanto una como otra disfrazadas con la máscara de la sublimidad. La que habla es la lengua bífida de una víbora de las tinieblas. Habla del Salvador y se refiere a Satanás. Dice: «¡Las fieras volverán a comer hierba!» Y con la hierba se refiere a los ingenuos —la gran mayoría—, y con las fieras, a los demonios de la desesperación.

¡Lo tremendo de la profecía es... —lo intuyo— que se cumplirá! ¡Lo más terrible es que está compuesta de verdad y de perfidia infernal! Las máscaras vacías de los muertos resucitarán, ¡pero no los amados, los difuntos por quienes lloran los seres de la tierra! Aparecerán bailando entre los vivos, pero no será el inicio del reino de los mil años, ¡sino un baile del infierno, una espera bulliciosa y satánica del canto del gallo de un Miércoles de Ceniza espeluznante y cósmico que jamás tendrá fin!

«¿Comenzará ya hoy la época de desesperación para el anciano y los otros que se encuentran aquí? —Oigo sonar con mudo sarcasmo la voz de la medusa—. ¡No quiero coartarte, Christopher! ¡Habla! ¡Diles, tú que crees haber escapado de mi poder, diles que me has visto en las pupilas del fantasma, que he salido de los gérmenes cancerosos del alma en descomposición de esa costurera! ¡Diles todo lo que sabes! ¡Yo lo corroboraré para que te crean!

»A mí me parece bien que cumplas con el deber de mis servidores. ¡Sé un heraldo del gran dominico blanco que ha de traer la verdad, como espera el bueno de tu antepasado! ¡Limitate a ser un servidor de la maravillosa verdad; ayudaré con gusto a tu crucifixión! Sé valiente y diles la verdad; ¡ya me alegro de ver lo “liberados” que van a sentirse!»

* * *

Los tres espiritistas me miran con expectación, esperando que responda al hombre de cabellos largos. Recuerdo el punto de la carta de Ofelia donde me pide que ayude a su padre adoptivo y titubeo: ¿debo decir lo que sé? Una mirada a los ojos brillantes de felicidad del anciano me quita los ánimos. Permanezco mudo. Lo que he sabido hasta ahora con mi flaco entendimiento, como «saben» los seres humanos, revoluciona ahora toda mi alma: la candente revelación de que el tremendo abismo que divide toda la naturaleza no se limita a la tierra, sino que la lucha entre el amor y el odio, la grieta entre el cielo y el infierno llega hasta el mundo de los difuntos, mucho más allá de la tumba.

Intuyo que los muertos sólo encuentran el auténtico reposo en los corazones de los resucitados en espíritu; sólo allí hay descanso y refugio para ellos; cuando los corazones de los hombres duermen, también duermen los muertos en su interior; cuando los corazones se despiertan, los muertos también cobran vida y participan del mundo de los

vivos, sin estar sujetos a los sufrimientos propios de la existencia terrenal.

Me domina una sensación de impotencia y total indefensión al pensar: ¿qué debo hacer ahora, cuando está en mi mano callar o hablar? ¿Qué deberé hacer más adelante, como hombre maduro, tal vez como hombre consumado, mágicamente consumado? Presiento con certeza que está a punto de llegar el tiempo en que la enseñanza del mediumnismo se extenderá entre los hombres como una plaga. Lo imagino: «El abismo de la desesperación se tragará a los seres humanos cuando, tras un breve delirio de felicidad, vean que los muertos, salidos de las sepulturas, mienten, mienten, mienten de modo más escandaloso que cualquier otra criatura de la tierra... ¡Son fantasmas demoníacos, son embriones nacidos de una especie infernal!

»¿Qué profeta será entonces lo bastante grande y fuerte para detener semejante fin espiritual del mundo...?»

* * *

Súbitamente, en medio de mi mudo soliloquio, sufro una experiencia singular: es como si mis dos manos, que continúan inactivas sobre la mesa, fuesen agarradas por seres a los que no puedo ver; siento que se ha formado una nueva cadena magnética... parecida a la del comienzo de la sesión, sólo que ahora yo soy el único participante vivo.

La costurera, todavía en el suelo, se levanta y viene a la mesa; su rostro es sereno, como si se hallara en estado de plena conciencia.

—¡Es Pita... es Pitágoras! —tartamudea el hombre de cabellos largos, pero en el tono vacilante de su voz se advierte la duda; el aspecto normal y tranquilo de la médium parece sumirle en la perplejidad.

La costurera me mira con fijeza y dice con una voz profunda como la de un hombre:

—¡Tú sabes que no soy Pitágoras!

Una rápida mirada a mi alrededor me revela que los demás no oyen lo que dice; la expresión de sus semblantes es ausente. La costurera asiente, confirmándolo:

—¡Sólo te hablo a ti, los oídos de los otros están sordos! Darse las manos es un proceso mágico; cuando se enlazan manos que aún no están vivas espiritualmente, el reino de la cabeza de medusa surge del pasado y las profundidades vomitan las larvas de los muertos; pero la cadena de manos vivas es el muro de protección que ampara el tesoro de la luz superior: los servidores de la cabeza de medusa son nuestros instrumentos, pero ellos no lo saben; creen que destruyen, pero de hecho crean el espacio del futuro; como gusanos que comen carroña, roen el cadáver de la ideología materialista, cuyo olor a descomposición pudriría la tierra, de no ser por ellos; ¡esperan el amanecer del día en que enviarán a los fantasmas de los muertos entre los seres humanos! Nosotros les dejamos hacer. Quieren crear un espacio vacío que se llama locura y desesperación extrema y que ha de devorar todo cuanto está vivo; ¡pero no conocen la ley del «cumplimiento»! Ignoran que del reino del espíritu sólo brota el manantial de la ayuda cuando existe la necesidad.

* * *

»Y esta necesidad la crean ellos mismos.

»Hacen más que nosotros: llaman a los nuevos profetas. Derriban viejas iglesias y no adivinan que llaman a las nuevas. Quieren devorar todo lo vivo y sólo devoran podredumbre. Quieren eliminar la esperanza humana en el más allá y sólo eliminan lo que debe caer. La vieja iglesia se ha ennegrecido y carece de luz, pero la sombra que proyecta hacia el futuro es blanca; la doctrina olvidada de la «separación del cadáver y la espada» será la base de la nueva religión y el instrumento del papa espiritual.

»No te preocupes de ése —la costurera indicó con la mirada al tornero, que tenía los ojos fijos en el vacío— y tampoco de sus semejantes; ningún hombre honrado camina hacia el abismo.

* * *

Pasé el resto de la noche en el banco del jardín, hasta que salió el sol, contento de saber: aquí, a mis pies, yace sólo la forma de mi amada; ella está despierta como mi corazón e inseparablemente unida a mí.

El alba asomaba tras el horizonte, nubes nocturnas pendían del cielo como pesadas cortinas negras sobre la tierra, manchas anaranjadas y violetas formaban una cara gigantesca cuyas facciones rígidas me recordaron a la cabeza de medusa; flotaba y acechaba, inmóvil, como si quisiera tragarse el sol. La imagen entera: un sudario del infierno con el rostro de Satanás en él.

Antes de que saliera el sol arranqué para ella, a guisa de saludo, una ramita del árbol de saúco y, a fin de que creciera y se convirtiera en otro árbol, lo enterré y sentí que con ello enriquecía el árbol de la vida.

Antes también de que apareciera el gran resplandor, los primeros heraldos de su luz eliminaron la cabeza de medusa; transformados en un inmenso rebaño de ovejas blancas, ahuyentaron a las oscuras y amenazadoras nubes del cielo radiante.

«Aquél debe crecer; yo, en cambio, desaparecer»

Con estas palabras de Juan el Bautista en los labios me desperté una mañana; para mí ha sido un lema de mi vida desde el día en que mi lengua le habló hasta que cumplí veintitrés años.

«Será un tipo raro como su padre —oí murmurar a los viejos cuando los encontraba en la ciudad—; cada mes que pasa está más chiflado». «Es un holgazán y roba los días a Dios Nuestro Señor —susurraban los diligentes— ¿Alguien le ha visto trabajar alguna vez?»

En años posteriores, cuando ya era un hombre, el rumor se había convertido en fama: «Echa el mal de ojo, evítadle; ¡su mirada trae desgracia!», y las viejas del mercado me señalaban con el «tenedor», separando el índice y el dedo medio para defenderse del «hechizo», o bien se santiguaban.

Después se dijo de mí que era un vampiro, vivo sólo en apariencia, que chupaba la sangre de los niños dormidos; y cuando encontraban dos puntos rojos en el cuello de un lactante, se difundía el chisme de que eran las huellas de mis colmillos. Muchos pretendían verme en sueños, mitad lobo, mitad hombre, y echaban a correr, gritando, cuando me veían por la calle. El lugar del jardín donde solía sentarme se consideraba embrujado y nadie se atrevía a usar el pasaje.

Una serie de extraños sucesos prestó a los rumores ciertos visos de realidad.

En una ocasión, al atardecer, un perro grande y muy peludo, con aspecto de animal carnicero al que nadie conocía, salió de casa de la costurera jorobada, y los niños de la calle gritaron: «¡El hombre lobo, el hombre lobo!»

Un hombre le asestó un hachazo en la cabeza y lo mató.

Casi por las mismas fechas me cayó encima una piedra del tejado, que me hirió en el cráneo, y cuando unos días después salí con una venda en la frente, dijeron que era un monstruo a quien se había transmitido la herida del hombre lobo.

Luego sucedió que un extraño, un vagabundo de los alrededores que pasaba por un perturbado mental, levantó los brazos hacia el cielo en pleno día y en medio de la plaza mayor, como horrorizado al verme doblar la esquina, contrajo el rostro como si hubiera visto al diablo y se desplomó en el suelo, muerto.

En otra ocasión unos guardias arrastraban por las calles a un hombre que se defendía con todas sus fuerzas y gemía:

— ¿Cómo puedo haber asesinado a alguien? ¡Si me he pasado el día en el granero!

Yo pasé casualmente por allí; el hombre me miró, se echó al suelo, me señaló y dijo:

— Soltadme, es ése. Ha resucitado.

«Todos han visto en ti la cabeza de medusa —me decía para mis adentros cada vez que ocurría algo parecido—; vive dentro de ti; los que la ven, mueren, y los que la

presienten, se horrorizan. Aquella vez viste lo mortífero, lo que causa la muerte, que habita en todos los hombres y también en ti, en las pupilas del fantasma. La muerte habita en los seres humanos y por eso no la ven; no son portadores de “Cristo”; son portadores de la muerte, que los corroe desde dentro como un gusano. Quien la ha descubierto como tú, puede verla y entonces se convierte en su “contrapartida”, se enfrenta a ella».

Y en efecto: la tierra fue para mí en lo sucesivo, año tras año, un valle de la muerte cada vez más tenebroso. Adondequiera que mirase, por doquier me rodeaba en forma, en palabra, en sonido y en gesto, como una influencia siempre cambiante, la espantosa dueña del mundo: la medusa de semblante hermoso y al mismo tiempo tan cruel.

«La vida terrenal es el continuo y doloroso parto de una muerte que renace a cada segundo —tal era el conocimiento que no me abandonaba ni de día ni de noche—; la vida sólo sirve para revelar a la muerte»: así, cada pensamiento mío se había convertido en lo contrario de toda creencia humana.

Querer vivir se me antojaba un robo perpetrado contra mi otro yo y el «no poder morir», la fuerza hipnótica de la medusa: «Quiero que continúes siendo un ladrón, un bandido y un asesino y que como tales camines por la tierra». La frase del Evangelio: «Quien ama a su vida, la perderá, quien la odia, la conservará», empezó a emerger para mí, luminosa, de la oscuridad; comprendí el sentido: ¡aquel que debe crecer es el antepasado; yo, en cambio, debo desaparecer!

Cuando el vagabundo cayó muerto en la plaza mayor y sus facciones empezaron a quedarse rígidas, yo estaba entre la multitud que se apiñaba en torno a él y tenía la inquietante sensación de que su fuerza vital penetraba en mi cuerpo como un hálito de lluvia refrescante.

Como si fuera en realidad un chupador de sangre, un vampiro, me escabullí, sintiéndome culpable y llevando conmigo la horrible conciencia de que mi cuerpo se mantiene con vida robando vidas ajenas... es un cadáver errante que roba su derecho a la tumba; y si no me pudro vivo como *Lázaro*, es sólo porque lo impide el extraño frío de mi corazón y de mis sentidos.

Transcurrieron los años; casi puedo decir que sólo lo noté porque los cabellos de mi padre encanecían cada vez más y su figura se iba tornando más senil y encorvada. A fin de no dar a la gente motivos de superstición, cada día salía menos a la calle, hasta que llegó la época en que permanecí años enteros en mi casa y ni siquiera bajaba al banco del jardín. Lo había subido conmigo en espíritu hasta mi habitación y, sentado en él durante horas, me dejaba invadir por la proximidad de Ofelia. Eran los únicos momentos en que el reino de la muerte no podía hacerme nada.

Mi padre se había vuelto muy callado; a menudo transcurrían semanas sin que intercambiáramos una sola palabra, salvo el saludo matutino y el vespertino. Casi habíamos perdido la costumbre de hablar, pero, como si el pensamiento se fuese abriendo a nuevas vías de comunicación, cada uno adivinaba siempre los deseos del otro. A veces era yo quien le alargaba un objeto, otras cogía él un libro de la mesa, lo hojeaba y me lo daba y casi siempre yo lo encontraba abierto en el punto que me había estado ocupando interiormente.

Veía en su rostro que su dicha era completa; a veces me miraba durante largo rato

con expresión de una satisfacción total. A menudo sabíamos ambos con exactitud que muchas veces nuestros pensamientos corrían paralelos durante una hora entera; espiritualmente avanzábamos, por así decirlo, a un compás tan perfecto, que al final los pensamientos mudos se convirtieron en palabras. Sin embargo, no era como antes, cuando «las palabras llegaban demasiado pronto o demasiado tarde, pero nunca en el momento justo», sino más bien la continuación de un proceso mental y ya no un tantear el camino o un intento de exordio.

Tales momentos permanecen tan vivos en mi recuerdo que puedo evocar, cuando pienso en aquellos minutos, todo el entorno en sus menores detalles.

Así, mientras escribo esto, vuelvo a oír la voz de mi padre palabra por palabra, sonido por sonido, cuando un día me dijo, mientras yo meditaba sobre cuál podía ser el objeto de mi singular muerte ficticia:

— Todos hemos de quedarnos fríos, hijo mío, pero en la mayor parte de los casos no sucede nunca en vida y ha de resolverlo la muerte. Morir no significa siempre lo mismo.

»En muchos seres mueren tantas cosas a la hora de la muerte, que casi puede decirse: ya no queda nada. De algunos hombres sólo quedan las obras que han realizado en la tierra: su gloria y sus méritos continúan vivos una temporada y, en cierto sentido, y muy raramente, incluso su forma, ya que se les erigen estatuas. En esto el bien y el mal desempeñan un papel muy exiguo, puesto que los grandes destructores, como Nerón o Napoleón, también tienen sus monumentos.

»Sólo se consideran las cualidades sobresalientes de los difuntos. Sobre los suicidas o personas que han muerto de forma violenta, afirman los espiritistas que permanecen ligados a la tierra por un tiempo determinado; yo me inclino más bien a creer que no son sus fantasmas los que se hacen visibles y tangibles en las sesiones con médiums o en las casas embrujadas, sino sus contrafiguras, junto con ciertos efectos concomitantes de su muerte; algo así como si la atmósfera magnética del lugar hubiera conservado los sucesos y los liberase de vez en cuando.

«Muchos monumentos en los lugares de citaciones de muertos de la Grecia antigua, las de Tiresias, por ejemplo, dan fe de que es así.

»La hora de la muerte es sólo el momento de una catástrofe en la que es arrastrado como por un ciclón todo aquello que en el hombre no ha podido ser destruido durante su vida. También puede decirse: el gusano de la destrucción roe primero los órganos menos importantes; esto es envejecer; cuando el gusano encuentra el puntal de la vida, la casa se desmorona. Éste es el curso normal.

»Tal será mi fin, porque mi cuerpo contiene demasiados elementos cuya transformación alquimista estuvo más allá de mis fuerzas. Si tú no existieras, hijo mío, tendría que volver para terminar en una nueva vida terrenal el trabajo interrumpido.

»Está escrito en los libros de la sabiduría de Oriente: «¿Has engendrado un hijo, plantado un árbol y escrito un libro? Sólo entonces podrás iniciar la “gran obra”».

»Con objeto de evitar el regreso, los sacerdotes y reyes del antiguo Egipto hicieron embalsamar sus cuerpos; querían impedir que la herencia de sus células recayera de nuevo en ellos y los obligara a volver a la tierra para emprender un nuevo trabajo.

»Los talentos terrenales, los defectos y debilidades, la sabiduría y las dotes

intelectuales son cualidades de la forma corporal y no del alma. Por mi parte, yo he heredado como última rama de nuestra estirpe las células corporales de mis antepasados; han pasado de generación en generación y, por último, a mí. Adivino que ahora piensas, hijo mío: ¿cómo puede ser esto? ¿Cómo pueden las células corporales del abuelo pasar al padre si no ha muerto el procreador antes del nacimiento de los descendientes? La herencia de las «células» se produce de un modo distinto; no tiene lugar simultáneamente con la procreación o el nacimiento y tampoco, dicho de modo más sencillo, como si se virtiera agua de un recipiente a otro. La personalidad individual determinada, o la cristalización de las células en torno a un punto central, se hereda, y esta herencia tampoco tiene lugar de repente, sino de manera paulatina. ¿No te has fijado nunca (se trata de un hecho cómico que induce a muchas risas) en que los solterones que tienen un perro favorito le transmiten con el tiempo sus facciones? Se trata de un traslado astral de las «células» de un cuerpo al otro: uno graba en lo que ama el sello del propio ser. Los animales domésticos son tan inteligentes porque las células humanas pasan a ellos. Cuanto más íntimamente se aman las personas, tanto mayor es la cantidad de «células» que intercambian entre sí y tanto más estrechamente se funden la una en la otra, hasta que después de miles de millones de años se alcance el estado ideal, toda la humanidad fundida en un ser único, compuesto de innumerables individuos. El mismo día en que murió tu abuelo me convertí como único hijo en el último heredero de nuestra estirpe.

»No pude llorarle ni una hora, ¡tan vivamente me penetró todo su ser! Esto parecerá terrible a los profanos, pero puedo decir que sentí formalmente cómo su cuerpo se pudría día tras día en la tumba sin considerarlo espantoso o repugnante; su descomposición significaba para mí la liberación de fuerzas encadenadas, que pasaban a mi sangre como oleadas de éter.

»Si tú no existieras, Christopher, tendría que regresar hasta que la «Providencia» (si es que puedo emplear esta palabra) dispusiera que ya poseía tu misma aptitud: la de ser una copa en lugar de una rama.

»Tú, hijo mío, heredarás a la hora de mi muerte las últimas células de mi forma que yo no he podido terminar, y a ti te tocará alquimizarlas, espiritualizarlas, y con ellas a toda nuestra estirpe.

»En mí y en los abuelos no podía tener lugar la «separación del cadáver» porque la reina de la putrefacción no nos ha odiado tanto como te odia a ti. Solamente puede llevarse a cabo en aquellos a quienes la medusa odia y teme a la vez, tanto como te odia y teme a ti; ella misma realiza en él lo que desearía evitar. Cuando llegue la hora, se abalanzará sobre ti con una cólera tan ilimitada para quemar todos tus átomos, que destruirá en ti su propio reflejo, y de este modo se conseguirá lo que el ser humano no puede hacer nunca con sus propias fuerzas: matará a un pedazo de sí misma y a ti te dará la vida eterna; se convertirá en un alacrán que se clava el propio aguijón. Entonces tendrá lugar la gran transformación: ¡la vida ya no engendrará la muerte, sino que la muerte engendrará la vida!

»¡Ve con gran júbilo que tú, hijo mío, estás destinado a ser la copa de nuestra familia! Te has enfriado en la juventud, mientras todos los demás hemos permanecido calientes a pesar de la edad y los achaques. El impulso sexual (tanto si se manifiesta, como en la juventud, o si se oculta, como en la vejez) es la raíz de la muerte; eliminarlo es el vano

intento de los ascetas. Son como Sísifo, que sube incansable una gran piedra por la montaña y la ve caer una y otra vez al abismo desde la cumbre; quieren alcanzar el estado de frialdad sin el cual no existe el ser sobrehumano y huyen de la mujer; y, sin embargo, la mujer es la única que puede ayudarlos. Lo femenino, que aquí en la tierra está separado del hombre, tiene que penetrar en él, fundirse con él; sólo entonces se calmará el ansia de la carne. Cuando estos dos polos se cubran mutuamente, se cerrará la unión (el anillo), volverá el frío que subsiste por sí mismo, el frío mágico que anula las leyes de la tierra, que ya no es lo contrario del calor, que está más allá del ardor y la escarcha, y del cual brota, como de la nada, todo cuanto el poder del espíritu puede hacer creer.

»El instinto sexual es el yugo ante el carro triunfal de la medusa, al que estamos enjaezados. Todos los viejos nos hemos casado, pero ninguno se ha «unido»; tú no te has casado, pero eres el único que está «unido»; por eso te has vuelto frío y nosotros tuvimos que permanecer calientes.

»¿Comprendes lo que quiero decir, Christopher?

Me levanté de un salto y así con ambas manos la mano de mi padre; el destello de sus ojos me dijo: lo sé.

* * *

Llegó la fiesta de la Asunción; es el día en que me encontraron recién nacido en el umbral de las puertas de la iglesia hace treinta y dos años.

De nuevo, como cuando estuve febril después del paseo en bote con Ofelia, oí por la noche abrirse las puertas de la casa y, mientras escuchaba, reconocí los pasos de mi padre, que subía y entraba en su habitación.

Llegó hasta mí el olor de cirios encendidos y de laurel quemado. Alrededor de una hora después, su voz pronunció quedamente mi nombre.

Corrí a su aposento, presa de una singular inquietud, y vi por las arrugas profundas y marcadas de sus mejillas y por la palidez de su rostro que había llegado la hora de su muerte.

Se mantenía muy erguido, pero con la espalda apoyada en la pared, para no caerse.

Su aspecto era tan extraño que por un segundo creí que tenía ante mí a otra persona.

Iba envuelto en una capa larga hasta el suelo; de una cadena de oro que le ceñía la cintura pendía una espada desenvainada.

Adiviné que las había traído consigo desde la planta baja de la casa.

La mesa estaba cubierta por un lienzo blanco como la nieve, pero sobre ella sólo había varios candelabros de plata con velas encendidas y un incensario.

Vi que se tambaleaba y luchaba contra el estertor de su aliento; quise acercarme de un salto para sostenerle, pero él me lo impidió, extendiendo los brazos:

— ¿La oyes venir, Christopher?

Escuché, pero todo permanecía en silencio.

— ¿Ves cómo se abre la puerta, Christopher?

Miré hacia allí, pero seguía cerrada para mis ojos.

Nuevamente pareció que iba a caerse, pero se enderezó otra vez y en sus ojos

apareció un brillo que yo nunca había visto.

—¡Christopher! —gritó de repente, con una voz tan estentorea, que me atravesó el corazón—. ¡Christopher! Mi misión ha terminado. Te he criado y protegido como me ordenaron. ¡Acércate a mí, quiero darte la señal! —Me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos de un modo singular—. Así —continuó en voz baja, y oí que su aliento volvía a cortarse— permanecen unidos los eslabones de la gran cadena invisible; sin ellos puedes hacer muy poco; en cambio, si estás enlazado, nada podrá resistirse a ti, porque hasta los espacios más remotos del universo irán a ayudarte las fuerzas de nuestra Orden. Escúchame: ¡desconfía de todas las formas que se te aparezcan en el reino de la magia! Las fuerzas de las tinieblas saben simular todas las formas, incluso la de nuestro maestro; también son capaces de imitar exteriormente el apretón que acabo de enseñarte con el fin de lograr que te extravíes, pero hay algo que no pueden hacer: permanecer invisibles. Si intentaran incorporarse como invisibles a nuestra cadena, ¡se desintegrarían en átomos! —Repitió la señal de la mano—. ¡Fíjate bien en el apretón! Si se te acerca una aparición del otro mundo y tú llegas a pensar que soy yo, ¡exige siempre el apretón! El mundo de la magia está lleno de peligros.

Las últimas palabras fueron ahogadas por un estertor, un velo cubrió la mirada de mi padre y dejó caer la barbilla sobre el pecho.

Entonces su aliento se interrumpió de improviso; le recogí en mis brazos, le llevé con cuidado hasta su lecho y velé su cadáver hasta que salió el sol, con su mano derecha en la mía y los dedos entrelazados en el «apretón» que me había enseñado.

* * *

Encontré sobre la mesa un pedazo de papel en el que estaba escrito: «¡Haz enterrar mi cadáver con uniforme de gala y espada, al lado de mi amada esposa! El capellán debe ofrecerme una misa. No para mí, ya que vivo, sino para su tranquilidad: ha sido un amigo solícito y fiel».

Tomé la espada y la contemplé largo rato. Era de hematita roja, la llamada «piedra de sangre» que suele verse en los sellos, un trabajo asiático, al parecer, y muy antiguo. La empuñadura, rojiza y mate, imitaba con gran arte el torso de un hombre. Los brazos levantados y medio extendidos formaban los guardamanos y la cabeza era el pomo. El rostro tenía facciones inconfundiblemente mongólicas y era el de un hombre muy viejo con barba larga y rala, como se ven en los grabados de santos chinos. En la cabeza llevaba una orejera de forma muy singular. Las piernas, sólo insinuadas por el buril, se prolongaban hasta la hoja, pulida y brillante. Todo había sido fundido o forjado de una sola pieza.

Tuve una sensación indescriptible mientras la sostenía en la mano, la sensación de que emanaban de ella corrientes de vida.

Lleno de temor y respeto, volví a colocarla junto al cadáver.

«Quizá es una de aquellas espadas sobre las cuales asegura la leyenda que un día fueron hombres», me dije.

Salve, reina de misericordia

De nuevo han transcurrido meses.

Hace tiempo que enmudecieron los rumores maliciosos sobre mi persona; la gente de la ciudad me considera al parecer un forastero; apenas se fija en mí, tantos fueron los años que viví como un ermitaño al lado de mi padre allí arriba, bajo el tejado, sin ningún contacto con nadie.

Cuando evoco aquel tiempo, apenas puedo creer que viviera realmente encerrado y aislado entre cuatro paredes mientras pasaba de la adolescencia a la madurez.

Por ciertos pormenores, como el hecho de que debí procurarme en la ciudad trajes y zapatos nuevos, ropa interior y cosas similares, deduzco que mi muerte interior era lo bastante profunda para que los sucesos cotidianos no dejaran en mi conciencia ninguna huella de su paso.

Cuando a la mañana siguiente a la muerte de mi padre salí a la calle —por primera vez, según creía—, a fin de realizar los preparativos necesarios para el entierro, me asombró ver lo cambiado que estaba todo: una verja de hierro forjado impedía el acceso a nuestro jardín; a través del enrejado vi un gran saúco donde en una ocasión había plantado arroz; el banco había desaparecido y en su lugar se alzaba, sobre una alta peana de mármol, la estatua dorada de la Virgen, cubierta de guirnaldas y flores.

No podía explicarme el motivo de estos cambios, pero me conmovió como un gran milagro que el lugar donde mi Ofelia yacía enterrada estuviese ahora adornado por una estatua de la Virgen María.

* * *

Cuando más tarde vi al capellán, apenas le reconocí, tanto parecía haber envejecido. Mi padre le había visitado de vez en cuando y siempre me transmitía saludos de su parte, pero yo no le veía desde hacía años.

También él se sorprendió mucho al verme; me observó, extrañado, y no podía creer que fuese yo.

—El anciano señor barón me pidió que no fuera a su casa —me explicó—; dijo que era necesario que usted permaneciera solo durante un determinado número de años. Yo he respetado fielmente su deseo, aun sin comprenderlo.

Me sentía como alguien que llega a su ciudad natal después de una larguísima ausencia; me cruzaba con hombres maduros a quienes había conocido de niños; veía caras serias donde antes viera sonrisas radiantes de juvenil alegría; bellas adolescentes se habían convertido en mujeres casadas llenas de preocupaciones.

No puedo decir que la sensación de letargo interior me hubiese abandonado; sólo se

le había añadido algo: un velo fino que me permitía ver el mundo circundante con ojos más humanos; me lo expliqué a mí mismo como el aliento de una fuerza vital animal, transmitida por mi padre como un legado.

Como si el capellán hubiese percibido instintivamente esta influencia, no tardó en sentir un gran afecto hacia mí y me visitaba a menudo al atardecer.

—Siempre que estoy cerca de usted —me decía—, tengo la impresión de encontrarme en compañía de mi viejo amigo.

A su debido tiempo me contó con detalle todo lo ocurrido en la ciudad durante aquellos años.

Evoco ahora una de esas ocasiones:

—¿Recuerda todavía, Christopher, que una vez me dijo cuando era niño que el dominico blanco había escuchado su confesión? Al principio pensé que tal vez se trataba de una fantasía, pues lo que me relató puso a prueba mi credulidad. Vacilé entre la duda y la suposición de que podía ser obra del diablo o un caso de posesión demoníaca, lo que mejor le parezca. Hoy, sin embargo, después de que hayan ocurrido cosas tan inauditas, sólo encuentro una explicación: ¡nuestra ciudad se halla en el umbral de una época de milagros!

—Pero ¿qué ha sucedido? —pregunté—. Como usted sabe, he pasado media vida como aislado del mundo.

El capellán reflexionó.

—Lo mejor será que me refiera directamente a las últimas épocas; de otro modo, no sabría cómo empezar. Pues bien, todo comenzó con que cada día había más personas que afirmaban haber visto con sus propios ojos durante el novilunio la sombra blanca que, según la leyenda, proyecta a veces nuestra iglesia. Yo desmentía el rumor siempre que podía, hasta que yo mismo (¡sí, yo mismo!) fui testigo ocular del hecho. Pero sigamos: hablar de este tema me trastorna siempre hasta lo más profundo de mi ser. En fin: ¡vi al mismísimo «dominicó»! Ahórreme la descripción; para mí fue la experiencia más sagrada que puedo imaginar.

—¿Considera al dominico un hombre dotado de poderes especiales o cree usted, reverencia, que es... algo así como un espíritu?

El capellán titubeó:

—Francamente, ¡no lo sé! Se me apareció con los ornamentos de un papa. Creo... sí, creo con firmeza que era un rostro radiante del futuro; tuve una visión del próximo gran papa, que se llamará *flos florum*. Se lo ruego, ¡no me pregunte nada más! Después cundió el rumor de que el maestro tornero Mutschelknaus, afligido por la desaparición de su hija, había perdido la razón. Me interesé por el asunto y quise consolarle, pero... fue él quien me consoló a mí. ¡Vi en seguida que tenía ante mí a un bienaventurado! Hoy día todos sabemos que hace milagros.

—¿El maestro tornero hace milagros? —pregunté, atónito.

—Pero ¿acaso ignora usted que nuestra pequeña ciudad está a punto de convertirse en un lugar de peregrinación? —exclamó, perplejo, el capellán—. ¡Hombre de Dios! ¿Ha dormido usted todo este tiempo como el monje de Heisterbach? ¿No ha visto abajo, en el jardín, la estatua de la Virgen?

—Sí, la he visto —respondí—; pero ¿qué relación tiene con esto? ¡Hasta ahora no he notado que acuda allí mucha gente en peregrinación!

—Esto se debe —explicó el capellán— a que ahora el viejo Mutschelknaus recorre el país curando a los enfermos sólo con sus manos. Una multitud le sigue; tal es el motivo de que estos días la ciudad aparezca como desierta. Mañana, fiesta de la Virgen, estará aquí.

—¿No le ha contado nunca que asiste a sesiones espiritistas? —pregunté con cautela.

—Sólo fue espiritista al principio; ahora se mantiene alejado de ello. Creo que fue un período de transición para él. Por desgracia, la secta se ha difundido mucho. Digo «por desgracia», y bien puedo decirlo, pues ¡qué equivocadas están las enseñanzas de esa gente frente a las de la Iglesia! Por otra parte, me pregunto: ¿qué es mejor, la peste del materialismo, que hace estragos entre los hombres, o este credo fanático que de repente surge del suelo y amenaza con tragárselo todo? Nos encontramos ciertamente entre Escila y Caribdis.

El capellán me dirigió una mirada inquisitiva, como si esperase una respuesta, pero yo callé... Tenía que pensar de nuevo en la cabeza de medusa.

—Un día vinieron a buscarme a la rectoría —prosiguió—. «¡El viejo Mutschelknaus va por las calles; ha resucitado a un muerto!», gritaban todos, muy excitados. Se había producido un suceso singular en extremo. El carruaje fúnebre cruzaba la ciudad cuando el anciano ordenó al cochero que se detuviera. «¡Baja el ataúd!», mandó con voz sonora. Como dominados por una sugestión, los hombres obedecieron sin protesta. Entonces desenroscó él mismo los tornillos de la tapa. Dentro yacía el cadáver del lisiado a quien usted ya conoce, el que corría de niño con sus muletas al frente de las comitivas nupciales. El viejo se inclinó sobre él y dijo, como en otro tiempo Jesús: «¡Levántate y anda!» Y...y... —el capellán sollozó, presa de una profunda emoción— ¡Y el lisiado se despertó del sueño de la muerte! Pregunté entonces al viejo Mutschelknaus cómo se había desarrollado todo. Debe usted saber, Christopher, que es casi imposible obtener una respuesta de él; se halla en un estado de éxtasis casi ininterrumpido que se intensifica a medida que pasan los meses. Ahora ya no responde nunca a las preguntas.

»Entonces todavía me fue posible sonsacarle algo. «Se me ha aparecido la Madre de Dios —contestó, ante mi insistencia—; ha surgido de la tierra, delante del banco del jardín, donde se levanta el saúco». Y cuando le insté a que me describiera el aspecto de la Virgen, me dijo con una sonrisa beatífica: «Era exactamente igual que mi Ofelia». «¿Y cómo se le ocurrió mandar que detuvieran el carruaje fúnebre, querido Mutschelknaus? —seguí indagando—. ¿Acaso se lo ordenó la Madre de Dios?» «No, sabía que el lisiado sólo aparentaba estar muerto». «¿Cómo podía saberlo? ¡Ni siquiera el médico lo sabía!» «Lo supe porque una vez yo estuve a punto de ser enterrado vivo», fue la insólita respuesta del anciano: no pude hacerle comprender la falta de lógica de su explicación. «Lo que uno ha vivido por sí mismo, sabe advertirlo en los demás. El hecho de que en mi infancia hubiesen querido enterrarme vivo fue una gracia que me concedió la Virgen María, pues de otro modo nunca habría sabido que el lisiado sólo parecía muerto», repitió en todas las variantes posibles, pero sin llegar nunca al punto esencial de la cuestión, cuando yo pretendía averiguar algo más concreto; hablábamos sin entendernos.

—¿Y qué fue del lisiado? —pregunté al capellán—. ¿Vive todavía?

—No, esto es lo extraño... La muerte le sorprendió en aquel mismo instante. A causa de los gritos de la multitud, un caballo del carruaje se asustó, galopó por la plaza mayor e hizo caer al suelo al lisiado, que se rompió la columna vertebral.

El capellán me habló de muchas otras curaciones notables del maestro tornero; describió con locuaces palabras cómo se propagó por todo el país la noticia de la aparición de la Virgen, a pesar del escarnio y las burlas de los llamados esclarecidos, cómo surgieron piadosas leyendas y cómo el saúco del jardín había terminado por convertirse en el punto central de todos los milagros.

Centenares habían sanado después de tocarlo y millares de apóstatas se arrepintieron y recuperaron la fe.

Ahora yo le escuchaba sólo a medias; tenía la impresión de ver a través de una lupa las minúsculas pero todopoderosas ruedas motrices de los sucesos espirituales del mundo. El lisiado, devuelto a la vida gracias a un milagro y restituido a la muerte en el mismo momento... ¿no era una clara señal de que aquí había intervenido una fuerza ciega, también ella mutilada y, no obstante, asombrosamente efectiva? ¡Y luego, la sentencia del maestro tornero! Infantil e ilógica en apariencia, pero que contenía, si se consideraba con profundidad, un abismo de sabiduría. Y de qué manera tan sabia y maravillosamente sencilla había escapado el anciano de las trampas de la medusa (los fuegos fatuos del espiritismo): Ofelia, la imagen ideal a la que ha entregado toda su alma, ¿se convierte para él en la santa dispensadora de gracias, en una parte de sí mismo que le recompensa mil veces de todas las ofensas, hace milagros, le sube consigo al cielo y se le aparece como la divinidad! ¡El alma como recompensa de sí misma! La pureza del corazón conduce a la sobrehumanidad y posee todas las virtudes curativas. Y su fe viva, convertida en forma, se transmite como un contagio espiritual incluso a las criaturas mudas del reino de las plantas: el saúco sana a los enfermos. Sin embargo, aún quedan algunos enigmas cuya solución sólo puedo intuir: ¿por qué es el lugar donde descansan los restos de Ofelia, y no cualquier otro, el origen de la fuerza? ¿Por qué ha sido elegido precisamente el árbol que yo planté con el íntimo deseo de enriquecer el mundo de la vida, punto central de los sucesos ultraterrenales? No me cabía la menor duda de que la transformación de Ofelia en Madre de Dios debía haberse producido del mismo modo mágicamente regular que en otro tiempo durante la sesión espiritista. ¿Qué ha sido, sin embargo, de la mortífera influencia de la *cabeza* de medusa? ¿Acaso eran Satanás y Dios, desde el punto de vista filosófico y al final de todas las verdades y paradojas, un solo ser... destructor y creador al mismo tiempo?

—¿Considera usted posible, reverencia, desde su punto de vista como sacerdote católico, que el demonio adopte la forma de una persona santa, como Jesús o María, por ejemplo?

El capellán me miró fijamente unos segundos y luego se tapó las orejas con las palmas de las manos y gritó:

—¡Basta, Christopher! Esta pregunta le ha sido inspirada por el espíritu de su padre. ¡Déjeme con mi fe! Soy demasiado viejo para soportar semejantes trastornos. Quiero poder morir tranquilo con la fe en la divinidad de los milagros que he visto y tocado. No, le contesto, no y otra vez no: por muchas que sean las formas que pueda asumir el

demonio... ¡tiene que detenerse ante la Virgen y ante el Hijo de Dios!

Asentí y guardé silencio; la boca se me había cerrado, como aquella vez durante la «sesión», cuando oí en mi interior las palabras burlonas de la cabeza de medusa: «¡Vamos, díles todo lo que sabes!» Sí, necesitamos a un gran caudillo futuro que sea dueño consumado de la palabra y sepa usarla para descubrir la verdad, sin matar a los que la oigan: de otro modo, todas las religiones seguirán siendo un lisiado muerto en apariencia... presiento yo.

* * *

¡A la mañana siguiente me despertaron al amanecer las campanas de las torres! Y oí un ahogado canto coral, cada vez más cercano, en el que vibraba una enorme emoción contenida:

«¡María, bendita seas entre todas las mujeres!»

Un misterioso zumbido hizo retemblar las paredes de la casa, como si las piedras cobraran vida y, a su manera, empezaran a sumarse al coro.

Antes había sido el murmullo del torno lo que invadía el pasaje; ahora, el esfuerzo del trabajo ha desaparecido y en la tierra se despierta como un eco el himno de la Madre de Dios, me dije para mis adentros mientras bajaba las escaleras.

Me detuve en el umbral y vi pasar ante mí por la angosta callejuela, precedida por el viejo Mutschelknaus, una densa multitud vestida de fiesta y cargada con verdaderas montañas de flores.

— ¡Santa María, ruega por nosotros!

— ¡Salve, reina de Misericordia!

El anciano iba descalzo y con la cabeza descubierta y llevaba el hábito de un monje peregrino, blanco en otro tiempo y ahora raído y lleno de manchas; su paso era inseguro y vacilante como el de un ciego de edad muy avanzada. Su mirada me rozó y permaneció un segundo fija en mi rostro, pero no había en ella ni rastro de reconocimiento o recuerdo; el iris de sus ojos estaban paralelos, como si mirase a través de mí y de las paredes hacia las profundidades de otro mundo. Siguió caminando a paso lento, empujado, según me pareció, por una fuerza invisible más que por el propio impulso, en dirección a la verja de hierro que rodeaba el jardín; la abrió y fue hacia la estatua de la Virgen María.

Me mezclé con la multitud que le seguía a respetuosa distancia, tímida y vacilante, y que se detuvo ante la verja. El cántico fue bajando de tono, pero adquiriendo una emoción que crecía de minuto en minuto. No tardó en ser una vibración de tonos sin palabras; una tensión indescriptible notaba en el aire.

Yo me había encaramado a un resalto del muro, desde donde podía verlo todo con detalle.

El anciano permaneció mucho rato inmóvil ante la estatua. Era un cuadro inquietante; me dominaba una singular sensación: ¿cuál de los dos será el primero en cobrar vida? Un temor sordo, parecido al que sintiera aquella vez durante la sesión espiritista, se apoderó de mí y de nuevo oí en mi corazón la voz de Ofelia: «¡Ten cuidado!»

En seguida vi temblar la barba blanca del anciano y adiviné por el movimiento de

sus labios que hablaba con la estatua. Entre la multitud que se apiñaba a mis espaldas reinaba un silencio sepulcral; incluso el cántico apagado enmudeció como obedeciendo a una señal convenida.

Un tenue y rítmico tintineo era el único sonido que aún podía oírse.

Busqué con los ojos el lugar de donde procedía: medio escondido en un hueco del muro, como si quisiera sustraerse a la mirada del maestro tornero, se hallaba un hombre viejo y grueso, con una corona de laurel sobre el cráneo calvo y una mano tapándole a medias la cara, mientras la otra estaba extendida, sosteniendo una lata grande. A su lado, con un vestido de seda negra, pintada hasta quedar irreconocible: la señora Aglaja.

La nariz de borrachín, informe y azulada, los ojos detrás de bolsas de grasa, apenas visibles... No cabía duda: era el actor París. Recaudaba dinero de los peregrinos y la señora Mutschelknaus le ayudaba a hacerlo; la vi inclinarse de vez en cuando con rapidez para espiar a su marido, como si temiera ser descubierta por él, y susurrar algo a los curiosos, que mecánicamente se llevaban la mano al bolsillo y, sin apartar la mirada de la estatua de la Virgen, echaban monedas en la lata.

Una violenta cólera se apoderó de mí y clavé los ojos en el rostro del comediante; poco después nuestras miradas se cruzaron y vi que, al reconocerme, bajaba la barbilla y sus facciones adquirirían un matiz grisáceo. Casi se le cayeron las monedas al suelo por el susto.

Lleno de repugnancia, desvié la vista.

—¡Se mueve! ¡Habla! ¡Santa María, ruega por nosotros! ¡Está hablando con él! ¡Mirad! ¡Mirad! ¡Inclina la cabeza! —se inició de repente un murmullo ronco, apenas inteligible por el pavor, que fue de boca en boca entre la muchedumbre.

—¡Mirad, mirad! ¡Otra vez!

Pensé que un grito único y ensordecedor afloraría de un momento a otro a los centenares de labios, aliviando la tremenda presión, pero todos permanecieron como paralizados; sólo percibí algún que otro balbuceo aislado: «¡Ruega por nosotros!» Temí que se desencadenara un tumulto, pero en vez de esto todos bajaron la cabeza. Querían postrarse de rodillas, pero estaban demasiado apiñados. Muchos habían cerrado los ojos, a punto de perder el conocimiento, pero no podían caerse y permanecían como anclados; su palidez les daba el aspecto de cadáveres que, derechos entre los vivos, esperasen un milagro que los despertara. La atmósfera se había vuelto tan magnética y sofocante que, cuando inspiraba aire, me sentía estrangulado por unas manos invisibles.

Un temblor me recorrió todo el cuerpo; fue como si la carne quisiera desprenderse de los huesos. Para no caerme de cabeza desde el resalto del muro, me agarré a la cornisa de una ventana. El anciano hablaba moviendo rápidamente los labios; podía verle con claridad; su rostro enflaquecido estaba iluminado por los rayos del sol matutino, que le prestaban un rubor juvenil. Entonces volvió a enmudecer de repente, como si hubiera oído una llamada; se quedó escuchando con la boca abierta y los ojos fijos en la estatua, y, después de asentir con el semblante transfigurado, contestó de prisa en voz baja y volvió a escuchar, levantando de vez en cuando los brazos, alegre y excitado. Cada vez que adelantaba la cabeza para escuchar, una especie de gorgoteo, que parecía más un estertor que un murmullo, se dejaba oír entre la multitud:

—¡Mira! ¡Mira! ¡Se mueve! ¡Ahora! ¡Mira! ¡Ha asentido con la cabeza!

Sin embargo, nadie se acercaba; más bien daba la impresión de que retrocedían, espantados, como impelidos por una corriente de aire.

Clavé la mirada en los labios del anciano porque quería leer sus palabras en ellos. Esperaba en secreto —no sabía por qué— oír o adivinar el nombre de Ofelia, pero siempre, una y otra vez, después de largas frases incomprensibles para mí, sus labios sólo formaban una palabra parecida a «María».

¡Sí! Me sacudió como un rayo: la estatua había sonreído e inclinado la cabeza.

¡No sólo ella, sino incluso su sombra sobre la arena clara había imitado el movimiento!

Me dije en vano que era una alucinación, que había trasladado involuntariamente a la estatua los movimientos del anciano, prestándole así una vida ficticia.

Desvié la vista, firmemente decidido a conservar mi lucidez; volví a mirar hacia allí y... ¡la estatua hablaba! ¡Se inclinaba hacia el viejo! ¡Ya no cabía la menor duda!

«Ten cuidado»... ¡De qué servía recordar con todas mis fuerzas aquel aviso interior! ¡De qué servía sentir claramente en mi corazón aquel Algo sin forma, queridísimo para mí, de lo cual sé que es la permanente proximidad de mi amada, que se rebela y quiere atreverse a todo y desafiar a la forma para poder ir delante de mí con los brazos protectores bien abiertos! Un torbellino magnético, más poderoso que toda mi voluntad, empezó a girar a mi alrededor: todo cuanto en religiosidad y piedad me fuera inculcado en la niñez y heredara mi sangre estalló en mi interior, célula tras célula; la tormenta espiritual desencadenada en mi cuerpo empezó a martillearme las rodillas: «¡Quiero que te postres y me adores!»

«Es la cabeza de medusa», me dije, pero sentí al mismo tiempo que toda mi razón se desmoronaba. Entonces opté por el último recurso: «¡No te resistas al mal!» Dejé de ofrecer resistencia y me sumí en el abismo de una total renunciación de la voluntad. Fui tan débil en aquel momento, que incluso mi cuerpo resultó afectado; mis manos dejaron de asirse y caí sobre las cabezas y los hombros de la muchedumbre.

Ignoro cómo volví a la puerta de mi casa. Los detalles de semejantes sucesos insólitos suelen escapar a nuestra percepción o pasan sin dejar ninguna huella en la memoria.

¡Debí de arrastrarme como una oruga por las cabezas de los apiñados peregrinos! Sólo sé que por fin me apoyé en el arco de la puerta, incapaz de moverme hacia adelante o hacia atrás, pero ya no podía ver la estatua y por ello estaba fuera del hechizo de su influencia: la corriente magnética de la multitud fluía por mi lado.

—¡A la iglesia! ¡A la iglesia! —corrió de boca en boca—. ¡A la iglesia! ¡María lo ha ordenado!

Y pronto se convirtió en el grito liberador de muchas voces, que alivió la tensión.

El hechizo fue menguando; paso a paso, lenta, como un gigantesco y fabuloso animal de cien patas que se desenrosca para liberar su cabeza, la multitud caminó hacia atrás por el pasaje.

Los últimos rodearon al anciano y pasaron muy cerca de mí, mientras le arrancaban trozos del hábito hasta dejarle casi desnudo, los besaban y se los guardaban como si fueran reliquias.

Cuando el pasaje quedó vacío, me dirigí hacia el saúco, pisando la alta alfombra de flores que cubría el suelo.

Quería tocar de nuevo el lugar donde reposaban los restos de mi amada. Presentía con claridad que era la última vez. «¿No es posible que vuelva a verte, Ofelia? ¡Sólo una vez más! —imploré en mi corazón—. ¡Querría ver de nuevo tu cara una sola vez!»

Una ráfaga de viento trajo desde la ciudad:

—Bendita seas, Reina de misericordia. —Involuntariamente, volví la cabeza.

Una luz de indescriptible claridad envolvía la estatua.

Durante una diminuta fracción de segundo, tan breve que en comparación con ella un latido del corazón me parece toda una vida, se convirtió en Ofelia y me sonrió, para brillar al sol inmediatamente después como el semblante dorado de la Virgen María, rígido e inmóvil.

Acababa de vislumbrar el presente eterno, que para los mortales sólo es una palabra vacía e incomprensible.

La resurrección de la espada

Las impresiones que recibí el día que fui a examinar la herencia de mi padre y de nuestros antepasados son inolvidables.

Inspeccioné piso tras piso: me parecía estar bajando de un siglo a otro hasta bien entrada la Edad Media. Muebles dispuestos artísticamente, cajones llenos de pañuelos de encaje; espejos empañados en resplandecientes marcos de oro en los cuales me veía a mí mismo de color verde lechoso, como un fantasma; retratos oscurecidos de hombres y mujeres ataviados con trajes antiguos, diferentes según las épocas, pero en todos los rostros cierto parecido de familia que a veces daba la sensación de disminuir, pasando del rubio al moreno, para volver de repente con toda la fuerza de su origen, como si el tronco hubiese recordado su esencia.

Cajitas doradas, adornadas con joyas, algunas de las cuales aún contenían restos de rapé, como si se hubieran usado la víspera; joyeros de nácar, zapatos de tacón forrados de seda ya raída, de formas extrañas, que me recordaban jóvenes figuras femeninas: las madres y esposas de nuestros abuelos; bastones con amarillentas incrustaciones de marfil; anillos con nuestras armas, muy estrechos, como para dedos infantiles, o tan anchos que daban la impresión de haber pertenecido a gigantes; ruelas cuya estopa, adelgazada por el tiempo, se deshacía bajo el aliento.

En muchos aposentos el fino polvo formaba una capa tan densa que me hundía en ella hasta los tobillos y se amontonaba en bolas cuando abría las puertas; mis pisadas sobre las alfombras ponían al descubierto la muestra de flores y caras de animales.

* * *

La contemplación de todas estas cosas me absorbió de tal modo que dediqué a ella semanas enteras, olvidando a veces por completo que aún vivían otros seres humanos en esta tierra.

En mi adolescencia había visitado durante una excursión escolar el pequeño museo de nuestra ciudad y todavía recuerdo nuestra apatía y cansancio al ver tantos objetos antiguos, extraños para nosotros. ¡Qué diferente era aquí! Cada cosa que sostenía en la mano quería relatarme algo; una vida propia emanaba de ella: era el pasado de mi propia sangre y representaba para mí una mezcla singular de pasado y presente. Personas cuyos huesos se pudrían en tumbas desde hacía tiempo habían vivido en estas habitaciones, iniciado su existencia como lactantes llorones y llegado a su fin con los estertores de la agonía, habían amado y llevado luto, reído y sollozado y tomado cariño a los objetos que ahora continuaban en el mismo lugar donde los habían dejado y que me susurraban en secreto cuando los tocaba. Había una rinconera de cristal con medallas en estuches de

terciopelo rojo, medallas de oro que aún conservaban el brillo y tenían grabados rostros de caballeros, medallas de plata ennegrecidas, como si hubieran muerto, todas colocadas en hilera y cada una provista de una pequeña placa cuya inscripción era borrosa e ilegible; una codicia lejana pero aún latente emanaba de ellas: «Colecciónanos, colecciónanos, queremos estar completas»; susurros que nunca había oído flotaban hacia mí, halagadores y suplicantes: «Consérvanos, te haremos feliz».

Una vieja butaca de brazos maravillosamente tallados, al parecer la dignidad y el descanso en persona, me invitaba a soñar en ella y me prometía: «Quiero contarte historias de tiempos pasados», y entonces, cuando me confié a ella, me atenazó una angustia silenciosa y senil, como si me hubiera sentado en la falda de la más negra inquietud; mis piernas se tornaron pesadas y rígidas, como si fuera un inválido confinado aquí desde hacía un siglo y ansioso de liberarse transformándose en su contrafigura.

A medida que penetraba en los aposentos situados más al fondo, la impresión se iba haciendo más tenebrosa, más grave y más austera. Mesas de roble, ásperas y resistentes; un hogar en vez de una delicada chimenea; paredes encaladas; platos de estaño; un herrumbroso guante de malla; jarras de barro; de nuevo un aposento con ventana enrejada; hojas de pergamino diseminadas y roídas por las ratas; retortas de arcilla, como las usadas por los alquimistas; un candil de hierro; redomas cuyos líquidos se habían solidificado: la habitación entera rebosante del aura sin consuelo de una vida humana hecha de frustradas esperanzas. El sótano, donde, según la crónica, debió de vivir nuestro antepasado, el farolero Christophorus Jocher, estaba cerrado con una pesada puerta de plomo. Imposible derribarla. Cuando hebe terminado mis investigaciones en nuestra casa y —como después de un largo viaje al reino del pasado— me retiré de nuevo a mi cuarto de estar, tuve la sensación de estar cargado hasta las yemas de los dedos de influencias magnéticas; los ambientes olvidados de los pisos inferiores me acompañaban como un corro de fantasmas para quienes se ha abierto la puerta del calabozo; deseos incumplidos durante la existencia de mis antepasados emergían a la luz del día, se despertaban y trataban de inquietarme asediándome a fuerza de ideas: «Haz esto, haz aquello; esto aún está incompleto, aquello se quedó a medio hacer; ¡no podré dormir hasta que tú lo termines por mí!» Una voz me susurraba: «Baja otra vez a las retortas; te diré cómo se hace el oro y cómo se prepara la piedra filosofal; ahora ya lo sé, antes no pude lograrlo porque morí demasiado pronto», y nuevamente percibo palabras tenues, cargadas de lágrimas, que parecen salir de una boca femenina: «Di a mi marido que siempre le amé, a pesar de todo; él no lo cree y ahora no me oye porque estoy muerta; ¡lo comprenderá si tú se lo dices!» «¡Venganza! ¡Persigue a su ralea! ¡Mátala! Te diré dónde se encuentra. ¡Piensa en mí! ¡Eres el heredero y tienes el deber de vengarme!», me silba al oído un aliento feroz y creo oír rechinar el guante de malla. «¡Vuelve a la vida! ¡Gózala! ¡Quiero contemplar de nuevo la tierra con tus ojos!», intenta aturdirme con su grito el inválido de la butaca.

Cuando los ahuyento de mi cerebro, los fantasmas parecen convertirse en jirones inconscientes de una vida impulsada por electricidad, que es absorbida por los objetos de la habitación: dentro de los armarios suenan crujidos fantasmales; un cuaderno que hay sobre la mesa empieza a susurrar; el entarimado crepita como si lo pisaran unos pies; unas tijeras se caen de la mesa y una de sus puntas queda clavada en el suelo, como si quisiera

imitar a una bailarina puesta de puntillas.

Camino de un lado a otro, lleno de inquietud. «Es la herencia de los muertos», pienso; enciendo la lámpara, porque ya es noche cerrada y la oscuridad agudiza demasiado mis sentidos; los fantasmas son como murciélagos: «La luz los alejará; ¡no conviene que continúen saqueándome la conciencia!»

He escuchado en silencio los deseos de los muertos, pero la inquietud de la herencia fantasmal no quiere dejar en paz mis nervios.

Para distraerme, rebusco en un armario: me viene a las manos un juguete que mi padre me regaló un año por Navidad: una caja con tapa y fondo de cristal; contiene figuras de madera de saúco, un hombre, una mujer y una serpiente; si se pasa un trozo de cuero por el cristal, se electrizan, se juntan y separan, brincan, tan pronto están arriba como abajo, y la serpiente se alegra y se enrosca de las maneras más extrañas. «También esos de ahí dentro creen que están vivos —pienso—, ¡y no obstante, es sólo la energía única lo que les presta movimiento!» Sin embargo, no se me ocurre aplicarme el ejemplo a mí mismo: me domina de pronto un espíritu de acción que no me inspira ninguna desconfianza; el impulso vital de los muertos se aproxima bajo otra máscara.

«¡Actos, actos, se necesitan actos! —presiento—. ¡Sí, eso es! No lo que, egoístamente, querían los antepasados que sucediera —intenté convencerme a mí mismo—. ¡No, debo hacer algo mucho más grande!»

Ha dormitado en mí como un germen y ahora estalla, grano tras grano: ¡tienes que salir a la vida y llevar a cabo actos para la humanidad, de la cual eres una parte! ¡Sé una espada en la lucha común contra la cabeza de medusa!

En el aposento reina un bochorno insoportable; abro la ventana de par en par: el cielo se ha convertido en un tejado de plomo, impenetrable, de un tono gris negruzco. Lejos, en el horizonte, está relampagueando. Gracias a Dios que se prepara una tormenta. Hace meses que no cae una gota de lluvia, las praderas se han secado, durante el día resuena en los bosques el trémulo aliento de la tierra sedienta.

Voy hacia la mesa y decido escribir. ¿Qué? ¿A quién? Lo ignoro. ¿Tal vez al capellán, para decirle que pienso emprender un viaje con objeto de ver mundo? Cojo una pluma y empiezo, pero el cansancio me vence; deajo caer la cabeza sobre el brazo y me quedo dormido.

La superficie de la mesa transmite el latido de mi pulso como un eco y aumenta su volumen como una caja de resonancia hasta que parece un martilleo, y yo me imagino que estoy golpeando con un hacha las puertas de metal del sótano. Cuando se descuelgan de los oxidados goznes, veo salir a un anciano y me despierto inmediatamente.

Pero ¿estoy realmente despierto? ¡El caso es que el anciano se encuentra de verdad en la habitación y me mira con ojos seniles y apagados!

El hecho de que todavía sostenga la pluma en la mano me demuestra que no sueño y estoy totalmente lúcido.

«Debo de haber visto antes a este extraño desconocido —pienso—. ¿Por qué sólo lleva una orejera de piel en esta estación del año?»

—He llamado tres veces a la puerta; como nadie contestaba, he entrado —dice el anciano.

— ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama? —pregunto, perplejo.

— Vengo por encargo de la Orden.

Durante un segundo creo tener delante de mí a un fantasma: ¡el rostro arrugado y la barba rala, de forma singular, no concuerda en absoluto con las musculosas manos de trabajador! Si lo que estoy viendo fuera un grabado, diría: es un mal dibujo. ¡Hay algún error en las dimensiones! Y el pulgar derecho está cortado; curiosamente, también recuerdo esto.

Toco a hurtadillas la manga del hombre para saber si no soy víctima de una alucinación y acompaño el movimiento con el gesto:

— ¡Por favor, siéntese!

El anciano no hace caso y permanece de pie.

— Hemos recibido la noticia de que tu padre ha muerto. Era uno de los nuestros De acuerdo con las leyes de la Orden, como su hijo carnal te asiste el derecho de solicitar la admisión. Yo te pregunto: ¿quieres hacer uso de él?

— Pertener a la misma comunidad que mi padre sería mi mayor felicidad, pero ignoro qué fines persigue la Orden y cuál es su objetivo. ¿Puedo saber algo más concreto sobre ella?

La mirada sin brillo del anciano vaga por mi rostro.

— ¿No te ha hablado nunca tu padre sobre esto?

— No. Sólo con insinuaciones. Por el hábito de la Orden que se puso a la hora de su muerte, puedo deducir que pertenecía a una sociedad secreta; pero esto es todo cuanto sé.

— Te lo diré, entonces. Desde tiempos inmemoriales vive en la tierra un círculo de hombres que dirige el destino de la humanidad. Sin él, hace tiempo que reinaría el caos. Todos los grandes caudillos de pueblos han sido ciegos instrumentos en nuestra mano cuando no eran iniciados de la comunidad. Nuestro objetivo es eliminar las diferencias entre pobres y ricos, entre amo y criado, sabio e ignorante, gobernante y oprimido, para hacer de este valle de lágrimas llamado Tierra un paraíso, un lugar donde se desconozca la palabra «sufrimiento». La carga bajo la que suspira la humanidad es la cruz de la personalidad. El alma del mundo se ha dividido en seres individuales, y de ahí han partido todos los desórdenes. Nuestro deseo es convertir de nuevo la pluralidad en unidad.

»Los espíritus más nobles se han puesto a nuestro servicio y el tiempo de la cosecha está muy cercano. Cada uno debe ser su propio sacerdote. La multitud está madura para sacudirse el yugo. De ahora en adelante, la belleza será el único Dios adorado por la humanidad, pero ésta necesita todavía hombres enérgicos que le enseñen el camino a las alturas. Por eso los padres de la Orden han enviado al mundo corrientes mentales que enardecen los cerebros para quemar el delirio de la doctrina del individualismo. ¡Una guerra de todos para todos! ¡Hacer de la selva un jardín es la misión que nos hemos propuesto! ¿No sientes cómo todo en tu interior pide a gritos la acción? ¿Por qué te quedas aquí sentado, soñando? ¡Levántate, salva a tus hermanos!

Un violento entusiasmo se apodera de mí.

— ¿Qué debo hacer? —grito—. ¡Ordéneme lo que debo hacer! Quiero dar mi vida por la humanidad, si es necesario. ¿Qué condiciones impone la Orden para que pueda

pertenecer a ella?

— ¡Obediencia ciega! ¡Renunciar a la propia voluntad! ¡Trabajar para la mayoría y no para ti mismo! Tal es el camino que cruza la selva de la pluralidad y conduce a la tierra prometida de la unidad.

— ¿Y cómo sabré qué debo hacer? —pregunto, dominado por una duda repentina—. Seré un guía, ¿qué enseñaré?

— Quien enseña, aprende. ¡No preguntes qué dirás! Cuando Dios confía una tarea, da también la comprensión. ¡Sal y habla! ¡Las ideas afluirán a ti, no te preocupes por eso! ¿Estás preparado para prestar el juramento de la obediencia?

— Estoy preparado.

— Pues ¡posa la mano izquierda sobre la tierra y repite lo que voy a decir!

Como aturdido, quiero obedecer, me agacho y entonces me asalta la desconfianza. Titubeo, alzo la mirada y el recuerdo me atraviesa: he visto el rostro del anciano que está ante mí tallado en el pomo de la espada de hematita; y el pulgar mutilado pertenece a la mano del vagabundo que un día cayó muerto en la plaza del mercado cuando me vio.

El espanto me hieló la sangre, pero ahora sé qué debo hacer; me levanto de un salto y grito al anciano:

— ¡Dame la señal! —Y le alargo la diestra para el «apretón» que me enseñó mi padre.

Pero el que está delante de mí ya no es un ser viviente: ¡un conjunto de miembros que cuelgan del tronco como de un palo! Encima flota la cabeza, separada de la nuca por una delgada franja de aire; aún tiemblan los labios por el aliento interrumpido. Un espantoso cadáver de carne y hueso.

Con un escalofrío, me tapo los ojos con las manos; cuando vuelvo a mirar, el fantasma ha desaparecido, pero en la habitación flota libre un anillo luminoso, y en su interior, el perfil transparente, como una niebla azulada, del anciano de la orejera.

Esta vez es la voz del antepasado la que habla por su boca:

— Has visto escombros, maderos de barcos embarrancados que flotan en el océano del pasado; con los restos sin alma de figuras sumergidas, con las impresiones olvidadas de tu espíritu han formado los habitantes (lémures) del abismo la imagen de nuestro maestro, convirtiéndole en un fantasma, con el fin de engañarte; te han dicho palabras vacías y altisonantes con el fin de aturdirte y atraerte, cual fuegos fatuos, hacia los mortíferos pantanos de las acciones carentes de plan, donde miles mejores que tú se han hundido antes que tú, miserablemente. Lllaman «renunciación» al resplandor fosforescente con que engañan a sus víctimas, el infierno se regocijó cuando prendió fuego al primer hombre que confió en ellos. Quieren destruir el bien más sublime que un ser puede alcanzar: la conciencia eterna como personalidad. Enseñan la destrucción, pero conocen el poder de la verdad y por eso son verdad todas las palabras que eligen; y no obstante, cada frase que forman con ellas es una profunda mentira.

»Cuando la vanidad y la avidez de poder moran en el corazón, se unen para atizar con sus turbias chispas un gran fuego que induce al hombre a creer que arde en el amor altruista hacia su prójimo y sale a predicar sin haber sido llamado... un guía ciego que se precipita en el hoyo junto con los tullidos.

»Saben muy bien que el corazón del hombre es malo desde la juventud y que el amor

no puede habitar en él, a menos que sea un regalo de las alturas. Repiten la frase: «Amaos los unos a los otros» hasta que no significa nada; quien primero la dijo dio a quienes le oyeron un regalo mágico; pero ellos vomitan las palabras al oído como si fueran veneno y de ellas sólo crece la desgracia y la desesperación, el asesinato, la matanza y la devastación. Imitan la verdad como el espantapájaros la cruz al borde del camino.

»Dondequiera que ven formarse un cristal que promete ser simétrico (una imagen de Dios), emplean todas sus fuerzas para hacerlo añicos. Ninguna enseñanza oriental les parece demasiado sutil para no vulgarizarla, convertirla en terrenal, tergiversarla y desvirtuarla hasta que representa lo contrario de su verdadero sentido. «De Oriente procede la luz», dicen, y se refieren en secreto a la peste.

»Llaman egoísmo al único acto digno de llevarse a cabo: el trabajo en el propio ser; hablan de mejorar el mundo, pero no saben cómo hacerlo; disimulan la codicia con el nombre de «deber» y la envidia con el de «ambición»; tales son las ideas que inculcan en los mortales extraviados.

»El reino de la conciencia dividida es su espacio futuro, la obsesión general, su esperanza; predicán por boca de los obsesos el «reino milenarío» como en otro tiempo los profetas, pero niegan el hecho de que el reino «no es de este mundo», mientras la tierra no se transforme y el ser humano no lo haga a su vez a través del renacimiento de su espíritu; desmienten a los ungidos, arrebatándoles la madurez del tiempo.

»Cuando ha de venir un Salvador, se burlan de él por anticipado; cuando se va, le imitan.

»Dicen: ¡preséntate como guía!, sabiendo muy bien que no se puede guiar antes de ser perfecto. Ellos lo invierten y engañan: guía y te perfeccionarás.

»Se ha dicho: a quien Dios da una tarea, le da también la comprensión; en cambio ellos sugieren: acepta la tarea y Dios te dará la comprensión.

»Sabén que la vida en la tierra ha de ser un estado de transición y por eso atraen con astucia: «Haz un paraíso de este mundo», conociendo la inutilidad de tal esfuerzo.

»Han liberado a las sombras del infierno y las animan con un fluido demoníaco para hacer creer a los hombres que ha llegado la resurrección de los muertos.

»A partir del rostro de nuestro maestro, han formado una larva que aparece aquí y allá como un fantasma, ya en los sueños de los clarividentes, ya en los círculos de los conjurados espirituales, como una forma engañosamente sólida o como un dibujo creado de forma automática por los médiums; John King (Juan el Rey) se autodenomina el fantasma ante los curiosos que preguntan su nombre, a fin de que cunda la creencia de que es Juan el Evangelista. Imitan el rostro para todos aquellos que, como tú, han madurado y pueden contemplarlo de verdad; se anticipan para poder sembrar dudas cuando, como ahora es tu caso, se aproxima la hora de la fe inquebrantable.

»Has aplastado la larva al exigir el «apretón»; ahora el rostro verdadero se convertirá en pomo de la espada mágica, forjada en una sola pieza de hematita; para quien la reciba cobrará vida el sentido del salmo: «¡Cíñete la espada al cinto, defiende siempre la verdad y los derechos de los afligidos, y así tu mano derecha realizará milagros!»

La túnica de Neso

Como el grito del águila, que sacude el aire en las cumbres de las montañas y desprende una cornisa de nieve que cae rodando hasta convertirse en una avalancha y deja al descubierto brillantes superficies nevadas que antes estaban ocultas, así arrancan en mi interior las palabras del antepasado un pedazo de mi yo.

El salmo desencadena un zumbido ensordecedor en mi oído, la vista del aposento se desvanece ante mis ojos y creo deslizarme hacia el espacio ilimitado.

«¡Ahora, ahora me estrellaré!» Pero la caída no parece tener fin; la sima me atrae a velocidades cada vez más vertiginosas y siento que la sangre me sube por la columna vertebral y me atraviesa el cráneo como una gavilla luminosa.

Oigo crujir los huesos y entonces todo termina; estoy de pie y sé que ha sido una alucinación, que una corriente magnética me ha recorrido desde las plantas de los pies hasta la cabeza y producido en mí la sensación de que me precipitaba en un abismo insondable.

¡Lleno de asombro, miro a mi alrededor y me extraño de que la lámpara siga alumbrando sobre la mesa y de que nada haya cambiado! En cambio, yo me siento distinto, como si tuviera alas y no pudiera utilizarlas.

«Se ha despertado en mí un nuevo sentido», reconozco, y sin embargo tardo mucho rato en averiguar en qué consiste y por qué soy distinto, hasta que poco a poco adquiero conciencia de una cosa: sostengo en la mano un objeto redondo.

Miro mi mano y no veo nada; abro los dedos y el objeto desaparece, pero no oigo caer nada al suelo; cierro el puño y vuelve a estar allí, frío, duro y redondo como una esfera.

«Es el pomo de la espada», adivino de repente; a tientas, encuentro la hoja; es tan afilada que me araña la piel.

¿Flota la espada en el aire? Me alejo un paso del lugar donde estaba y alargo la mano para cogerla. Esta vez mis dedos cogen unos anillos de metal liso que forman una cadena, sujeta a mi cintura, de la que cuelga el arma.

Me invade una profunda sorpresa que no se disipa hasta que comprendo de modo gradual lo ocurrido: el sentido interior del tacto, el sentido que duerme con más profundidad en el hombre, se ha despertado; el delgado tabique que separa la vida terrena de la del más allá se ha roto para siempre.

¡Es extraño! ¡Con lo estrecho que es el umbral entre los dos reinos, nadie levanta el pie para franquearlo! ¡La otra realidad está pegada a la piel y no la sentimos! Aquí se detiene, donde la fantasía podría crear una nueva tierra.

La nostalgia de dioses y el temor de quedarse a solas consigo mismo y ser el creador del propio mundo es lo que impide al ser humano desarrollar las fuerzas mágicas que

dormitan en él; quiere tener compañeros de viaje y una naturaleza poderosa que le rodee; quiere sentir amor y odio, obrar y vivir por sí mismo! ¿Cómo sería capaz de convertirse en creador de cosas nuevas?

«Sólo necesitas tender la mano para tocar el rostro de tu amada», me tienta una voz cálida, pero me horroriza la idea de que la realidad y la fantasía sean lo mismo. ¡Lo terrible de la última verdad me sonrío irónicamente a la cara!

Todavía más terrible que la posibilidad de convertirme en víctima del contacto demoniaco, o de ir a parar al mar sin orillas de la locura y las alucinaciones, ¡es para mí la revelación de que la realidad no existe en ninguna parte, de que sólo hay fantasía! Recuerdo las temerosas palabras que pronunció un día mi padre cuando le hablé de mi peregrinaje por la montaña:

—¿Has visto el sol? Quien lo ha visto, renuncia a peregrinar; se incorpora a la eternidad.

—No, ¡quiero seguir siendo un peregrino y volver a verte, padre! ¡Quiero estar unido con Ofelia y no con Dios! Quiero el infinito y no la eternidad. Quiero que todo cuanto he aprendido a ver y oír con los ojos del espíritu sea también una realidad para mi sentido del tacto. Renuncio a ser un Dios coronado, provisto de fuerza creadora; por amor a vosotros quiero seguir siendo una persona capaz de crear; quiero compartir con vosotros la vida a partes iguales.

Como para protegerme de la tentación de alargar mis manos ansiosas, cojo el pomo de la espada:

—¡Maestro, confío en tu ayuda! Sé tú el creador de todo cuanto me rodea.

La mano que aferra el pomo conoce tan bien el rostro grabado en él que me parece verlo en mi interior.

Es ver y tocar al mismo tiempo: la erección de un altar para guardar al Santísimo.

Emana de ello una fuerza misteriosa que se transmite a las cosas y les insufla un alma.

Como si lo oyera en palabras, sé: la lámpara de la mesa es el reflejo de tu vida terrena, el aposento de tu soledad la ha encendido y ahora será sólo un resplandor; su aceite se termina.

* * *

¡Me urge estar al aire libre cuando suena la hora del gran reencuentro! Una escalera conduce al tejado plano, donde de niño me sentaba en secreto para contemplar con asombro las nubes con las cuales el viento formaba caras blancas y figuras de dragones. Trepo hasta arriba y me siento en la barandilla.

La ciudad yace a mis pies, sumergida en la noche.

Todo mi pasado sube flotando, imagen tras imagen, y se arrima miedosamente a mí, como si quisiera exhortar: «Cógeme con fuerza, llévame contigo para que no tenga que morir en el olvido y pueda vivir en su memoria».

Los relámpagos ribetean todo el horizonte: son como un ojo gigantesco y luminoso que acecha, y las casas y ventanas proyectan sobre mí el resplandor de su llama y reflejan,

traicioneras, la señal de la antorcha: ¡allí, allí! ¡Allí está el que buscas!

«Has matado a todos mis servidores, ahora vengo yo misma», grita a través del aire un alarido lejano y yo debo pensar en la dueña de la oscuridad y en lo que me dijo mi padre sobre su odio.

«¡La túnica de Neso!», aulla una ráfaga de viento, tirando de mi ropa.

El trueno brama con voz ensordecedora: «Sí».

—¡La túnica de Neso! —repito, pensativo—. ¿La túnica de Neso?

Un silencio sepulcral, ahora; la tormenta y los rayos deliberan sobre cómo han de empezar.

Abajo, el río grita de repente, como si quisiera advertirme: «¡Baja hasta mí! ¡Ocúltate!»

Oigo el horrorizado susurro de los árboles: «¡La novia del viento con manos de estrangulador! ¡Los centauros de la medusa, la caza salvaje! ¡Bajad las cabezas, que viene el jinete de la guadaña!»

En mi corazón palpita un sereno júbilo: «Te espero, amado mío».

La campana de la iglesia gime, como tocada por un puño invisible.

Bajo el resplandor de un relámpago se iluminan, inquisitivas, las cruces del cementerio.

—¡Sí, madre, ya voy!

En alguna parte, una ventana se desprende y cae con gran estruendo sobre el empedrado: el miedo mortal de las cosas creadas por la mano del hombre.

¿Ha caído la luna del cielo y vaga a mi alrededor? Una esfera blanca y luminosa se mueve a tientas por el aire, oscila, desciende, sube, avanza sin rumbo y estalla con un crujido atronador, repentino, como si fuera el resultado de una violenta cólera; la tierra tiembla con inmenso pavor.

Aparecen sin cesar nuevos globos; uno busca el puente, rueda con lentitud y alevosía por las estacas, describe un círculo en torno a una viga, la envuelve con un bramido y la destroza.

«¡Rayos en bola!» Leí acerca de ellos en los libros de mi niñez y consideré una fábula la descripción de su misterioso movimiento, ¡y ahora son reales! Seres ciegos, formados por la energía eléctrica, bombas del abismo cósmico, cabezas de demonios sin ojos, boca, orejas y nariz, surgidos del aire y de las profundidades de la tierra, remolinos que giran en torno a un punto central del odio y que, sin órganos de percepción, buscan a tientas víctimas de su furia destructiva.

¡De qué tremenda fuerza estarían dotados si poseyeran forma humana! ¿Ha atraído mi muda pregunta a este globo luminoso para que abandone de improviso su camino y vuele hacia mí? Pero da media vuelta, pegado a la barandilla, se desliza hasta una pared, entra flotando por una ventana y sale por otra, su forma se alarga; y un rayo de fuego excava un embudo en la arena mientras los truenos hacen temblar la casa y el polvo me salpica.

Su luz, cegadora como un sol blanco, me quema los ojos; durante un segundo, mi figura queda tan iluminada que su reflejo llena mis párpados y permanece grabada a fuego en mi memoria.

* * *

— ¿Me ves por fin, medusa?

— ¡Sí, te veo, maldito! Y un globo rojo asciende desde la tierra. Medio cegado, siento que se hace más y más grande; ahora flota sobre mi cabeza... un meteoro de furia ilimitada. Extiendo los brazos: manos invisibles se enlazan con las mías en el «apretón» de la Orden, incorporándome a una cadena viviente que llega hasta el infinito.

La parte corruptible que hay en mí está quemada, transformada por la muerte en una llama de vida.

Estoy erguido, vistiendo la túnica púrpura del fuego, con el arma de hematita al cinto.

Separado para siempre del cadáver y de la espada.

Epílogo

Cuando Gustav Meyrink publicó en 1921 su novela *El dominico blanco*, había vivido ya la mayor parte de su agitada existencia. Entre su nacimiento (ilegítimo) como Gustav Meyer el 19 de enero de 1868 a la una y media de la tarde en Viena, en el hotel Blauer Bock, de la Mariahilfer Strasse, y su muerte el 4 de diciembre de 1932 en Starnberg, Himbselstrasse 7, se desarrolló una vida rica en aventuras espirituales y biográficas. Su madre, a quien no quería, mejor dicho, a quien odiaba, era la bailarina bávara de la corte Maria Wilhelmine Adelheit Meyer; su padre, el ministro württembergués Karl, barón Varnbüler von und zu Hemmingen. Sus estudios le llevaron a Munich, Hamburgo y Praga, donde fundó el banco Meyer y Morgenstern. Contrajo el primer matrimonio, por cierto infeliz, en 1892 con Hedwig Aloisia Certl. (La antipática Aglaja de *El dominico blanco* se llama «en realidad» Aloisia. A Meyrink le gustaban estos desahogos.) Por el contrario, el segundo matrimonio fue muy feliz. Se casó en 1905 con Philomena Bernt, quien le sobrevivió muchas décadas y murió poco antes de cumplir noventa y tres años, el 14 de octubre de 1966 en Percha.

A principios de siglo, Meyrink disputó en Praga con unos oficiales austríacos que organizaron una campaña difamatoria contra el intruso elegante e independiente, tanto en el sentido intelectual como social.

Al final lograron causar estragos en su vida económica, secundados por Olic, el inspector de policía de Praga. (Tanto la casta de oficiales como la policía fueron objeto en lo sucesivo de un odio literario: los resultados se encuentran en *Wunderhorn* y *El Golem*.) Después de estos incidentes vivió Meyrink en Viena, donde se convirtió en redactor de la revista *El Querido Agustín*. Dos años después, en 1906, se trasladó a Baviera. Su camino está reflejado en los relatos *Des deutschen Spiessers Wunderhorn* (*El cuerno prodigioso del burgués alemán*, 1913) y las grandes novelas *El Golem* (1915), *Das grüne Gesicht* (*El rostro verde*, 1916), *La noche de Walpurgis* (1917) y *El dominico blanco* (1921), además de los siete relatos de *El murciélago* (1916). Estas obras marcan los puntos esenciales de su vida creativa. Durante los once años siguientes a la aparición de *El dominico blanco* escribió aún una serie de trabajos esotéricos y el fragmento de una novela postuma que no se publicó en forma de libro hasta 1973 con el título *Das Haus zur letzten Latern* (*La casa del último farol*). En 1921 publicó también Meyrink la serie *Novelas y libros de magia* (*Sri Ramakrishna*, de Karl Vogl; *Eliphaz Levi*, de R. A. Laars, y *Dhoula Bel*, de P. B. Randolph), como también el tratado teórico *An der Grenze des Jenseits* (*En la frontera del Más Allá*). Sin embargo, en años posteriores la vitalidad de Meyrink se vio mermada por la enfermedad y esto incidió en su obra. También contribuyó a ello la decadencia de la época, que él sintió con más intensidad que otros. La muerte de su hijo Harro, que en 1932 se quitó la vida a causa de una grave lesión, apagó la existencia terrena de Gustav Meyrink.

La novela *El dominico blanco* está construida de modo que cada capítulo sobre filosofía oculta va siempre precedido de uno en el cual se desarrolla la acción. Hasta el

final del libro no predominan los pasajes trascendentales y el lector debe estar avisado sobre esto, si quiere comprender bien a Meyrink. Porque al autor no le preocupa el estilo ni los efectos literarios. Sus libros son ante todo erupciones espirituales de una existencia vivida y comprometida en el umbral entre el «aquí» y el «más allá», entre las dimensiones del ser, y a esto pertenece también la eliminación de fronteras. A Meyrink le gusta con frecuencia espetar preguntas para negar en seguida la respuesta con un giro irónico. «¿Será quizá el tal Christopher Taubenschlag algo así como un Yo separado de mi persona? ¿Una forma fantástica pasajera, con vida independiente, engendrada y nacida en mi interior sin que yo lo supiera, como dicen que sucede a las personas que a veces creen ver apariciones e incluso conversan con ellas?» Al final, después de larga reflexión, todo queda abierto y la respuesta sólo crea distancia: «Pero ¡para qué tales consideraciones que nada importan a los extraños!» Los personajes principales son el anciano barón Bartholomáus von Jocher, farolero honorario, y el niño de la inclusa (más tarde reconocido como hijo carnal), Christopher Taubenschlag: «Cada persona es un Taubenschlag, pero no todas son un Christopher.» Los nombres son simbólicos: Jocher, el «enlace», que domina el yoga (la misma raíz lingüística), y Taubenschlag, que sugiere una idea taoísta de la iniciación en la que las palomas desempeñan un papel. También es simbólica la profesión de Jocher: «¡Camina! Enciende faroles hasta la llegada del sol». Y en un punto central se insinúa el secreto de los Jocher: «En nuestra familia, la estirpe de los barones Von Jocher, hemos heredado la leyenda de que nuestro primer antepasado, el farolero Christopher Jocher, vino de Oriente y de allí trajo consigo el secreto de conjurar con una especie de gesticulación de los dedos a los fantasmas de los muertos y hacerlos obedecer para toda clase de propósitos. Un documento que poseo dice que era miembro de una orden antiquísima que se llamaba Chi-kiai», lo cual significa «la separación del cadáver», y en otro lugar dice: «...Kieu-kiai, que es “la separación de las espadas”. En él se cuentan cosas que pueden sonar muy extrañas a sus oídos; con ayuda del arte de dar vida espiritual a manos y dedos, algunos miembros de la Orden han desaparecido de sus tumbas junto con su cadáver, y otros, en cambio, se han convertido en espadas mientras estaban bajo tierra». En el capítulo «El libro rojo minio», quizá el más importante de toda la novela, se enseñan prácticas mágicas reveladas por el primer antepasado al último de su estirpe. Meyrink poseía un profundo conocimiento de estas cosas. Trabajos del orientalista austríaco August Pfitzmaier le condujeron por este camino: *Las enseñanzas del Tao sobre el hombre verdadero y los inmortales* (Viena, 1870), *La separación del cadáver y de las espadas, una contribución al conocimiento de la doctrina del Tao* (Viena, 1870) y *Sobre algunos temas de la doctrina del Tao* (Viena, 1875). Sebottendorf también parece haber influido en él.

En el último término de la novela está la figura que le ha dado el título: «Por la ciudad circula la leyenda de que un monje dominico, Raimundo de Penyaafort, construyó la iglesia de Santa María con las limosnas recibidas de donantes anónimos de todos los países. Sobre el altar se lee la inscripción: “*Flos florum...* Así seré al parecer dentro de trescientos años.” Han clavado encima una tabla coloreada, pero se cae una y otra vez. Todos los años en la misma fiesta de la Virgen María. Dicen que en ciertas noches de luna nueva, cuando está tan oscuro que no se ve la mano delante de los ojos, la iglesia proyecta una sombra blanca sobre la plaza negra, y que es la figura del dominico blanco Penyaafort».

Se adoptan muchos símbolos anteriores: El «Hermafrodita» de El Golem: «Lo femenino, que aquí en la tierra está separado del hombre, debe penetrar en él, debe fundirse con él; sólo entonces se calman los anhelos de la carne». O «el camino blanco»: «¡Sí, sí, el camino blanco! —murmuró, pensativo—, casi nadie puede soportarlo. Sólo aquel que ha nacido para peregrinar... La mayoría de seres humanos temen más al camino blanco que a la tumba... La cuestión es no pensar en el final del camino, pues de otro modo no se soporta, porque no tiene final. Es interminable. El sol de la montaña es eterno. La eternidad y el infinito son dos cosas diferentes». El mismo tema del infinito en el relato *El relojero*: «También debía haberme descrito el camino que conduce a él, pero aunque yo no lo hubiera visto, mis pies parecían conocerlo con exactitud: me llevaron fuera de la ciudad por los caminos blancos que cruzaban prados fragantes de verano en dirección al infinito».

Meyrink descarta con dureza el mediumnismo y el espiritismo. Es su enemigo declarado: «Se acerca la hora en que la doctrina del mediumnismo invadirá la humanidad como un hálito de peste; lo presiento con fuerza». Detrás de ello aparece la temible cabeza de medusa, símil de toda corrupción y depravación moral: «Sólo quien odia y teme al mismo tiempo a la medusa, igual que ella te odia y teme a ti, podrá conseguirlo (el Chikiai, la separación del cadáver); ella misma realiza en él lo que quisiera evitar. Cuando llegue la hora, se abalanzará sobre ti con furia tan ilimitada con el fin de quemarte hasta el último átomo, que destruirá en ti su propio reflejo y de este modo se conseguirá lo que el hombre jamás podría hacer con sus propias fuerzas: matará a un pedazo de sí misma y te traerá la vida eterna; se convertirá en el escorpión que se muerde a sí mismo. Entonces tiene lugar la gran transformación: ¡la vida ya no engendra a la muerte, sino la muerte a la vida!» En los dos últimos capítulos se produce esta transformación. Christopher se incorpora a la comunidad de los despiertos: «Extiendo los brazos: manos invisibles cogen las mías en el “apretón” de la Orden, incorporándome a una cadena viviente que alcanza el infinito».

En el alma de Meyrink existen ciertas singularidades que se hacen notar. Uno se espanta, por ejemplo, al advertir una y otra vez el encendido odio hacia su madre: donde está más claro es en el relato *El maestro Leonhard*. Si este odio tiene como raíz el amor frustrado del adolescente privado del calor de la casa paterna y enviado de un lado a otro, es algo sobre lo cual sólo podemos hacer conjeturas. En cualquier caso, es un componente esencial para toda interpretación de Meyrink. «Puede no ser bueno —dice Max Pulver en 1953 en sus *Recuerdos de una época europea*— que sea así, pero la realidad del odio hacia la madre es un hecho. El dolor de esta experiencia da una mayor profundidad a la víctima, pero la madurez se le hace extremadamente difícil, imposible en la vida, y tal vez en la obra alcanza la redención cuando el creador está acompañado de su ángel». La cuestión es ahora saber hasta qué punto alcanzó Meyrink esta redención o hasta qué punto se quedó en el atrio del templo, sin llegar al sagrario; se trata de una cuestión crucial en toda su existencia. Es posible que en la vida exagerase este odio: «Pisó el límite extremo del peligro interior, la pérdida de sí mismo parecía consumada e irreversible. Sin embargo, siempre se apartaba, del mismo modo que había sabido apartarse de su madre, aunque diese la impresión de perecer, como tal vez había perecido en un tiempo para su madre».

Al final explica este problema una y otra vez sobre tres planos: primero sobre el plano de su existencia biográfica. En el segundo plano (en el que se encuentra también *El maestro Leonhard*), el odio queda fijado literariamente. Pero hay todavía un tercer plano, el último y más alto, sobre cuyo horizonte se yergue la «cabeza de medusa». Aquí el estado traumático del alma se eleva a lo metafísico. El odio se mezcla con todos los temores de un alma atormentada, probablemente exacerbado por sentimientos de culpa conscientes e inconscientes, y un «hálito de peste» amenaza con destruirlo y aniquilarlo todo. «La cabeza de medusa», tal como aparece en *El dominico blanco*, es terrorífica: «Una expresión destructora e implacable, muy leve, apenas visible, pero tanto más pavorosa por su mismo disimulo, asoma en los labios delgados y exangües, de comisuras curvadas hacia arriba como tenues líneas. Los dientes blancos brillan a través de la piel fina como la seda; una horrible sonrisa de los huesos». Meyrink luchó durante toda su vida con esta «cabeza de medusa». Quizá fue para él un símbolo arquetípico cuya aparición en pleno día, procedente del subconsciente colectivo, le infundía temor. Pero si aparecía, se entablaba una lucha espiritual a vida o muerte. El lector intuye la delgadez de la capa en la que se mueve el luchador visionario: y el horror que le invade es su reacción.

Pero también otros temores agitan el alma de Meyrink. La herencia de los antepasados le reclama, por encima de la generación viva de los padres. Y como aquí también están divididos sus sentimientos, la unión con los abuelos no le trae la separación que puede convertirse en redención. O, como lo formularía el psicólogo Leopold Szondi: surgen «alucinaciones» que pueden proceder tanto del subconsciente personal (Freud), como del colectivo (Jung), pero también del «familiar». Szondi fue el primero en indicar el papel de esta «herencia», pasada por alto en los otros sistemas de psicología profunda. Sin embargo, precisamente de esta capa parecen surgir las figuras de *El dominico blanco* que dan al «invisible» que hace escribir su diario una estructura formada por los componentes de toda la serie de antepasados, que se inicia con el tatarabuelo y termina con Christopher: «Debes convertirte en la copa de un árbol que envía a la luz las fuerzas de la oscuridad. Pero tú serás yo y yo seré tú cuando haya terminado el crecimiento del árbol». Por eso se podría añadir sobre la existencia de Christopher, vista como un conjunto, la frase: «El ser humano no puede sustraerse a su herencia, ya que está obligado a vivir en una atmósfera muy determinada, yo diría, heredada...» No debe olvidarse a este respecto que estos vínculos psicológicos fueron elevados por Meyrink a la categoría de magia y esoterismo.

Hay también otras cosas con base psicológica en la obra del autor: el hecho notable de que nunca consiguió una figura femenina pictórica de vida. Ni Angelina, Miriam y Rosina en *El Golem*, ni Eva en *El rostro verde*, ni la Polyxena de *La noche de Walpurgis*. Y tampoco Aglaja-Aloisia y la pálida Ofelia en *El dominico blanco*. Lo cual parece estar en contradicción con la esfera privada: todo indica que Meyrink fue muy feliz durante las décadas de su segundo matrimonio.

Como está demostrado, Meyrink sufrió un acoso triple: primero el de las dificultades cotidianas que le causó su nacimiento como hijo ilegítimo de un ministro de estado noble y una actriz burguesa. De ahí también la crónica tendencia a la agresión y de ahí, probablemente, su constante odio hacia todos... no sólo hacia la madre. Por ejemplo, en Praga fue descalificado como «incapaz de dar satisfacción» en un asunto de honor, a causa

de su origen. El golpe hizo mella en él, y Meyrink no lo olvidó nunca. Tampoco fue, pues, un simple gesto su negativa a aceptar el ingreso ofrecido (en todo caso, no antes de 1919) en el seno de la familia Varnbüler. En segundo lugar estuvo el acoso del subconsciente. En una persona no creadora se habría producido una huida hacia la neurosis; en Meyrink, sus ataques fueron lentos y productivos. Cuando vencía, cuando su ángel bueno, como dice Pulver, le acompañaba, seguía una aclaración y una clarificación. Por el contrario, cuando se quedaba atascado en la lucha, el plano se desplazaba una vez más: el forcejeo se descarga en visiones que podrían calificarse de pesadilla metafísica. Meyrink era muy propenso a esta pesadilla: de ahí su constante búsqueda de la «separación», en que la forma, la envoltura, no es siquiera decisiva. En *El dominico blanco* se llama, simbólicamente, «separación» (del cadáver y de la espada) y va envuelto en ropajes taoístas. En otros lugares son envolturas budistas, cabalísticas u otras. El hecho de que también conociera (como demuestra el final de la novela) «separaciones» rosacruceanas (formación de la «cadena» de manos auxiliares, unidas por la idea de la sucesión de antepasados vueltos a la vida), puede remontarse al tiempo en que Meyrink perteneció a la Royal Ordo of the Sat B'hai: una etapa de su peregrinación constante por el camino blanco para hallar la separación de los rostros que le acosaban y del semblante siempre presente y amenazador de la medusa.

Serán necesarios análisis todavía más profundos para clasificar bien la obra completa de Meyrink. Si en 1945 era un «escritor casi olvidado», la situación empezó a cambiar fundamentalmente una década después, en que aparecieron las primeras publicaciones sobre Meyrink (Marga E. Thierfelder, 1953; Eduard Frank, 1957; W.

R. van Buskirk 1957; Siegfried Schodel, 1965; Manfred Lube, 1970; Helga Abret, 1975). Algunos filósofos se fijaron en su obra: por ejemplo, Ernst Bloch en *El principio de la esperanza*, vol. I, p. 423, y Gershom Scholem en el anuario *Éranos* de 1953 y en sus memorias de juventud, *De Berlín a Jerusalén* (1977). Las primeras reimpresiones de *El Golem*, después de 1945, las publicó Rascher en Suiza (1946) y la Freitag Verlag de Munich (1946). List publicó el *Wunderhorn* (*El cuerno maravilloso*, 1948); la Avalun Verlag H. Schwab, *El dominico blanco* y *Der Engel vom westlichen Fenster* (*El ángel de la ventana occidental*, 1958). Más tarde llegaron las *Obras completas en un solo volumen*, de la Langen Müller Verlag: primero *La noche de Walpurgis* (1968 y 1977), después *Des deutschen Spiessers Wunderhorn* (*El cuerno maravilloso del burgués alemán*, 1970), *El Golem* (1972 y 1976), *La casa del último farol* (1973), *El ángel de la ventana de occidente* (1975) y, por último, *El dominico blanco*. Pero también se demostró interés en el extranjero. En Francia, las editoriales La Colombe y Retz y la Édition Marabout publicaron *Le Golem*, *Le dominicain blanc*, *La nuit de Walpurgis*, *Le visage vert* y *L'Ánge a la fenêtre d'occident*. Por su parte, la editorial L'Herne de París publicó en 1976 un grueso volumen, *Cahier Meyrink*, que representó un gran éxito para el autor. En Norteamérica se sacó el mismo año al mercado *The Golem* (Dover Publications, Inc., Nueva York); en Italia, en 1966 *Il Golem* (Bompiani, Milán), y en 1976 *Il cardinale Napellus*, una selección de los *Murciélagos* (F. M. Ricci, Parma-Milán). Así pues, está justificada la afirmación de que el interés por los libros de Meyrink aumenta sin cesar.